

Argumentos. Revista de crítica social. No 12 (2010) No 10. El estado de las ciencias sociales en Argentina

Diciembre de 2008.

Tabla de contenidos

Editorial	PDF
Conversaciones	
El estado de las Ciencias Sociales en Argentina: formación, balances y perspectiva	PDF
<i>Alcira Argumedo, Federico Schuster, Estela Grassi, Alejandro Kauffman, Guillermo O'Donell</i>	
Dossier	
La investigación en la Facultad de Ciencias Sociales UBA	PDF
<i>Ricardo Sidicaro</i>	
La producción en ciencias sociales: algunas reflexiones desde el Posgrado	PDF
<i>Pablo Alabarces</i>	
El IIGG y la investigación en ciencias sociales	PDF
<i>Carolina Mera</i>	
Las Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani	PDF
<i>Claustro de Becarios</i>	
Interpretaciones enfrentadas de la historia de la sociología en Argentina. Las lecturas del pasado como disputas del presente.	PDF
<i>Juan Pedro Blois</i>	
La democracia en América Latina: ¿un proceso inacabado?	PDF
<i>Ezequiel Ipar, Martín Cortés</i>	
Construyendo al barrio: la postulación del barrio como territorio político durante la transición democrática	PDF
<i>Luján Menazzi</i>	
Notas a la mesa	
Notas a la conversación	PDF
<i>Sandra Carli</i>	
In Memoriam	
In Memoriam · Nicolás Casullo	PDF
<i>Revista Argumentos</i>	

El N° 10 de la Revista Argumentos, "El Estado de las ciencias sociales en Argentina: formación, balances y perspectivas", pretende contribuir al debate acerca de los problemas de las Ciencias Sociales en nuestro país. El número contiene las conversaciones entre Alcira Argumedo, Estela Grassi, Alejandro Kaufman, Guillermo O'Donnell, Federico Schuster y la presencia de Pedro Krotsch, y las notas realizadas por Sandra Carli. Incluimos *in memoriam* de Nicolás Casullo, un texto que nos recuerda su creatividad y agudeza intelectual. Los artículos del número son contribuciones de Juan Pedro Blois, Ezequiel Ipar y Martín Cortés; y de Luján Menazzi. Finalmente, el número contiene un dossier sobre el devenir de las Ciencias Sociales visto desde la dirección del Instituto de Investigaciones Gino Germani y la Jornada de Jóvenes Investigadores, desde la Secretaría de Investigación y la Secretaría de Postgrado de la Facultad.

Como señalan en la convocatoria a la Mesa, Sandra Carli y Diego Pereyra, coordinadores del número, "En esta conversación interesa poner en común cierta lectura de las transformaciones teóricas y epistemológicas del campo de las ciencias sociales, que a la vez que se ha sedimentado y ha adquirido notoria legitimidad en el terreno de la investigación científica, se encuentra siempre atravesado tanto por una mayor heterogeneidad en sus perspectivas desde el punto de vista teórico-epistemológico, como por los problemas del escenario socioeconómico, político y cultural que la interpelan constantemente para producir nuevas intervenciones intelectuales". Con seguridad este debate no queda saldado en el presente número de la revista, ya que es una reflexión abierta que deberá ser siempre profundizada pues atañe a nuestro quehacer como investigadores.

La elección de un núcleo temático, la convocatoria a la presentación de artículos sometidos a referato, la construcción de un diálogo-conversación entre investigadores, así como los comentarios al mismo, constituyeron el formato editorial de los números hasta ahora publicados. La revista electrónica fue por cierto, producto de no pocos debates y controversias acerca de los requerimientos actuales de la comunicación académica.

La difusión de las diferentes posiciones de los miembros del Instituto acerca de los problemas de la sociedad nos parece que fue y es constitutiva de una identidad plural del Instituto. También consideramos que hemos podido dar a conocer las distintas perspectivas teóricas y epistemológicas así como las inquietudes en torno a los problemas sobre los que trabajan nuestros investigadores. Este reconocimiento externo también forma parte de la construcción de una identidad que debemos fortalecer.

Consideramos que estos han sido los pasos iniciales de la revista para los cuales 10 números parecerían ser una plataforma suficiente. Durante la gestión actual hemos intentado dar continuidad a los lineamientos trazados por el primer Comité Editor, intentando promover un diálogo fructífero y constructivo en torno a la revista que contribuya a generar lazos desde el debate de ideas, posiciones teóricas y epistemológicas. Seguramente este espíritu será redoblado durante la próxima gestión, la cual incorporará nuevos estilos y miradas que seguirán enriqueciendo la propuesta inicial.

En este sentido, el presente número de Argumentos constituye simbólicamente tanto un punto de llegada como un nuevo punto de partida pues su continuidad será ahora asumida por una nueva gestión del Instituto así como un nuevo Comité Editorial.

Queremos hacer un reconocimiento a quienes formaron parte de los distintos Comités de la revista, por su labor y apasionamiento con que abordaron esta tarea. Especialmente a aquel Comité Inicial conformado por Juan Carlos Portantiero, Juan Carlos Marín, Pedro Krotsch, Ana Lía Kornblit, Ricardo Martínez Mazzola, Javier Pelakoff y Sebastián Pereyra, quienes a través de intensos debates delinearón el perfil de la Revista naciente. Resta un especial y profundo reconocimiento a Pedro Krotsch, cuya persistencia y entusiasmo garantizaron la continuidad de la revista durante estos 8 años.

**“El estado de las Ciencias Sociales en Argentina:
formación, balances y perspectivas”.**

Conversaciones entre Alcira Argumedo, Estela Grassi, Alejandro Kaufman, Guillermo O'Donnell y Federico Schuster

Coordinadores: Sandra Carli y Diego Pereyra

25 de noviembre, 2008

Carli: Bienvenidos a todas y todos. Esta mesa consiste en una conversación en base a un tema específico, en esta oportunidad es sobre el estado de las ciencias sociales en la Argentina. Es una invitación a que cada uno de los investigadores presentes analicen las perspectivas y balances diferentes que, en muchos casos pueden tener que ver con las propias trayectorias personales, intelectuales, así también como con la pertenencia a campos de conocimiento específicos o diversos y en la mayoría con reconocidas experiencias en el país, en Latinoamérica y en otros países.

En los últimos años se viene desarrollando en la Argentina un conjunto de investigaciones de carácter histórico que reconstruyen las trayectorias y los avatares de distintas disciplinas en la Argentina del campo de las ciencias sociales, pero también se han multiplicado balances sobre su estado actual luego de los giros teóricos producidos en los últimos 30 años y ante los desafíos que plantea un mundo radicalmente distinto del que dio origen a la delimitación este campo.

Desde el impacto en los años 80 del siglo XX del debate modernidad-posmodernidad sobre la tradición crítica de las disciplinas de los años 70, hasta la autocrítica que se produce hacia fines de los 90 antes las evidencias dramáticas del escenario global transnacional, muchos cambios se han producido en un campo teórico que dista de ser homogéneo y en el que se perfilan nuevas y distintas preocupaciones, abordajes metodológicos y objetos de conocimiento.

La convivencia no siempre armoniosa entre disciplinas con trayectoria en el siglo XX y campos de conocimiento marcados desde su emergencia por la transdisciplinariedad, invita a revisar los distintos modos de recuperación de las tradiciones de conocimiento como los nuevos estilos, lenguajes y preguntas con los que se interroga lo social.

El caso del Instituto Gino Germani, que convoca a este debate, resulta representativo de este recorrido histórico que comienza en los años 50 con la impronta de la sociología científica en sus primeras investigaciones y con las polémicas de entonces con el ensayismo, y que en pleno siglo XXI presenta una coexistencia más plural de disciplinas, campos de conocimiento y enfoques teórico-metodológicos, luego de la creación de la Facultad de Ciencias Sociales en 1988. Vale la pena en este sentido mirar la página WEB del Instituto para identificar estos cambios en su entramado de programas, áreas y grupos, que revela la historicidad de sus denominaciones y la coexistencia de generaciones formadas en distintos ciclos históricos.

En esta conversación interesa poner en común cierta lectura de las transformaciones teóricas y epistemológicas del campo de las ciencias sociales, que a la vez que se ha sedimentado y ha adquirido notoria legitimidad en el terreno de la investigación científica, se encuentra siempre atravesado tanto por una mayor heterogeneidad en sus perspectivas desde el punto de vista teórico-epistemológico, como por los problemas del escenario socioeconómico, político y cultural que la interpelan constantemente para producir nuevas intervenciones intelectuales. El peso de polémicas recientes generadas en el terreno de la política científica nacional, como las dinámicas que impone en la producción de conocimiento la existencia de comunidades científicas globales, son algunas de las cuestiones a recuperar.

Algunas preguntas para detonar la reflexión son, entre otras:

¿Qué balance puede hacer de las transformaciones teóricas y epistemológicas que se han producido en el campo de las ciencias sociales desde los años 80 hasta la actualidad?

¿Qué formas teóricas ha asumido la pregunta por lo social y qué contenidos ha encarnado?

¿Cómo impactó el giro lingüístico en la producción de conocimiento sobre lo social?

¿Cómo se conservan y transforman las tradiciones de conocimiento del campo de las ciencias sociales en la Argentina?

¿Cómo ha incidido en la producción de las ciencias sociales los contextos institucionales de la investigación científica y de la formación universitaria, las situaciones políticas y las problemáticas sociales de la Argentina?

¿Cuáles han sido las preguntas claves que han orientado la mirada de las ciencias sociales?

¿Cómo ha atravesado la cuestión de la inter y transdisciplinariedad el campo de las ciencias sociales?

¿Qué dilemas enfrenta en la Argentina los procesos de producción, circulación y apropiación del conocimiento?

Schuster: Respecto del estado actual del conocimiento en las Ciencias Sociales en la Argentina desearía resaltar que creo que estamos en un momento de quiebre. Éste es un momento importante para las Ciencias Sociales en la Argentina en el cual se está definiendo la constitución de un nuevo ciclo en la evolución de las disciplinas sociales. Las Ciencias Sociales en la Argentina tienen una historia que se remite a fines del siglo XIX, pero es indudable que para la configuración del modelo científico, es clave lo que sucede en los años cincuenta. En esta generación con la figura clave de Gino Germani se crea una línea de trabajo de fuerte institucionalización de la investigación empírica en ciencias sociales bajo modelos internacionalmente aceptados. Es importante reivindicar esa generación y recuperar la figura de Gino Germani "debidamente criticado", es decir, la obra de Germani y la crítica y debate suscitados contra Germani constituyen una discusión valiosa, interesante, un debate que efectivamente ha tenido sentido. En esos intercambios de ideas la resolución del debate no puede significar la anulación de uno de los términos del mismo. El hecho de que si no hubiera habido una crítica a Germani deberíamos estar invitando ya a iniciarla, no significa que debemos dejar de leer a Germani. Lo más rico de esta cuestión ha sido precisamente el debate mismo, los términos del mismo y la posibilidad de

su contribución a una superación de las condiciones de producción del conocimiento en las Ciencias Sociales.

Las Ciencias Sociales han sufrido muy grave y muy directamente lo que ha sido la historia argentina. Ha habido quiebres institucionales claves y pérdida de muchas de sus grandes figuras. El quiebre institucional para el desarrollo de nuestras disciplinas es muy importante. Nuestro conocimiento se construye con una enorme cantidad de factores, uno de ellos es la continuidad maestro-discípulo-maestro-discípulo, que supone entre otras cosas "matar al padre", que es parte legítima de la creación, es decir que el discípulo sostenga una crítica fuerte y una separación encendida respecto de su propio maestro, pero para poder hacerlo requirió de la existencia del maestro. Es decir de una continuidad en la que las generaciones puedan ir teniendo un vínculo de construcción de conocimiento crítico y debatiendo entre sí en términos de la posibilidad efectiva de las condiciones en que este conocimiento se construye. Eso fue absolutamente quebrado en la Argentina después de la Noche de los Bastones Largos. Posteriormente se hicieron esfuerzos espasmódicos y lo realizaron generaciones de investigadores con una enorme capacidad intelectual. Los años 73 y 74 permitieron una expectativa de refundación del espacio intelectual novedoso. No hubo suficiente tiempo, en el año setenta y cuatro con la intervención a la Universidad de Buenos Aires y el ingreso a un nuevo período de control sobre el conocimiento que afectó especialmente a las Ciencias Sociales, y lo que significó para el desarrollo de nuestras disciplinas. Fue un quiebre absoluto: desaparición de nuestros docentes, investigadores, pérdida de todas las dimensiones de continuidad. Fue un desastre históricamente. La reconstitución de la década del ochenta hasta la actualidad, específicamente del ochenta y tres para acá ha sido muy dificultosa. Enrique Oteiza suele decir que el Estado debería haber hecho un programa de reparación histórica de las Ciencias Sociales para intentar de alguna manera alentar su reposición después del desastre de la dictadura, y eso no se hizo. Hubo algunos esfuerzos particulares, en algún momento el CONICET. Ha habido iniciativas intenciones, pero la verdad es que no ha habido una política sistemática desde el Estado de recuperación de las Ciencias Sociales. Sin embargo de alguna manera y, en condiciones difíciles las Ciencias Sociales se recuperaron. Mirando hacia adentro, lo que algunos denominan la historia interna de la disciplina, lo más interesante que para mi gusto pasó del ochenta y tres para aquí, fue la posibilidad de superar con un criterio progresivo algunos

debates que se presentaban como antinómicos. Cual- cuanti, también macro- micro, investigación empírica versus ensayo, toda una serie de antinomias que se plantearon. La antinomia de cuali- cuanti fue quizás la más fuerte y la que en algún momento parecía separar aguas totalmente. Se superaron y este hecho posiciona hoy a las Ciencias Sociales en un lugar con un piso epistemo lógico y metodológicamente valioso para la producción de conocimiento. Creo que el piso que se creó a partir de los debates que se produjeron del ochenta y tres para aquí es bueno y constituye hoy la continuidad institucional, que ha sido (propositiva) y ha permitido efectivamente la generación de esta dinámica de constitución de equipos de investigación, de formación de generaciones por generaciones. Continuando con la idea de de la convocatoria que nos invita a pensar en la Argentina, y la Argentina no es homogénea respecto del desarrollo de las Ciencias Sociales. Existe un bloque Buenos Aires, Córdoba, Rosario, en algún sentido Cuyo, y algunas otras regiones, que con sus diversidades han logrado un desarrollo relativamente interesante. Pero hay enormes zonas del país con Universidades, con proyectos intelectuales, que no han alcanzado a desarrollar una masa crítica y no han estado todavía en condiciones de iniciar un proceso consolidado, poseen cierta cantidad de recursos en investigación, y eso tiene efectos por supuesto regionales en la composición intelectual del país, pero produce efectos en el conjunto de las Ciencias Sociales. Por qué? Porque aquellos que hacemos Ciencias Sociales en Buenos Aires hablamos de la Argentina, titulamos nuestras investigaciones sobre distintas cuestiones "en la Argentina" pero rara vez nos referimos a la Argentina en su totalidad, y se nos hace muy difícil obtener datos sobre el conjunto de la Argentina. Enfrentamos un desafío en el desarrollo de las Ciencias Sociales. Existen hoy condiciones –insisto- metodológicas, epistemológicas, muy interesantes pero se requiere el salto a la posibilidad de constituir conocimiento a nivel nacional, con información a nivel nacional y desarrollos intelectuales abarcativos. El otro reto que atravesamos en este momento de transición, es la transmisión de conocimiento de las grandes figuras de los equipos que comienzan a jubilarse. En muchos casos dejaron una nueva generación formada académicamente, que se va integra con sus directores al mismo nivel generando una dinámica positiva de integración y cooperación de los directores tradicionales, se perfila una generación que va a continuar la tarea de sus maestros. Todavía se observó, salvo excepciones, el salto definitivo que significa que esta generación asuma el desafío y ese va a ser un momento de

quiebre y un momento de cambio. Estos investigadores ha tenido diferentes experiencias y está habituada a constituir su trabajo en cierta dimensión de continuidad institucional y bajo ciertas condiciones, Creo que el desafío del cambio generacional va a ser un punto de quiebre, va a constituir un salto del conocimiento. En esta generación la comprensión de su tema de análisis no puede ser restringida sino que debe abarcar la totalidad de la diversidad nacional, y aspirar a la ampliación de la dinámica de cooperación entre los equipos de trabajo y de investigación en Ciencias Sociales, tanto a nivel latinoamericano.

O'Donnell: Quisiera referirme a las muy buenas razones para pertenecer a la Universidad pública. Y por otro lado mencionar que después de estar mucho tiempo afuera –yo he venido muchas veces a la Argentina pero nunca vivimos aquí- he leído, por supuesto, buena parte de la producción argentina pero no es lo mismo que conocer en detalle la “cocina”, la “fábrica” de las ciencias sociales de manera que me siento muy poco autorizado para opinar sobre el tema. En realidad el gran beneficio es escuchar. Como saben los muy amables organizadores de esta discusión, vienen haciendo un fuerte esfuerzo para que yo participe de esta mesa, porque yo realmente cuando ví las excelentes provocaciones, los desafíos me dije “yo ahí no voy” por no haber participado de este proceso. Yo provengo de las Ciencias Políticas, realmente no me animo a hablar de otra cosa. Creo que he sido siempre un disidente de la línea principal, un marginal y un extranjero todo el tiempo. Hay una cuestión que me ha preocupado y ocupado mucho: ese desplazamiento hacia la derecha, neoliberal, no sólo en economía sino también en las ciencias políticas, donde se ha logrado un enorme énfasis en el estudio del régimen político. Esta orientación ha resultado en estudios muy valiosos de los partidos políticos. He asistido a congresos y jornadas internacionales donde se difundieron conocimientos muy valiosos que se producen actualmente. Sin embargo estos estudios dependen mucho de una definición muy estrecha de la democracia, la democracia es el régimen, votar, unas libertades negativas. Ese es el tema de la democracia. Pero no se estudian otros aspectos de la ciudadanía, de la democracia, la historia... En la Ciencia Política ha impactado mucho este movimiento neoliberal muy conservador, muy restrictivo del objeto de estudio. La cuestión se convierte en enseguida en un tema problemático: ¿Cuál es el ámbito de lo político, qué es lo

que se estudia cuando uno dice Ciencia Política? Este interrogante es parte de esa visión restrictiva muy afín con los tiempos pasados, y que por supuesto también se traduce en politólogos que tratan de ser malos economistas y ese tipo de cosas. Este fenómeno se observa no sólo en Estados Unidos sino en muchas y muy buenas universidades europeas. En general han aumentado tremendamente las compensaciones de nombramientos, los subsidios, está todo muy sesgado a sostener esta forma de concebir el objeto de la llamada Ciencia Política.

Pero nos referimos al contenido de las ciencias modernas, muy constituidas, muy articuladas, muy importantes, y a mí me preocupa, no me desespera, los trasplantes a nuestros países. Por supuesto esto no es universal, pero me parece que hay demasiada influencia directa, no mediada de esta forma de concebir el estudio de lo político, de parte de mis colegas, sobre todo de algunos jóvenes colegas. Siguiendo la analogía pienso que si van a asesinar a los padres por ahí los asesinan por las malas razones, no por las buenas. Tengo la aspiración si los van a matar que los maten por las buenas razones. Y ese es un tema que se plantea en términos de currículum. Qué se enseña en grados sobre todo, qué es Ciencia Política. Sobre todo cómo se define el objeto de la política. En esta concepción, por supuesto, se entra en cuestiones paradigmáticas, finalmente muy políticas e ideológicas. Creo que en Argentina no vendría nada mal discutir bastante el hecho de que la academia esté entregada a este tipo de concepción de la Ciencia Política, una Ciencia Política prolija, digamos, en el peor sentido de la palabra. Una ciencia que no se atreve o no quiere incluir esa desprolijidad de salir de ese recurso conceptual bastante bien acotado que es el régimen político. Son muy valiosas esas cosas, pero me parece que el problema es reducir el estudio de la Ciencia Política solamente a eso. Habría que buscar formas de definir cuál es realmente el currículum de una Ciencia política abierta a lo estructural, a la inclusión de sistemas amplios, de la política más histórica. El defecto capital de estos trasplantes de visiones es que estos trasplantes son increíblemente olvidadizos. Cualquier ciencia social incluye la necesidad de conocer muy bien las especificidades históricas. La utilización acrítica de un enfoque trasladado y acrítico, refleja modelos que funcionan, quizás, en otra sociedad, constituye una violación muy grave de la responsabilidad de la ciencia social de detectar la especificidad histórica de un caso. Creo que es posible realizar análisis a partir de la utilización de instrumentos para la investigación pero partiendo del conocimiento y configuración de esa situación histórica

concreta. Este es el desafío político e incluso moral de las Ciencias Sociales: realizar un aporte integral al conocimiento de esta realidad en la que vivimos. Enfrentar el desafío de enfoques muy cerrados, muy parciales de otras sociedades. Acabo de venir de ese mundo y traigo esta preocupación a la Argentina. Es una cuestión que me gustaría compartir con ustedes.

Kaufman: Un tema por el que podría empezar es por el problema de la actualidad. Cuáles son las condiciones de producción de lo que llamamos actualidad, en el plano de la temporalidad, y la relación que eso tiene con el conocimiento, el poder y el territorio. Dicho así parece un problema inmenso. Algunas cuestiones ya se han mencionado: cuáles son las condiciones de producción del conocimiento propias, locales, respecto de lo que hemos llamado trasplantes de enfoques concebidos en otras sociedades; la dificultad para establecer un punto de vista localizado -no diría local sino localizado-, situado, territorializado, que esté articulado con las experiencias y la historia propias. Hablo de una experiencia que intentaría una cierta intervención sobre esos problemas, que tiene que ver con lo que se llamaría el objeto de las Ciencias Sociales, en el sentido del vínculo, del lazo social, la habitabilidad, una serie de variables que dan cuenta de la posibilidad de sustentar una población en un territorio. Observando hacia atrás en la historia reciente argentina, y si se hace el esfuerzo de efectuar una lectura localizada, se encuentra uno con fenómenos que son difíciles de enunciar. Un ejemplo mencionado en esta mesa fue la Noche de los Bastones Largos. Este es un acontecimiento que no afecta solamente a las Ciencias Sociales, sino que afecta al estatuto de la producción del conocimiento en un territorio. Ese evento introdujo una significación: la producción del conocimiento es algo de lo cual se puede prescindir, es algo que puede ser importado desde otras partes, es un objeto que se puede comprar, que se puede trasladar, y que no está relacionado con el poder, con la institución. Lo que se ve es que no se trataba solamente de un golpe de estado posibilista que presentaba una serie de instancias ideológicas, sino que ese golpe de estado no se planteó respecto de sí mismo, respecto de su propia configuración de poder, en un sentido político, que iba a tener que hacer uso del conocimiento y producir conocimiento. Se verifica la agresión a la Universidad como tal, porque no fue solamente una extirpación ideológica, sino que hubo una negligencia respecto de lo que se estaba destruyendo, la ausencia de elaboración de una alternativa.

Después, en la dictadura militar de 1976 sucedió algo semejante. Esa cuestión, si se considera puntualmente, da cuenta de una serie de consecuencias que tienen que derivarse hacia el modo en que podemos pensar la relación entre conocimiento y poder y entre conocimiento y política en la Argentina. La producción de conocimiento está desvinculada de los productores de riqueza, de los propietarios de los medios de producción, de las instancias vinculadas con el poder. No configuran el conocimiento como algo que les es constitutivo, sino como algo ajeno, como algo exterior, que puede entonces descuidarse. Descuido que se convierte en relato. Nuestros relatos biográficos e institucionales cotidianos y continuos, históricos, son relatos de la negligencia, del descuido, son anécdotas que suelen manifestarse como separadas del objeto al que se refieren, y en realidad en el centro de la cuestión está el objeto al que se refieren, que es un objeto ausente. Es decir, no hay un descuido, no es que hay una desfinanciación o hay un desinterés, sino que simplemente la cuestión del conocimiento es ajena a la configuración institucional del poder en la Argentina. Durante este año, refiriéndonos a episodios más recientes, podemos encontrarnos, de muchas maneras, con una configuración político-institucional-cultural que produce riqueza desvinculada de aquellas instancias. Un orden de producción de conocimiento desvinculado del poder. Este fenómeno se extiende más allá de las Ciencias Sociales y a la vez incide en ellas, porque muchas de las discusiones que tenemos y que están mencionadas en la convocatoria sobre qué lugar tienen las Ciencias Sociales en relación al resto del conocimiento, tienen bastante que ver con esta cuestión. Si el conocimiento es meramente un objeto adquirible y trasladable, entonces no se entiende el sentido de los discursos concernidos por el orden de producción del conocimiento de lo social. No se comprende cuál es su sentido, es un sentido meramente teológico, es un discurso metafísico, abstracto, hasta literario, cuya compatibilidad y continuidad con el conjunto del conocimiento no se percibe. En el plano del conocimiento llamado científico tampoco se verifica un interés o una configuración que le dé sentido constitutivo en relación con las estructuras institucionales. También es un campo de conocimiento descuidado, también está abandonado, se observa un descuido generalizado. La conclusión desde esa perspectiva de análisis es que la posibilidad concreta disponible para los productores del conocimiento en el marco universitario, investigativo, hasta cultural argentino, requiere abordar el problema acerca de la manera de articular la pertenencia a un campo cognitivo

con una historia propia. De qué manera producir un conocimiento propio que no se limite a una disociación respecto del conocimiento universal. Un objetivo interesante para pensar es cómo lograr que la preocupación por un conocimiento producido localmente no se refiera solamente a una identidad propia, sino a la perspectiva de introducirlo en el conocimiento universal. Un conocimiento producido localmente tendría algo que decirle al mundo, tendría algo que decirle a Europa o a Estados Unidos o a las academias o los investigadores. Este es un objetivo muy dinamizante que suele perderse de vista. Hay algunos actores en nuestras universidades que intentan hacerlo, pero no hay todavía una perspectiva que le proporcione relieve. Tenemos algo que decir. No es solamente que tenemos que autoidentificarnos, sino que puede haber un sentido más allá de ello: la crisis del 2001, los acontecimientos del horror de la dictadura, una serie de experiencias que son locales de la Argentina y que pueden relacionarse con una construcción cognitiva susceptible de transmitirse al mundo.

Grassi: En lo que planteó Sandra Carli al principio se pueden distinguir por lo menos dos bloques de cuestiones. Aquellas que se relacionan con lo propiamente interno a las disciplinas sociales, y las otras de contexto, aunque sabemos que en la realidad contexto y campo interaccionan. De hecho lo que voy a exponer desmiente mi pretensión de distinguir las, pero de todas maneras tendría algo para decir acerca del contexto específicamente, aunque no sé si tendré tiempo. Mi referencia es el campo disciplinario de la política social y quizás esta aclaración suene como una especie de pedido de disculpas, en el sentido de que creo que tenés razón, Alejandro: el problema de la producción de conocimientos va más allá de los campos específicos. La verdad es que nos referimos a lo que supuestamente conocemos más, que en mi caso tiene que ver con las políticas sociales. Pero además porque este campo de producción de conocimientos acerca de las políticas sociales tiene una particularidad: se conforma como campo de estudios simultáneamente con la crítica y el desprestigio de lo que es su objeto. Es decir, justamente en el momento en que se critican las políticas sociales, y más particularmente se critica todo lo que tenga que ver con el bienestarismo y con el universalismo y con la idea de igualdad. O sea, paradójicamente se conforma un campo a partir de la crítica de lo que es su propio objeto. Creo que esto ya es un dato, y es un antecedente que nos alerta, en primer lugar, acerca de que, al tratarse de la forma estatal en que se constituye lo social, la supuesta

secundariedad de estas políticas no es tal, sino que, en realidad, las reformas contribuyeron a secundarizar lo social. Ahora, analizando los ejes de la mesa me acordaba de una ocasión en que tuve que presentar una ponencia en un panel, respecto de la relación entre las Ciencias Sociales con lo político. Entonces titulé mi presentación "Ni neutros ni aislados" porque creo que hay una tensión implícita en esta relación entre las Ciencias Sociales y lo político en general (no con la política así reducida, como aclaró Guillermo), que creo que da pie a ciertos mitos que en realidad expresan la dificultad de precisar las conexiones entre estos espacios sin necesidad de confundirlos. Uno de ellos es la pretensión de cientificidad. Federico partió de allí al referirse a las críticas a la Sociología de Gino Germani, basada en esta idea de externalidad del conocimiento respecto de su objeto. Esto es lo que precisamente se puso en acto en el momento del nacimiento de este campo de conocimiento de las políticas sociales. Las políticas (los sectores de políticas estatales, como la educación, la asistencia, etcétera), podían evaluarse, medirse, compararse, igual que sus sujetos ("los pobres", particularmente), tras el supuesto de que había un objeto que antecedía a esas evaluaciones. Quiero decir, como si los sectores de políticas, como los sujetos de esas políticas (esos pobres, nuevos pobres, etcétera) estaban ahí y lo que se hacía y decía y cómo se los describía, no tenía nada que ver con su constitución como grupo "pobre" o con un tipo de política que iría a conformarse. Finalmente, la competencia entre especialistas consistía nada más en la efectividad de los métodos de medición, de comparación y demás, que proponían para arribar a la "verdad verdadera" o reflejar mejor la "real realidad", (dicho esto en tono de broma). Por el otro lado creo que existe otro mito, además de la pretensión de la cientificidad, algo así como otro fantasma que entonces recorría, sobre todo, nuestro medio: una especie de triste lamento, y también de acusación mutua, por el "aislamiento de la Universidad". "La Universidad está aislada", "los investigadores están aislados", o "los técnicos están aislados", cualquiera sea el caso. Digo "mutua acusación" porque se hacía desde ambas veredas ideológicas. Creo que en cualquiera de estos dos mitos el supuesto subyacente es el mismo: más allá de lo declamado hay un presupuesto de exterioridad radical entre conocimiento y procesos históricos. La cuestión es que en estos estudios acerca de las políticas sociales o en este nuevo campo de estudio, quienes participaban en cualquier ámbito de que se trate estaban (o estábamos) contribuyendo a "cambiar el mundo", y participando de esa transformación radical que, en última

instancia ocurrió en los noventa. Y quienes lo hacían (o hacíamos), no habíamos nacido de un repollo; en realidad, habíamos salido de la Universidad, o estábamos en la Universidad, (y digo estábamos por cierto prurito, porque no era idéntico el lugar que ocupábamos, ni lo que pretendíamos). Algunos venían con prestigio desde el exterior, lo que los posicionaba para las maestrías que se creaban, o para los doctorados, etcétera. O sea que la Universidad, sus investigadores, desde este espacio o desde la función pública, estaban participando de esa transformación. A algunos les gustaba más, a otros nada, participaban de distintos modos; en última instancia, participaban con distinto éxito. Se trataba de eso, y no de aislamiento, sino de capacidad de incidencia o de dirección del proceso. Cualquiera sean las corrientes en las Ciencias Sociales, sean las más críticas o no, lo que estas disciplinas son, es el resultado del proceso de pensar la sociedad mientras transcurre la historia, y en ese camino se contribuye a construir, a producir la historia (no sólo conocimiento más o menos adecuado acerca de ella). Por supuesto esto que digo no es original, pero lo menciono porque el campo de estudio de las políticas sociales reitera muy claramente esa relación, ese lazo entre procesos políticos y participación en su estructuración de un modo que, creo, es ineludible y que muestra este enmarañamiento de las Ciencias Sociales con lo político. Ahora, inmediatamente creo que hay que exorcizar algunos riesgos como la asimilación de politicidad de las Ciencias Sociales con politización, lo que hace imposible la construcción de algún campo relativamente autónomo o capaz de definir su propio objeto; la derivación de la crítica al tecnicismo en desprofesionalización; la derivación de reconocer el papel del lenguaje teórico en la construcción de los procesos sociales, en un relativismo empobrecido, que niega la posibilidad de todo conocimiento debidamente fundamentado; o la confusión entre las categorías de percepción del mundo social con las relaciones sociales mismas. Creo que mantener la autonomía y la profesionalidad debería ser una exigencia para afianzar un campo de conocimiento. Y es además, una necesidad para contribuir más o menos concientemente a algún proyecto de vida social. La profesionalidad exige como condición la vigilancia acerca de nuestros métodos, y de aquellos conceptos que dan fuerza de lo natural, de lo que es ineludible, a los procesos históricos, haciendo que los hechos sociales se traten como si fueran fenómenos que, simplemente, emanan de la sociedad. Desde esa perspectiva, a las Ciencias Sociales (a sus profesionales, investigadores, etc.) solamente les queda la tarea

de hallarles alguna explicación ex post o encontrarle las causas, o hallar alguna solución a un caso puntual. Por ejemplo Domingo Cavallo fue el mejor exponente de ese técnico solucionador, cuya función consistía en encontrar soluciones a problemas puntuales. Eso se impuso como aquello que se demandaba a los especialistas en política social: éstos estaban para encontrar soluciones ad-hoc. La reflexión y el conocimiento de los problemas correspondían a otros. No obstante, esta crítica al "técnico solucionador" no puede ser igual a desprofesionalización o a la pérdida de competencias para desempeñarse en distintos ámbitos. Capacidad de crítica y profesionalidad son necesarias para consolidar un campo de estudios.

Argumedo: Hay un proceso civilizatorio que no es viable, mucho menos deseable. En el año noventa y dos comencé a preocuparme la información de un trabajo de PNUD acerca de la concentración de la riqueza en el mundo: 20% de la población poseía el 82% de la riqueza. Actualmente se estima que ese 20% recibe el 87% de la misma. Esto no es viable. Esta civilización u organización económica requiere un 75% menos de tiempo de trabajo, este proceso está relacionado con los impactos de la revolución científico tecnológica. Tiempo de trabajo humano no significa puestos de trabajo. ¿Qué quiere decir disminución del tiempo de trabajo humano? Consideremos el 50% en lugar del 75%, para facilitar el cálculo. En el año 1970 el producto "A" me llevaba ochenta horas/hombre, hoy me lleva cuarenta horas/hombre. Para esto tengo al menos dos tipos de solución: me quedo con cinco trabajando ocho horas, cinco por ocho cuarenta y dejo afuera cinco que no vuelven a entrar ni por casualidad, o me quedo con los diez trabajando cuatro horas, pero como se incrementó la productividad y por lo tanto la ganancia, trabajan cuatro horas pero triplican los ingresos. En los llamados treinta años de oro del capitalismo y el socialismo con los más altos y sostenidos niveles de crecimiento económico, se produce una disminución masiva de la jornada laboral desde las setenta y dos horas laborales de principios de siglo a las cuarenta de este período, el 45% menos. En la actualidad este porcentaje estaría en el orden del 60% o 70% de disminución de horas/hombre de trabajo. Esto no es gracioso, porque se está excluyendo población sobrante absoluta, una población que hoy ronda los dos mil quinientos millones de personas en el mundo. Para los grupos de poder estas personas están en peores condiciones que los esclavos, los siervos de la gleba o los

proletarios de Marx. Porque en el caso de estas tres grandes categorías de explotados, y con el único fin de obtener lucro de ellos, el sistema necesitaba que estuvieran mínimamente vivos, alimentados y sanos. Cuando existe población sobrante absoluta la única solución es eliminarla. Esto sucedió en la segunda mitad del siglo XIX con la reconversión de la Revolución Industrial en Europa, que en ese momento fue liberal y en la actualidad es neoliberal. Esto fue la base de la creación de la masa de población expulsada de Europa, nuestros abuelitos formaban parte de ella, no eran las aristocracias de la tierra ni nada parecido: entre 1845 y 1945 en que se produjo la inmigración europea y en los años posteriores a la Segunda Guerra se crearon los Estados de Bienestar, después de la muerte de setenta millones de personas en la Segunda Guerra. En definitiva, Europa expulsa 600 millones de personas en cien años. Acá estamos en 2.500 por lo bajo, en veinticinco años. En estos momentos en los lugares donde iba a residir esta población sobrante se produjeron grandes genocidios, con nombres muy sobrios como la conquista del Oeste en Estados Unidos, como la guerra del Paraguay o la conquista del desierto, en Australia no quedó ni un canguro, y ésta me parece que es una situación que interesa y requiere repuestas desde las Ciencias Sociales. Hay otros elementos como los valores político culturales que rigen la reconversión, el hecho de que se tomen decisiones generando sociedades absolutamente polares, sociedades de alta concentración de la riqueza y con una masa de población sobrante que va a atacar a los centros de poder, porque es en estas poblaciones donde se produce el 95% de los nacimientos en el mundo. Esto no es viable ni siquiera para los privilegiados. No estamos considerando sociedades en las cuales, en la medida en que el tiempo de trabajo necesario ha disminuido sensiblemente - el reino de la libertad de Carlos Marx-, permiten un potencial de desarrollo de la creatividad humana. Existe otro elemento clave y que consiste en el conocimiento como recurso productivo que aumenta la productividad de las sociedades. Este constituye otro gran debate que invade el conjunto de las Ciencias Sociales y que se refiere a por qué se menciona la existencia de sociedades del conocimiento. ¿Qué es el conocimiento esencialmente? Existe una visión limitada desde la tecnología que establece una jerarquía única y absoluta del conocimiento. En esta jerarquía en la parte superior está el doctorado, el postdoctorado. Sin embargo otras vertientes sobre el estudio del conocimiento y la ciencia, más altas en las ciencias cognitivas, plantean que el conocimiento no tiene nunca una jerarquía única ni válida para

todo tiempo y lugar. El conocimiento válido depende del contexto. El ejemplo que suelo dar, que creo que es significativo, es el siguiente: si una persona se pierde en la selva amazónica, ¿con quién prefiere encontrarse? ¿Con Albert Einstein, que podrá explicar muy bien cómo la energía es igual a la masa por la velocidad de la luz al cuadrado, mientras la atacaron las yaras y los mosquitos? ¿o con el conocimiento de un indígena que le va a decir cómo curarse, cómo alimentarse, cómo protegerse, cómo orientarse en la selva? Esta situación que se presenta en la selva amazónica se presenta en todos los espacios de la vida social y en la Argentina hubo una clara evidencia en períodos como el de la crisis del 2001, donde mientras los científicos sociales quedamos sin palabras, los que mostraron mayores reservas de creatividad, de inteligencia, de grandeza y de capacidad de dar respuesta a la crisis, fueron los sectores más golpeados entre los golpeados, a través del pensamiento colectivo, la cooperación, la solidaridad. Debemos analizar estos elementos del conocimiento y hacer una pequeña reseña de la historia de las Ciencias Sociales, por lo menos de la Carrera de Sociología en la Argentina. Desde esta perspectiva de la problemática de las Ciencias Sociales es posible hacer seis grandes períodos, de la carrera fundante de Sociología y después la Facultad de Ciencias Sociales. La primera etapa es la creación de Gino Germani, que no por casualidad, con todo el respeto y el cariño que le tengo es la etapa en la cual se cambia "civilización o barbarie" por "atraso y modernización". No es casual que estas carreras junto con Psicología, se crean en el contexto de las propuestas de modernización y desarrollo, engarzadas con la doctrina de seguridad nacional y la Alianza para el Progreso. Es un período en el cual el objetivo es crear una masa de clases medias en los países periféricos de manera tal que estos grupos influyentes y subversivos no tuvieran como alimento una población sumida en la pobreza. Esta etapa es la clave del funcionalismo norteamericano, el empirismo norteamericano, una especie de sombra de un Max Weber mal estudiado. La consigna es que hay un recorrido ineludible que deben atravesar las distintas sociedades de la tradicional a la sociedad de masas. En esta etapa comienza lo que suele denominarse "etapa crítica" que transcurre aproximadamente a partir de 1964 ó 1964. Es cuando se evidencian las limitaciones. Es el momento en que aparecen las críticas de Wright Mills a Parsons. Paradójicamente, la demanda de los estudiantes era la enseñanza del marxismo. Se estudiaba marxismo los sábados a la tarde. En sociología es Juan Carlos (Lito) Marín a introducir la lectura de Carlos Marx en sus grupos de

estudio. Sorprendentemente para esta generación tuvo una influencia muy importante de un sacerdote que vino a la Argentina en el año 61 ó 62 y participó de una mesa redonda donde estaban Gino Germani y Torcuato Di Tella, que hablan del recorrido de la sociedad tradicional a la sociedad de masas. El sacerdote se pone de pié y dice "En Colombia, el 80% de la población sufre hambre y ese es el problema de la sociología." Obviamente nos desarmó a todos los presentes y fue un momento que todos recordamos. Se trataba de Camilo Torres, que era sociólogo y sus intervenciones fueron muy formativas. En 1966 se intervino la Universidad con la dictadura de Onganía. Es un hecho que ilustra la influencia del contexto histórico en el contenido de las carreras de Ciencias Sociales. La cuestión de la objetividad de la ciencia y de la universalidad del conocimiento se relativiza bastante. Después de La Noche de los Bastones Largos, en las Ciencias Sociales se distinguen dos corrientes ajenas a Parsons y a Max Weber. La corriente de Juan Carlos Portantiero, que representaba el marxismo más ortodoxo, y las corrientes de las cátedras nacionales. Entre ambas se centraba el debate. Se defendía a Gramsci por su postura frente a lo nacional popular y a Mao Tse Tung por la contradicción principal. Con el inicio de la democracia entre el 1984, y hasta 1999, transcurre se inicia una etapa en la Universidad que me preocupa especialmente. En el contexto de una hegemonía económica neoliberal y una concepción del mundo, de la sociedad que refleja una filosofía jurídico política liberal se instala en este ámbito del conocimiento el neoweberianismo donde la clave es romper la posibilidad de un cambio cualitativo en la sociedad, descalificar el carácter de los sujetos colectivos como protagonistas de la historia, e imponer un cierto individualismo metodológico en las Ciencias Sociales. No es el momento ni de Carlos Marx, ni de Antonio Gramsci, ni de aquellos que querían tener una visión un poco más amplia de la idea y del pensamiento. Nosotros tuvimos el honor de formarnos con José Luis Romero, el mismo que después de la intervención de la Universidad hizo un grupo de estudio donde trabajaba sobre lo que llamaba las otras ideas en América Latina, con una mirada historicista de la producción del conocimiento que destacaba lo que se debía ver. La tesis de José Luis Romero es que la idea de la ilustración y del liberalismo no era sino una síntesis de las aspiraciones, experiencias vitales, miradas del mundo que había hecho un determinado sujeto histórico como era la burguesía europea. En su tesis, los pensadores individuales no eran sino emergentes de mentalidades sociales, sujetos históricos. Afirmaba

que si Carlos Marx y Federico Engels no hubieran nacido, alguien, antes o después, habría escrito una teoría similar a la de Carlos Marx, en función de ese otro sujeto histórico. Posteriormente se cuestionaba acerca de la existencia de la capacidad de generar ideas de un tercer sujeto histórico, las mayorías sociales latinoamericanas y del contenido de su producción de conocimiento analizando la forma de la producción. Se mostraban y destacaban comparaciones entre sucesos contemporáneos entre el continente europeo y el latinoamericano. Tupac Amaru, era coetáneo de Kant, pero con diferentes condiciones de producción. Tupac Amaru tenía estudios de Derecho, sabía latín, francés. Pero mientras Kant era tan obsesivo que la gente ponía en hora el reloj cuando él pasaba para ir a la Universidad, Tupac Amaru en el mismo momento organizaba un levantamiento de medio millón de indígenas desde el sur de Colombia. Esto no significa que no tenía ideas, ideas que no pudieran ser recuperadas, pero finalmente no se incorporaron al campo del conocimiento. Lo mismo sucedió con Simón Rodríguez, Simón Bolívar, Artigas, José Martí. Analizando el contenido de las ideas, mientras Tupac Amaru es el primero en plantear el elemento de la eliminación de la esclavitud y la servidumbre indígena, el bueno de Kant decía que a esos pueblos había que eliminarlos, que no tenían historia y esta idea es compartida socialmente, porque un Adolf Hitler no surge de la nada. En definitiva, el espacio epistemológico de cada uno reproduce una problemática específica de cada sociedad. El debate fundante de las Ciencias Sociales que ocurre entre 1895 y 1918 es la crítica integral de Max Weber al pensamiento marxista desde el individualismo metodológico. No es casual que esta crítica sea fundante en las Ciencias Sociales. La formación de los científicos sociales debe ser completa y rigurosa, posteriormente pueden especializarse. Cuando la crisis es integral, analizarla con la mirarla del experto es un disparate, porque el experto que tiene saberes específicos no sabe nada del conjunto. Además la formación completa y una posterior especialización es crucial en términos laborales Tengo una anécdota muy ilustrativa de mi estadía en México cuando llegué buscando trabajo. En una entrevista me preguntaron si sabía de comunicaciones y dije " Sí, por supuesto". Yo sabía que toda especialización no tiene demasiada dificultad. Encontré a una americana, muy buena persona y le pregunté "¿Cuáles son los diez libros de la comunicación?" Ella había hecho la Licenciatura, la Maestría y el Doctorado en Ciencias de la Comunicación, y me prestó los libros. A los seis meses me volví experta en Ciencias de la Comunicación. En una ocasión en una

mesa redonda, después de mi exposición, la americana me dice "tu eres una hija de puta", "¿por qué?", "Porque tú cuando viniste no sabías nada de Comunicación. Juro que no sabías nada, y ahora tú sabes lo que yo sé, y yo no sé lo que tu sabes". Lo que sucedió, es que ella en la Licenciatura leyó los libros correspondientes, en la Maestría aprendió el comentario de los libros más uno reciente. En el Doctorado conoció los comentarios de los comentaristas citados en los diez libros, y no leyó otros trabajos ni estudió otros temas. Entonces pasó lo que pasó.

Este fenómeno de taylorización de la Ciencias Sociales fue una característica de los años 84 al 90, es tan anacrónica como la taylorización de la cinta de montaje. Esto no significa que no se puedan hacer especializaciones desde miradas integrales. El problema es que no se ubican en miradas relacionales, en términos de proceso. Nosotros en la Universidad nos debemos un debate fundamental para acordar cuáles son las bases históricas, antropológicas, teóricas que requiere un científico social para después tomar su especialización en políticas sociales, en ciencias políticas, etc. Es inadmisibles seguir "comprando buzones", en momentos en los cuales las universidades se preguntaban si eras posmoderno o postmarxista mientras la sociedad argentina pasaba de tener 7% al 51% de su población bajo la línea de pobreza. Se perdió de vista el objeto de estudio, con una lógica altamente distractiva. Este fenómeno puede ser un valioso aprendizaje para el futuro de las Ciencias Sociales y el mensaje que le vamos a transmitir a las nuevas generaciones.

Carli: Iniciemos un momento de intercambios, respuestas, y observaciones para continuar con la polémica.

Kaufman: Quisiera mencionar básicamente tres cuestiones. Respecto a la evaluación del conocimiento como producto, creo que todavía no estamos en condiciones de evaluarlo. El proceso de creación del conocimiento en esta sociedad convierte al conocimiento en una mercancía, es un conocimiento que suscita la avaricia de las corporaciones. Por otra parte, los sujetos que generamos dicho conocimiento somos producidos industrialmente como entidades mercantiles. Se da esta paradoja: en la lógica darwiniana de la sociedad del conocimiento, a estos saberes demandados por las organizaciones empresariales simultáneamente no se les permite sobrevivir.

La segunda cuestión es que la creación de las disciplinas no está desvinculada de cómo se construye el conocimiento. Nuestras universidades tradicionales son altamente anacrónicas. Hay Facultades donde se debate sobre Sociología, Ingeniería, Arquitectura y otras disciplinas que están muy poco vinculadas con las delimitaciones del conocimiento tal como está produciéndose actualmente en el mundo. Existen problemas con la creación de departamentos, transversalidades, bibliografía... Hay una serie de acontecimientos que conocemos cuando transcurrimos por las referencias o por los territorios. El contenido de la Sociología no ocupa diez libros, nadie pregunta sobre los diez libros de la Sociología, ni se podría responder. Ese relato tiene más que ver con el modo en que se configuran institucionalmente los saberes. El título de grado de una disciplina equivale a tener el título de grado de otra disciplina tradicional: Ingeniería, Medicina, Derecho: se cotejan con otra serie de disciplinas. Es una cuestión fuertemente determinante del modo en que se desenvuelven las trayectorias, cómo se constituyen los campos de evaluación, de construcción del saber. Este es un problema serio a abordar.

La tercera cuestión que deseo puntualizar, y que es importante para nuestra identidad colectiva, los saberes y las experiencias políticas, está fuertemente relacionada con las poblaciones canceladas que se producen en las sociedades contemporáneas. En la Argentina, las poblaciones excluidas forman parte de la población argentina, no son exteriores. Existe una lógica autodestructiva del colectivo social. Cuando se constituye e institucionaliza el poder en la Argentina, se hace en base a la lógica del genocidio. Hay una lógica de exterminio instalada en nuestro discurso que se expresa de formas indirectas difíciles de identificar, pero que se exponen en la falta de reconocimiento, en la imposición de opciones excluyentes entre sí. Este tipo de experiencias se entrama de un modo que resulta en la cancelación de una parte de la población propia. Los europeos cancelan, exterminan, a una población que no está autodefinida como parte de la propia identidad, es una población externa. Esto no es meramente un juicio de valor o moral. Es una realidad que tiene enormes consecuencias sobre la forma en la que se constituye una experiencia colectiva en un momento histórico y en un lugar. La experiencia social argentina está imbricada con la exclusión como característica. Esto determina que el traslado de saberes o de experiencias nos resulte funcional a abstracciones que realimentan la destrucción. Existen relaciones sociales que sólo confirman la negligencia

respecto a toda una parte de la población cancelada. Un fracaso colectivo nuestro reside en que la experiencia igualitaria argentina histórica no pueda convertirse en un objeto de estudio universal efectivo, legítimo. Existe una experiencia histórica de equidad colectiva efectivizada que se convierte en anécdota, en un hecho complicado, en un episodio que ha creado polarizaciones. La parálisis cognitiva y política respecto de este problema constituye un serio problema para las Ciencias Sociales en la Argentina. No se puede ni siquiera pronunciar el nombre del suceso sin que se desencadene un despertar de pasiones y de observaciones que hacen muy difícil una conversación. No voy a nombrarlo, pero está todo el tiempo entre nosotros.

O' Donnell: Me pareció muy interesante lo que dijo Estela sobre de la necesidad de profesionalización y control, no sólo de las Ciencias Sociales sino de la cultura en general. En la Argentina no hay crítica de libros. Hay revistas que hacen algunas reseñas, pero críticas seria, de discusión y debate sobre libros no hay. Es un síntoma serio de nuestra dificultad de cooperación, de dificultades de confrontar ideas, de disentir.

Argumedo: La dificultad de debatir está vinculada con la vulnerabilidad y la fragilidad de los sujetos, con la calidad de las instituciones y la definición del conocimiento. Esta continuidad de décadas de democracia incide en haya producción institucional, que significa que por lo menos no pelagra nuestra vida pero todavía no hay condiciones de reposo institucional que a permitan críticas. No se aceptan cuestionamientos en algunos temas porque el grado de violencia que se produce es intolerable, entonces de esto tampoco se habla. Es muy difícil polemizar, porque una polémica se convierte inmediatamente en una suerte de pelea violentísima. Así es leída por los espectadores, y tratada por los medios de comunicación, que esperan que los intelectuales se peleen de una manera brutal.

Kaufman: Alcira contó muy claramente la anécdota sobre los diez libros de comunicación. Me pregunto: de la producción existente, ¿cuántos libros importantes habrá? Cómo no podemos llegar a una instancia en la cual se discute el libro de alguien y los asistentes van y discuten sin agresión. Esa capacidad de agresión destructiva es propia de nuestra cultura. Es nuestra responsabilidad empezar por lo menos a resolverlo.

Argumedo: Creo que con nadie en la vida me peleé históricamente tanto como con el Negro (Juan Carlos) Portantiero en términos ideológicos, pero era viable. Estábamos en una asamblea y él era el enemigo público, pero cuando se terminaba nos íbamos a cenar juntos, éramos amigos, compinches. Se podía diferenciar la crítica de las ideas del respeto a la persona.

Grassi: Y a sus ideas.

Argumedo: A las ideas, por supuesto. Pero yo le agradezco al Negro Portantiero, mi enemigo público número uno, porque fue la persona que más me hizo estudiar, porque por su humor y su formación era difícil pelearse. Las diferencias no impregnaban, no contagiaban las relaciones personales. En la Argentina la ética neoliberal, individualista nos invadió a nosotros y penetró las instituciones. Sutilmente, menos sutilmente, pero hay que modificarlo.

Grassi: me gustaría decir algo pero primero voy a disentir con ustedes: los setenta fueron considerablemente violentos en términos de enfrentamiento de las ideas, tampoco era tan fácil discutir. Probablemente en el caso de Alcira y el Negro era posible pero en general no era tan fácil discutir. Creo que existe otro tema, además de cómo y por qué no se puede debatir ni libros ni ideas: el problema es que institucionalmente los libros no valen. La estructura institucional, tiene problemas serios. Para los sistemas de evaluación del CONICET es más importante un artículo que un libro, entonces no se escriben libros, se escriben compilaciones de artículos. Nuestro sistema universitario de investigación es esquizofrenizante. Existe una variedad de instancias de pertenencia. Las carreras de las Facultades son las poseedoras de los puntos docentes. Así sucede con todos: la Universidad, la Facultad, la Agencia, el CONICET. Y somos los mismos que competimos por esos lugares, no para distribuirnos en los distintos espacios sino para compartirlos porque son valorizados en los antecedentes. En esa dinámica es imposible lograr un pensamiento reflexivo y se perjudican las Ciencias Sociales. Las nuevas generaciones se forman en un clima de individualismo donde cada uno compete por la cantidad de *papers* publicados en serie donde lo que cuenta es la cantidad no la calidad. Así es nuestro sistema actual. La estructura institucional es

dramática porque es difícil disponer de tiempo para escribir un libro, y de tiempo para reflexionar y discutir esos libros. En las ciencias sociales incorporamos los criterios de las ciencias duras en lugar de transformarlos.

Schuster: Es un desafío para los procesos de estandarización en la producción del conocimiento, que no han logrado imponerse completamente a nivel educativo en términos de las carreras o del tiempo de formación, pero están fuertemente orientados por los mecanismos compensatorios del salario como la asignación de incentivos a la investigación. En ciencia, los mecanismos de acreditación y estandarización de los procesos de construcción del conocimiento son mecanismos de producción de sujetos. Existen condiciones subjetivas para enfrentar este difícil desafío que consiste en convertir las dimensiones de estandarización del conocimiento y los procesos de formación: maestrías, doctorados y sistemas de acreditación de investigación. El objetivo es identificar la valiosa producción de conocimiento relevante para las sociedades de América Latina y elaborar contrapropuestas con criterios diferentes a instituciones como el Banco Mundial. Coincido con Alejandro en que estos se fundaban en la escasa incidencia de la producción científica argentina en el total de la producción internacional. La propuesta de cerrar el CONICET, de que las Universidades de la Argentina debían ser básicamente centros de enseñanza y no centros de investigación tiene muchas explicaciones en las que sería largo abundar. El interrogante es válido: ¿en qué período América Latina produjo conocimiento cuyo impacto trascendió las fronteras? Sucedió cuando se hicieron análisis en base a problemas sustantivos de América Latina. En esos períodos las ciencias sociales utilizaron los conceptos existentes y se redefinieron para producir un pensamiento que permitiera abordar los problemas particulares que enfrentaba. Hubo debates teóricos relevantes para la historia de las ciencias sociales. Creo que debemos producir conocimiento teórico y que estamos en condiciones de hacerlo. Argentina tiene problemas: debilidad de las instituciones, aislamiento y fragilidad de los sujetos que producen conocimiento, que no están contenidos por las instituciones. Hay muchos jóvenes con una rica tradición, con masa crítica se pueden fijar objetivos para producir conocimiento valioso y utilizar más adecuadamente los recursos de investigación, en lugar de constituirnos en sujetos pasivos que realizan una producción científica de sujetos estandarizados.

Krotsch: Existe una cuestión de los debates que no sabemos dar, o conversaciones que no sabemos concretar. Los acontecimientos de los setenta o los ochenta tuvieron un efecto negativo sobre la constitución de los campos de conocimiento en la Argentina, es un problema mucho más largo, más originario de formación nacional. Se produjo una reducción de los campos del saber, que va desde el campo cultural hasta el campo científico, y a las lógicas de la competencia en el campo político entendidas como ejercicio de la fuerza. Respecto a la fortaleza del campo político en la Argentina en relación al resto del conjunto de los campos y trazando algunas líneas de discernimiento o de separación se observa un sometimiento de los lenguajes y de los relatos a la lógica de la fuerza y la imposición de determinados discursos. Es curioso que en esta mesa nunca definimos qué son las Ciencias Sociales, quiénes integran el conjunto de las Ciencias Sociales. En la historia de la modernidad las corrientes más formales las Ciencias Sociales estarían integradas por la economía, la antropología, la sociología, las ciencias políticas y a lo mejor alguna más, puede haber discusión. Dentro de las ciencias sociales clásicas la economía y la sociología son las ciencias nomotéticas. La producción y distribución del conocimiento está organizada por organismos nacionales e internacionales y determinan el lugar que ocupan estas disciplinas según la producción y el estilo de la creación del conocimiento. El campo dominante es el campo de la economía y me pregunto cuál es su espacio y en qué lugar de subordinación están la sociología y la antropología respecto de este campo, que hoy tiene una pertinencia universal interesante en relación a la construcción de lo interdisciplinario. La interdisciplinariedad atraviesa lo político, lo social y lo económico como problemática de las Ciencias Sociales. Quisiera referirme a la discusión de cuáles son las disciplinas, este es un interrogante que interpela a la Facultad de Ciencias Sociales. Esta facultad resulta de una construcción más oportunística que epistemológica. La Facultad de Ciencias Sociales es producto de un conjunto de dispositivos que están disponibles y hay que localizar en alguna institución. En un principio se pensó en incluir en la Facultad de Ciencias Sociales once carreras. Luego la discusión fue si eran cuatro o cinco. En los hechos se trabajó sobre la disponibilidad de carreras existentes en el mercado o del acervo de conocimientos. Así se construyó la Facultad de Ciencias Sociales, sin una lógica epistemológica. La distribución y pertenencia de las carreras en el mapa de las instituciones argentinas es totalmente aleatoria. Además y sobre todo, me

interesa esta cuestión de las hegemonías entre disciplinas, que tiene relación con la observación del lugar que ocupa la economía en las ciencias sociales.

Argumedo: La pregunta de Pedro no es inocente. Creo que es imprescindible realizar el debate sobre qué son las Ciencias Sociales. No hay que descalificar las especializaciones, sino redefinir la mirada, es diferente abordarla desde una mirada global y desde la mirada del experto que sabe mucho de un tema pero que no tiene la más mínima idea del conjunto. Lo que sucedió a la vuelta de la democracia fue que se privilegiaron las especializaciones

En ese período integré durante dos años la junta del CONICET, y discutía con otros miembros porque yo les hacía una lista de pensadores que según los criterios del CONICET no podrían haber ingresado. Discutía respecto del tema de la edad, y de los antecedentes. Einstein a los cuarenta años sólo tenía notas taquigráficas de sus maestros y acababa de crear un instituto privado. Aristóteles a los cuarenta años tenía muy buena formación económica, académica, en la academia precisamente, pero no tenía publicaciones. Tenía docencia, que consistía en clases privadas a sus discípulos. ¿Kant? Tenía notas, memorables, pero notas al fin y su primera publicación fue a los 45 años. Max Weber, lo único que tenía a los cuarenta años era un libro sobre la ética protestante y la "degradación" de una exposición en una Universidad de provincia, lo cual para estos criterios está más descalificada, Si no se elaboran criterios alternativos basados en un pensamiento crítico en este contexto de crisis mundial, seguimos en esta lógica para el desconocimiento. En el campo científico, en especial en las ciencias duras, el científico que conoce la producción actualizada es el que decide quién publica sus artículos en las revistas con referato. En la carrera académica, tal como se concibe actualmente, las publicaciones en revistas con referato son las que otorgan mayor puntaje. Sin embargo, la difusión de un artículo en una revista con referato es infinitamente menor que la de un libro. Estas valoraciones cercenan la posibilidad de un pensamiento creativo y es esencial para la creación de un pensamiento crítico. No es casual que dos de los principales pensadores de las Ciencias Sociales, Carlos Marx y Max Weber no puedan ser clasificados ni como economistas, filósofos, historiadores, o científicos políticos. Los grandes pensadores, incluido Tupac Amaru, crean conocimiento creativo, integral.

Grassi: Hay un problema adicional con la utilización de los magros subsidios para la investigación en la publicación de libros.

Los subsidios financian las publicaciones dejando poco margen para la tarea de investigación. Se benefician las editoriales que cobran la edición por adelantado, sin enfrentar ningún riesgo empresario. Las editoriales publican libros cortos. Libros largos, abarcativos, no se publican.

O'Donnell: Desconozco la dinámica del CONICET porque me echaron durante la dictadura militar en el año 1977. Ahora, a mi regreso después de treinta años, me ofrecieron un cargo honorario de baja categoría que no he aceptado. La razón es la que se mencionaba en esta mesa: no he dirigido suficientes tesis de tesis argentinas, no cumplía con los criterios establecidos. Tuve que rechazar la oferta aunque mi objetivo era cooperar y colaborar en la formación de investigadores jóvenes desde esta institución que financia la carrera científica en la Argentina. ¿Existe en la Argentina capacidad para combatir el cientificismo?

Kaufman: Es una buena pregunta, para reflexionar. Quisiera decir algo sobre el punto anterior, sobre la ausencia de críticas de libros. Nuestra respuesta frente a esta pregunta es que la importación de formas del conocimiento del exterior nos impide efectivizar esa práctica. La respuesta es que importamos el impedimento, aún cuando la limitación no ocurre en el lugar originario. El visitante afirma que en su lugar de residencia se hace crítica de libros, aquí no ¿por qué? La respuesta es: "aquí no hacemos crítica de libros porque imitamos las prácticas del lugar de donde vos venís", donde sí se hacen críticas de libros. Ahí hay un núcleo problemático. En otro momento de la discusión en esta mesa otro interviniente dice: "anteriormente teníamos una gran capacidad de discusión". Las observaciones son absolutamente claves porque conversando se destaca la cuestión de la violencia. Sobre eso quisiera señalar que en los setenta no había una intimidación en relación a lo que uno pensaba. Había controversias, había oposiciones y no podrían reducirse a los debates que Alcira tenía con Juan Carlos Portantiero, que afortunadamente no incluían las relaciones personales. El fenómeno de la violencia en este campo es un fenómeno para analizarlo históricamente porque está atravesado por toda una serie de acontecimientos sumamente violentos ellos en sí mismos. Me atrevería a afirmar que algunos acontecimientos de la actualidad respecto del intercambio de ideas son simbólica

e inadvertidamente, más violentos que aquellos. Ahora hay actitudes difamatorias y de no reconocimiento. En ese momento se podía formular una posición, y esa posición se articulaba con campos de enorme violencia, en donde la violencia no estaba dirigida contra lo que pensaba el otro en tanto que ideología, sino contra sus consecuencias políticas o sus metas institucionales y estratégicas. Esta cuestión merece una discusión aparte. Ahora mi objetivo es señalar el contraste entre estas dos conversaciones. La articulación de los discursos sobre las características del debate en dos períodos diferentes y los motivos y de qué manera se relaciona con el modo en que nos auto relatamos. Pedro habló de la ausencia de criterios epistemológicos para crear la facultad de Ciencias Sociales. Pedro mismo siempre se refiere al aspecto histórico de la construcción del conocimiento, al problema de las instituciones. Sus observaciones resaltan también la dificultad nuestra para relatarnos fielmente, para configurar un relato de las tradiciones que nos han constituido socialmente. Nuestro relato muestra que no discutimos acerca de las causas por las que importar un dispositivo impide el debate, porque es la importación misma de ese dispositivo de producción del conocimiento lo que provoca la ausencia de discusión. Es decir, es el acto derivativo, la traslación de modalidades de producción intelectual, el procedimiento importador, aquello que se experimenta como ajeno a las prácticas propias, cuando en realidad las constituye y determina en tanto que dispositivo de producción. Y sin embargo, se lo relata solo como falta, impedimento, obstáculo.

No hay en la Argentina una historia, única, acumulativa, a causa de la discontinuidad institucional, los sucesivos quiebres y cortes tremendos ocasionados por la inestabilidad de la democracia. Las dificultades de creación de los campos de conocimiento que planteaba Pedro es una consecuencia. La historia de Guillermo "me echaron del CONICET y me fui a otro lugar...". Estos hechos refuerzan la necesidad de recuperar un relato de la historia del conocimiento en la Argentina reconociendo marcas, acontecimientos de las historias personales que constituyen la historia de las ciencias sociales en la Argentina.

O' Donnell: Creo que ha habido graves discontinuidades institucionales, políticas, pero en términos de líneas intelectuales. Las líneas de pensamiento continuaron a pesar de la historia puramente institucional.

Pereyra: Esta es una conversación muy enriquecedora. Yo elegí cuatro cuestiones críticas que se mencionaron en la discusión, que probablemente sirvan para concluir.

El primer punto fundamental es la noción de crisis que atraviesa la historia social y política del país y las Ciencias Sociales. La propia constitución de crisis de las mismas disciplinas es un factor de dinamismo para el desarrollo y creatividad de estas disciplinas.

El segundo punto que se está recuperando es la importancia de las tradiciones y los relatos. A pesar de las rupturas institucionales hay una continuidad y cruce de diferentes tradiciones, sobre todo porque las Ciencias Sociales articulan corrientes internacionales y fuertes líneas de pensamiento nacionales y latinoamericanas. Constituyen un producto intelectual asociado a la historia latinoamericana. Las Ciencias Sociales como proyecto de los colectivos sociales que no tienen proyecto político latinoamericano a pesar de la existencia e importancia de redes institucionales y creación de conocimiento crítico como CEPAL, FLACSO, CLACSO. Creo que el problema no tiene sólo causas intelectuales, políticas e ideológicas, sino que se refiere al siguiente punto.

El tercer punto es que el patrón de institucionalización y modelo de Ciencias Sociales de Argentina y países latinoamericanos no ha sido funcional a los proyectos políticos de desarrollo. La relación entre las instituciones de las Ciencias Sociales y el Estado es diferente en otros países. El modelo de la República Francesa, el norteamericano, el inglés es funcional respecto al modelo político de cada país. En la Argentina y en América Latina, las Ciencias Sociales han sido disfuncionales con el poder político. La mayor disfuncionalidad se visualiza actualmente en el que se observa una brecha entre un proyecto teórico, consensado, compartido de los científicos sociales en la Argentina, y un proyecto político colectivo vigente en el país. La cuestión de cómo van a interactuar las Ciencias Sociales y el proyecto político, con el Estado es una incógnita. Empíricamente es claro que la participación de los científicos sociales en la política pública, en la dirección de las burocracias estatales requiere formación específica sobre políticas públicas.

El cuarto y último punto analizado en esta mesa es el de la especialización y la profesionalización de los científicos sociales. Hay un dato estadístico a

considerar: actualmente las Ciencias Sociales tienen mayor financiamiento que en cualquier otro período histórico.

Argumedo: Sólo voy a mencionar dos cuestiones. No sería tan definitiva en decir que nada puede hacerse contra esta institucionalidad fragmentada y productivista. Creo que deberíamos modificar la forma de crear conocimiento en Ciencias Sociales y de producir sujetos como dice Federico.

En segundo lugar, este es un momento donde la situación pública de las Ciencias Sociales ha cambiado, porque hasta fines de los noventa, los únicos que opinaban absolutamente de todo en todos los espacios de discusión eran los economistas. Actualmente los medios de comunicación convocan a los científicos sociales. Hace unos días en TN estaban Ricardo Sidicaro y Fortunato Malimacci. Este es un fenómeno nuevo, distinto, donde es posible articular diferentes miradas y apto para realizar cambios en cuanto a la formación de los científicos sociales.

Carli: Le voy a pedir a cada uno es una especie de intervención final.

Kaufman: Es necesario explorar continuidades y discontinuidades y el carácter ideológico de la representación de las mismas. ¿Cómo se relaciona este fenómeno con las discontinuidades en el plano colectivo? Identifico dos instancias: por un lado la instancia institucional, aquella que suele denominarse como "formal", por el otro, la constituida por las interrupciones institucionales del campo mismo del conocimiento, de la sociedad en su conjunto, no sólo de la institución "política". Los quiebres no se resuelven con la recuperación de la democracia únicamente, por eso tenemos mucha dificultad para establecer referencias comunes. Pedro aludía a una sociedad que evidentemente no es la de los años setenta: confrontativa, muy violenta, en la cual los acontecimientos relacionados con el debate ocurrían en espacios que se autodenominaban populares, o nacionales y populares, revolucionarios, marxistas. Era un espacio muy amplio en ese período, en el cual sucedía lo que estábamos diciendo. No sucedía algo similar en los espacios que ocupaban las derechas. En la actualidad habría que analizar en qué medida no hay una violencia comparable aunque se haya recuperado y construido un intercambio discursivo distinto. Justamente la pregunta que suscitó esta discusión es que no hay crítica de libros, instancia

fundamental en los debates. No hay todavía, y existe una gran dificultad en construir una producción textual que establezca un temple polémico.

Creo que la alusión que se hizo sobre la relación entre las Ciencias Sociales y el Estado como aparato articulado con estructuras de poder es, en ese sentido, fundamental. Está relacionado con la desarticulación entre los campos cognitivos y las estructuras de poder. Las estructuras de poder no se constituyen en relación al conocimiento científico en su totalidad, en las Ciencias Sociales ni en las Ciencias Exactas. Este fenómeno tiene una consecuencia que quisiera expresar como cierre.

En la Argentina, el intelectual, el científico, sea duro o sea social, siempre tiene que justificar, explicar la utilidad de su trabajo y las razones por las cuales su investigación debe ser financiada, las ventajas de la existencia de la Universidad y por qué no debe ser exiliado, expulsado o desocupado. En cambio hay una comprensión colectiva acerca de la necesidad de la educación como mera equiparación social, de ascenso, de gran proyecto nacional, de igualdad social. Hay una ausencia de valorización social del conocimiento como tal, desligado de la educación. El análisis de los discursos de divulgación refleja, no sólo la ausencia de crítica, sino objetos ajenos a la vida real y práctica de los sujetos. El conocimiento resulta ornamental, extraordinario, maravilloso, pero sin sustancia, sin ligazón con la vida real y como que no logra articularse en una experiencia colectiva.

Schuster: Recomiendo la lectura de un texto muy interesante escrito por fuera del circuito *paperístico*, que no se ha difundido debidamente editado un conjunto de funcionarios que formamos el Consejo de Decanos de Ciencias Sociales. Participaron Alcira Argumedo, Horacio González, Juan Carlos Portantiero y Eduardo Bustelo, entre otros. Contiene largas conferencias y algunas discusiones fascinantes sobre la relación de las Ciencias Sociales con la crisis. Constituye un debate relevante ahora cuando creo que la crisis es un desafío para las Ciencias Sociales en la Argentina y América Latina. Nuestra primera tarea consiste en definirla en forma precisa. La imagen difundida es que atravesamos una crisis financiera global y de largo plazo. Las estandarizaciones universales sobre la valoración del conocimiento no son de utilidad para analizar este fenómeno mundial. Históricamente las tradiciones preservaron líneas de pensamiento, porque los sobrevivientes que aquí o en el exilio reconstruyeron los campos

institucionales de las Ciencias Sociales posibilitaron la existencia de las ciencias sociales como disciplinas. Esa tradición de pensamiento es difícil de instalar en la Argentina porque en términos de la relación de intensidad por tiempo, es muy impresionante dado que el tiempo es corto, no se trata de países Alemania donde existen extensas generaciones de egresados de las universidades alemanas, o de países como Francia. En la Argentina se trata de un breve período, de una enorme intensidad en el cual se construye un imaginario que posibilitó reconstituir, reconstruir, en condiciones frágiles líneas de pensamiento antes y después de 1983. No soy pesimista, pienso que las ciencias destruidas pudieron reconstituirse en función de la tradición y que es fundamental sostener los transmisores de esas tradiciones. Se desconoce que algunos de los profesores activos fueron protagonistas de grandes debates teóricos y formaron líneas importantes. Recupero la figura de Gino Germani en ese sentido. Para no mencionar figuras de importancia presentes destaco a Lito (Juan Carlos) Marín quien fue y es una figura muy importante en los debates teóricos de la sociología argentina. La creatividad y capacidad de pensamiento propio de quienes fundaron líneas, tradiciones, espacios de construcción conceptual es fundamental para las generaciones futuras.

Para finalizar quiero destacar la ausencia de comunidad científica. La forma en que se constituye el conocimiento es una limitación. Una de las causas de falta de crítica de libros es que se lee poco. El sistema induce a conocer la última producción de Estados Unidos, de Europa. Es frecuente leer textos de ciencias sociales con debates entre autores externos de América Latina, de Estados Unidos o Europa o entre argentinos y latinoamericanos. El resultado es que hay poco conocimiento de la producción de investigadores locales que están trabajando en la misma temática. Tengo una anécdota ilustrativa. Una colega muy cercana invitó a una investigadora del Instituto Gino Germani y a mí a presentar su libro sobre un tema de nuestra especialidad. En este libro ninguno de nosotros estaba citado. La otra profesora y colega comenta "esto es un absurdo. Si nos invitan a presentar el libro es porque nos consideran un referente en la disciplina, pero al mismo tiempo no hay ningún debate con nosotros en el libro, ni siquiera estamos mencionados. Es curioso el hecho de que somos reconocidos pero no en el texto". Como suelo ser más sutil que esta colega para decir las cosas, le pedí que me dejara decirlo a mí. Lo expresé de esta manera: "me parece que tenemos el desafío de aprender más entre nosotros y saber qué

producimos". Entonces nuestra colega que comprendió el mensaje cada vez que nos encontramos me dice: "estoy leyendo lo último que escribiste...". Es el resultado de los mecanismos con que nos producimos. En los espacios de debate no interpelan: "¿Cómo no leíste lo último de Estela Grassi, de Alcira Argumedo, de Alejandro Kaufman?"... En cambio dicen "¿Cómo no leíste lo último que se produjo en la línea de mayor desarrollo en Europa o Estados Unidos?". La comunidad científica de América Latina tiene una ventaja histórica que no hemos aprovechado debidamente y que el mecanismo productivista ha reducido: cuando los americanos descubrían a Max Weber, aquí ya se había leído. Los franceses no se leían con los ingleses o con los alemanes. Nosotros leíamos a los franceses, a los ingleses y a los alemanes, algunos se clasificaban en argentinos franceses, los argentinos ingleses y los argentinos alemanes.

Y aunque he tratado de evitarlo, mi última observación, en este caso, la hago funcionario: el promedio de dedicaciones exclusivas en la facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires es del 7%. El promedio nacional de todas las Facultades de Ciencias Sociales del país es del 7%. Las condiciones de trabajo objetivas de los investigadores en Ciencias Sociales que desean dedicarse a la vida académica son tales que constituye un desafío la formación académica completa.

Pereyra: El 50% de los egresados de universidades nacionales pertenecen a disciplinas de las Ciencias Sociales.

Argumedo: Me gustaría terminar con una frase escrita en 1891, el año en que nace Gramsci: "Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india (...) La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas". Esta es la llave para descifrar el enigma hispanoamericano. Es un llamado de José Martí sostener una mirada propia que contemple las ideas más avanzadas sin caer en falsa erudición. El conocimiento profundo de la

historia de América Latina, como científico social, no como historiador. Frente a recientes movimientos sociales horizontalistas en la forma de tomar decisiones colectivas escuché comentarios tales como: "Parece el ágora griega." Respondí: "No, parece los guaraníes y sus descendientes, wichis que habitan muy cerca y tienen esas formas de tomar decisiones colectivas" Sin embargo los científicos sociales no conocen lo que sucede en América Latina. En la Universidad enseñamos los arcontes de Grecia y no difundimos los trabajos de Tupac Ataru, Tupac Amaru, los quechuas, lo que pasa en América Latina. Frente a un fenómeno como Evo Morales nos quedamos sin palabras. Es posible que Parsons y su teoría del alcance medio aporte algo, pero leyendo Tupac Amaru y las historias de los quechuas, tendríamos elementos de las Ciencias Políticas para interpretar estos episodios. Es indispensable ampliar el pensamiento, los conceptos. El llamado de José Martí Martí es pensamiento apropiado aunque no se exprese en términos de Ciencia Política, Ciencia Social o Sociología.

O'Donnell: Quisiera agradecer a los organizadores la invitación a esta conversación que ha sido realmente muy interesante.

Desearía enfatizar la importancia de la existencia actual de una base material institucional argentina que no había hace treinta o cuarenta años. Este es un punto de partida muy, muy valioso. Tal vez no sea el ideal pero en la Argentina existe actualmente un campo intelectual activo del cual todos somos parte. Creo profundamente que esas bases materiales aunque insuficientes, por una serie de prácticas complicadas, permiten enfrentar algunos desafíos muy interesantes y que deben ser muy explícitos. Este es un proceso en el cual me gustaría colaborar. Era muy diferente la situación en los 1981, 1982, 1983, en el que existía mucha violencia antes de poder dar continuidad a la democracia. Este desafío es una gran conquista y sobre todo es un fruto de esta democracia, muy valiosa aunque nos enoje. Es necesario plantear más explícitamente y más provocativamente cuáles son los desafíos de una buena ciencia social, en la Argentina. Deben ser el producto de debates intensos y punzantes. Es importante abandonar la queja. Mirando hacia atrás se observa la cantidad de cosas que se han modificado y se han afianzado. Ahora es nuestra responsabilidad definir hacia adonde vamos. El valor del discurso que enuncie objetivos es crucial.

Grassi: Estoy convencida que las prácticas conforman sujetos, me preocupan las nuevas generaciones, sería lastimoso que las prácticas conformen sujetos individualistas. Es indispensable esforzarnos para conformar una comunidad científica menos competitiva propicia a la formación sujetos menos individualistas y a la creación de una Ciencia Social más reflexiva.

Carolina Mera: Para concluir desearía agradecerles a todos su participación. La transcripción de esta conversación será publicada en la Revista Argumentos. El Instituto de Investigaciones Gino Germani en estos veinte años está sujeto a la permanente tensión entre esta corriente "*paperística*" y la promoción del pensamiento crítico. Asumimos el compromiso de crear otras formas de conocimiento. La Revista Argumentos constituyó un desafío en esta dirección. Es una Revista que no sigue los criterios clásicos de revista científica, y que por eso posibilita intercambios como el que tuvo lugar entre ustedes hace un momento. En este sentido continuamos la idea de Pedro Krotsch, su fundador. El Nº 10 de la Revista coincide con la conmemoración de los veinte años de la creación de la Facultad de Ciencias Sociales y tiene la presencia de dos de los ex Directores del Instituto, Federico Schuster y Pedro Krotsch.

Nuevamente les agradezco su participación en un debate valioso que continuaremos en el ámbito del Instituto de Investigaciones Gino Germani y desde nuestra tarea docente en la Facultad de Ciencias Sociales.

La investigación en la Facultad de Ciencias Sociales UBA

Ricardo Sidicaro

1. La comparación de las actividades de investigación oficialmente registrada que se realizan en la Facultad de Ciencias Sociales desde su creación a la actualidad permite constatar un importante desarrollo en términos cuantitativos y cualitativos. En el decenio 1998-2008, el número de proyectos pasó de 97 a 214, mientras que los objetos de análisis conocieron una diversificación y enriquecimiento considerable. Escapa a esta breve nota la posibilidad de mencionar mínimamente los temas de las investigaciones pasadas o actuales, pero no puede sino destacarse que abarcan los más disímiles dominios del conocimiento de lo social y proponen marcos conceptuales disciplinarios e interdisciplinarios. El pluralismo conceptual es otro rasgo que cabe resaltar. Ese componente indispensable para el avance del saber sobre lo social, que es una conquista de las universidades públicas que está garantizada por la autonomía de su desenvolvimiento institucional, son acordes con el desarrollo de las ciencias sociales de esta etapa de la modernidad en la que han aumentado los paradigmas alternativos.

2. En las condiciones particularmente adversas desde el punto de vista presupuestario y edilicio en las que se ha desenvuelto la actividad académica en nuestra casa de altos estudios, ese crecimiento y diversificación de la investigación reflejan el interés por la construcción de conocimientos de quienes participan en esas actividades. No es arriesgado suponer que el dinamismo de las pequeñas comunidades de discusión que debieron formarse en torno de muchos de los proyectos de investigación fue el factor de estímulo inmediato que sostuvo el esfuerzo común. La situación de desarticulación que alcanzó en ciertos momentos nuestra sociedad, muy probablemente, incitó a la formulación de nuevas preguntas sobre la realidad circundante y el pasado más o menos cercano. Se suele

sostener que las crisis sociales, o los cambios de época, ponen a los trabajadores del campo científico ante anomalías que invitan a revisar los marcos teóricos y que esto conduce a la corrección o abandono de paradigmas, y eso ha sucedido entre nosotros con el saludable cuestionamiento de lo dado por supuesto.

3. "La ciencias sociales son la autoconciencia de la sociedad", o si se prefiere "las ciencias sociales son el pensamiento de la sociedad sobre sí misma", frases que pueden parecer ampulosas y no exentas de vanagloria corporativa, que pueden parecer exageradas pero esa visión surge de la lectura de nuestras propuestas de investigación. En esos proyectos, todo indica el interés por hacer aportes social y científicamente relevantes. Los temas de investigación evidencian, además, una actualización teórico-metodológica acorde con los cambios registrados en el campo de las ciencias sociales internacionales. Repitamos que dada la relación directa existente entre las actividades de docencia y la mejora de los marcos teóricos sería un error desconocer ese vínculo en la renovación de la investigación.

4. En ese sentido, ha sido extremadamente negativa la falsa dicotomía establecida en los razonamientos burocráticos que suponen que quienes integran las universidades públicas no forman una única comunidad científica. La búsqueda de diferenciaciones tendientes a quebrar la unidad del mundo universitario es un vestigio del proyecto neoliberal que pretendió atomizar, en todos los dominios, los colectivos sociales a los efectos de controlar a sus integrantes. Basta consultar los informes y propuestas de los técnicos internacionales y los amanuenses locales que armaron las reformas de los sistemas educativos nacionales para convencerse de que la destrucción de las comunidades académicas de docencia e investigación era uno de sus grandes objetivos políticos.

5. La mejora de la investigación y de la docencia de nuestra casa de altos estudios no podrá en ese sentido seguir profundizándose sin el trabajo consciente de todos los miembros de la comunidad académica, valorando los aportes específicos de docentes, investigadores y alumnos. Agreguemos que la notoria ventaja que

tienen las universidades públicas en comparación con las privadas es la politización estudiantil que actúa como un acicate crítico. Ese es un elemento de vital significación para impedir que la investigación quede encerrada en una "jaula de hierro" sin valores y los investigadores en expertos en buscar fuentes de financiamiento, con la aspiración de ser "viajeros internacionales", como los llamó en algún texto Roberto Carri.

6. Cierro esta reflexión destacando que la labor de las investigaciones de la Facultad tiene el mérito de no haber sido contaminada por lo que Pierre Bourdieu y Loïc Wackant llamaron la astucia de la razón imperialista, consistente, entre otros aspectos, en imponer como universales aquellos temas y modos de análisis que distorsionan las cuestiones que, supuestamente, dicen querer dilucidar. Tampoco los lenguajes tecnocráticos de las ingenierías sociales ganaron reconocimiento. Los proyectos de investigación en temas teóricos no son, todavía, los que más abundan pero han conocido un avance notable en el decenio aludido. En fin, la formación de comunidades más amplias de investigación, será, sin duda un factor que contribuirá a que los conocimientos que elaboramos puedan tener más presencia en los debates públicos, participación que, en mi opinión, es una deuda que tenemos con la sociedad argentina.

La producción en ciencias sociales: algunas reflexiones desde el Posgrado

Pablo Alabarces

1. Luego de 10 años de desarrollo, desde la creación de la primera Maestría de la Facultad, y tras el crecimiento importante de la oferta y la demanda en el área en los últimos años, la Facultad de Ciencias Sociales emprendió, a partir de 2002 y con el comienzo de la nueva gestión, una reorganización de su posgrado que sometió a crítica la misma lógica de construcción del sistema en la Argentina, definiendo autónomamente el perfil que el mismo debía adquirir en nuestro ámbito, atendiendo a su relación con el grado, con el sistema científico nacional y con la comunidad, y liderando el debate respecto de su financiamiento. Hoy la Facultad ofrece cinco Maestrías, dos Carreras de especialización y un programa de Doctorado, todos ellos reconocidos entre los mejores del ámbito nacional; una nueva Maestría (en Teoría y Análisis Político) en proceso de discusión en el Consejo Superior, y otra a punto de ser enviada para su tratamiento (en Intervención Social); un importante conjunto de Cursos de Perfeccionamiento y Programas de Actualización, con excelente demanda de los graduados de la Facultad, así como de colegas de otras carreras que encuentran en sus propuestas insumos de gran importancia para sus prácticas profesionales en el ámbito público; todo ello ofrecido de manera gratuita para sus graduados, docentes y no docentes, con la excepción del Doctorado, aunque sus costos –conservados sin modificaciones a lo largo de estos años– lo presentan como el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales más económico del ámbito nacional.

Asimismo, nuestros programas han titulado, a diciembre de 2008, 70 doctores en siete años, con otras 13 tesis entregadas esperando defensa, y 150 Magister. El Programa de Doctorado tiene, a diciembre de 2008, más de 1000 doctorandos, de los cuales la mitad son becarios de dedicación exclusiva de alguna agencia científica (mayoritariamente del CONICET, y en medida decreciente de la UBA, del FONCYT y de otras agencias). Esto permite una proyección de no menos de 300 doctores en Ciencias Sociales titulados en los próximos

cinco años, la gran mayoría de ellos/as con edades inferiores a los 40 años, lo que transforma a nuestra Facultad en un actor fundamental en la producción de jóvenes científicos en el país, así como plantea un agudo desafío para las políticas académicas y de investigación.

Este cuadro merece ser analizado al menos desde dos perspectivas simultáneas y no contradictorias: una que llamaremos burocrática – aunque también podríamos denominarla institucional o de política académica– y otra a la que llamaremos temática –y que tiene que ver con lo disciplinar.

2. La expansión de la posgraduación en ciencias sociales tiene varias aristas. Una de ellas, posiblemente la principal, tiene que ver con el financiamiento: el crecimiento de los posgraduandos y de las tesis está directamente vinculado a la expansión de las becas en el sistema científico, expansión liderada vertiginosamente por el CONICET desde 2004, cuando adjudicó 1400 becas de doctorado y posdoctorado – habían sido 400 un año antes–, proceso que remata en el concurso que acaba de finalizar y que adjudicará 3156 becas de todos los niveles y en todas las disciplinas. Esa política elevó drásticamente la cantidad de posgraduandos con dedicación exclusiva, financiados con montos razonables para el mercado laboral, transformando así dos planos simultáneos: la cantidad de estudiantes de doctorado con posibilidades ahora reales de finalizar sus tesis en plazos razonables, y la atracción del sistema científico como posibilidad cierta de inserción laboral. La carrera académica deja de ser así una apuesta aislada dependiente de relaciones personales o trayectorias familiares, para volverse una posibilidad seductora para el graduado.

Sin embargo, el sistema aún presenta una debilidad clave: que el financiamiento no alcanzó a las propias carreras de posgrado, dependientes del autofinanciamiento y por consiguiente del arancelamiento. El sistema científico les ha confiado a las universidades la responsabilidad de doctorar a los próximos nuevos investigadores del sistema, pero sin ningún tipo de apoyo real. La cantidad de becas produce una posgraduación de masas sin financiamiento, lo que continúa exigiendo a las universidades un

esfuerzo superior a sus posibilidades. Y podría acarrear, a corto plazo, una crisis del sistema –por la imposibilidad, por ejemplo, de financiar la constitución de jurados.

Pero a su vez, la expansión del sistema de becas y la inserción masiva de investigadores en formación en las reglas del juego de la acreditación y la evaluación produce otro efecto indeseado: la universalización de la regla del publica o perece, que ya viene azotando a los investigadores de mayor trayectoria. Pero mientras éstos acceden con mayor facilidad a la publicación internacional – porque son acreedores de un sistema de relaciones que les permite saltar el procedimiento del envío para acceder al criterio de la invitación–, los jóvenes se ven capturados en una lógica perversa, que los amenaza imaginariamente con la expulsión del sistema si no se cumple con un rasero imaginario y siempre debatido: ¿cuánto vale una ponencia? ¿cuánto un artículo con referato? ¿es esto un referato? La consecuencia previsible es la multiplicación de ponencias, infinitamente repetidas (¿cuántos papers originales puede producir un/a becario/a en un año?) y condenadas a la inscripción en un CD sin ningún valor de circulación de la producción científica, malgrado su glorioso ISBN. La producción científica se vuelve así una acumulación de páginas sin más valor que el que deriva de la propia lógica del sistema en tanto que burocracia. La producción se cuantitativiza: el libro –la lógica de la argumentación de largo aliento de nuestras disciplinas– es despreciado simultáneamente por el evaluador y por el productor. El lector, en este circuito, no cuenta: simplemente porque no existe, por fuera del círculo íntimo del compañero, el grupo o el director.

3. En términos temáticos, la nueva situación muestra un aspecto positivo y otro negativo. El primero, derivado de la explosión cuantitativa del sistema, consiste simplemente en una apertura importante de las áreas, las perspectivas, las técnicas, los casos a indagar. Colaboran en este proceso no sólo el mero aumento de los/as tesistas, sino inclusive cierto pánico a la repetición derivado justamente de ese aumento. Esto ha llevado a que las temáticas presentadas en las admisiones al doctorado son de una amplitud

exasperada –lo que dificulta la planificación de la oferta, pero es a la vez un gesto de enorme buena salud.

Lo negativo procede de que, así como en la investigación senior, la investigación de los becarios y tesis suele recaer en ciertas modas: entre 2004 y 2006, por ejemplo, la protesta social tuvo un rítigo vertiginoso, que hoy decae a la vez que lo hace en las primeras planas de los diarios. Esa urgencia, a veces más vinculada a lo periodístico que a las propias perspectivas de los investigadores, adelgaza esa amplitud, reduce sus posibilidades. Otro signo de los tiempos es un predominio de la investigación cualitativa y especialmente de la que se reclama etnográfica, posiblemente debido a su mayor baratura. Paradójicamente, aún cuando la investigación en comunicación o en sociología de la cultura no ocupa, cuantitativamente, un lugar hegemónico, sobresalen los análisis dedicados a la interpretación, a las representaciones, a lo imaginario.

4. Estas líneas quieren apenas señalar, muy esquemática y precariamente, algunas de las tendencias que hemos visto en estos años, como gestores, directores y evaluadores. De todos modos, este panorama adeuda una investigación más pormenorizada –que podría señalar, con más elementos, un cuadro acabado del sistema de posgraduación y su lugar en la producción científica en ciencias sociales. Provisoriamente, permítaseme señalar que, a pesar de mis críticas o alertas, el cuadro es promisorio: la posgraduación ha experimentado un crecimiento vertiginoso, y eso nos permite cierto optimismo derivado, por lo menos, de la multiplicación de las oportunidades. Y eso también significa, si estamos en lo correcto y perseveramos en sus mejores líneas, un crecimiento de la democratización del sistema, una pérdida –saludable– de cierto añejo aristocraticismo.

El IIGG y la investigación en ciencias sociales

Pensar los últimos 10 años del Instituto nos lleva **en primer lugar** a dar cuenta de la continuidad institucional producto de las diferentes gestiones que dirigieron el Instituto desde su consolidación como Instituto de la Facultad de Ciencias Sociales, desafío que implicó abrir el ya existente Instituto de Sociología a la comunidad de investigación de la nueva Facultad, cobijando a los docentes-investigadores de 5 carreras con distinta tradición disciplinaria. Lo anterior sin duda fue posible gracias a la continuidad institucional garantizada por un Comité Académico con representación de los tres claustros, así como la institucionalización de formas de convivencia solidaria, creativa y comprometida con la vida académica. **En segundo lugar**, nos invita a pensar en el complejo proceso de construcción de una identidad común que hoy nos identifica como investigadores y becarios de un mismo Instituto, a pesar de la fragmentación cada vez mayor del sistema de investigación. El IIGG en su conjunto, pero sobre todo la interdisciplinariedad y diversidad constitutiva de sus equipos, evidencian una sedimentación de debates, aprendizajes y diálogos, producto de 20 años de continuidad democrática, institucional y académica.

En este sentido, el desarrollo y expansión de los claustros y actividades de investigación también deben ser explicadas en el marco del crecimiento significativo de la Facultad. Aquel objetivo fundante del IIGG, de formar investigadores y contribuir a la formación de los docentes de la casa, que nos diera la razón de ser en la nueva Facultad, sin duda, fue altamente superado. Hoy es imposible pensar separadamente las actividades que alberga y promueve el Instituto de la docencia de grado y postgrado de la Facultad. El Instituto incide favorablemente en las carreras de grado facilitando el surgimiento de vocaciones académicas con posibilidad de acceder a una formación en investigación, contribuyendo a la consolidación del modelo profesor-investigador.

Los investigadores del IIGG articulan equipos interdisciplinarios que producen resultados valiosos a partir de los cruces más diversos entre áreas del conocimiento social. Salud, población, migración, cultura, comunicación, política, estudios rurales, estudios urbanos, reforma del estado, conflicto y cambio social, trabajo y empleo, género, estratificación social, opinión pública, ciencia y sociedad, cambio tecnológico, educación, sociología histórica, infancia y adolescencia, epistemología y filosofía de la acción social son campos temáticos abordados por las áreas y equipos del Instituto.

Al mismo tiempo, el Instituto se consolidó en la realización de actividades de extensión y gestión relativas a las distintas temáticas de investigación. El IIGG desarrolla una fecunda tarea de cooperación con los diversos actores políticos, de la sociedad civil, movimientos sociales, organismos de gobierno local y nacional, en la convicción de que la

investigación científica constituye una herramienta central en el desarrollo social y en la formación de un pensamiento crítico.

El Instituto experimentó un crecimiento vertiginoso que se refleja en su composición actual: 140 investigadores, 130 auxiliares y 330 becarios, así como en los proyectos de investigación radicados (aproximadamente 400) y el resto de las actividades académicas. Estamos hablando de un Instituto conformado por una comunidad de casi 600 personas entre profesores-investigadores, becarios y auxiliares de investigación, a los que deberían sumarse los cientos de integrantes de equipos de proyectos UBACyT.

Si pensamos en la última década podemos observar un crecimiento importante en las áreas de investigación que se explica a partir de la consolidación del Instituto en tanto ámbito inter y transdisciplinario que agrupa a investigadores y becarios provenientes de las 5 carreras. Este crecimiento fue especialmente significativo en las áreas de Cultura y Política, donde se incorporaron mayoritariamente docentes-investigadores de las carreras de comunicación y de Ciencia política.

Al mismo tiempo, el Instituto fue testigo de una creciente diversificación de los temas de investigación así como de nuevas formas de abordaje. A través de las investigaciones radicadas y de los trabajos que presentados en las Jornadas de Jóvenes Investigadores, podemos observar una preeminencia cada vez mayor de estudios de corte cualitativo que proponen innovadores diseños de investigación.

Desde ya esta realidad tiene que ver por un lado con nuevas situaciones de la realidad social, pero también con un cambio cada vez más evidente de paradigma, donde el protagonismo del sujeto, de los procesos de nuevas subjetividades y surgimiento de estudios desde estas perspectivas también imprimen un cambio cualitativo a los procesos de investigación, así como a los diseños metodológicos y modos de abordaje.

Vinculado a este aspecto debemos mencionar **la libertad** de elección que existe en el IIGG en cuanto a temas de investigación. Los investigadores, becarios y tesistas, eligen sus propios temas, los desarrollan en diálogo con colegas, directores y equipos de investigación, garantizando la pluralidad de enfoques pero sobre todo la diversidad y democracia en el proceso de construcción del conocimiento. Esto es un eje fundamental para la investigación en una Universidad pública y masiva como la nuestra. En ese sentido, el Instituto ha garantizado esta condición y ha visto crecer y consolidar equipos creativos, críticos y con capacidad de formar a nuevas generaciones desde un espíritu libre y democrático que, al mismo tiempo, tiene un impacto directo sobre la vida de la Facultad.

Formación de los investigadores e impacto en la Facultad. El Instituto mantiene una política de acercamiento y articulación con otras áreas de la Facultad.

Recordemos que el Instituto tiene una explícita política de incorporación de los jóvenes estudiantes a la investigación, garantizando su continuidad y renovación. Hay actualmente 330 becarios de investigación, y un importante claustro de auxiliares, que creció de cerca de 30 a 129 miembros en los últimos 15 años. Otra forma en que se integra a los jóvenes a la investigación es como participantes de proyectos con sede en el IIGG, especialmente en los UBACyT. Hay además otro tipo de iniciativas, tales como fomentar que los alumnos de sociología hagan parte de las 200 horas de investigación que exige la currícula de la carrera en los proyectos con sede en el Instituto. Adicionalmente este año se abrió un taller de investigación para los primeros años de la carrera de Sociología, que debería experimentarse también con las otras carreras.

Formación de investigadores e impacto en otras universidades. Desde hace varios años se da el fenómeno de que gran cantidad de estudiantes se forma en la Universidad de Buenos Aires, pero ejerce su actividad académica en otras universidades. La Facultad de Ciencias Sociales, a través de la Secretaría de Posgrado y del IIGG produce graduados, Maestros y Doctores que van a enriquecer otras facultades y universidades del país. De los 330 becarios del Instituto, algunos son, o serán incorporados, como docentes de la Facultad, pero muchos otros se insertarán en otros institutos y facultades. De hecho la presencia de nuestros graduados es cada vez más importante en otros Centros Académicos. Una vez más, la UBA, como la universidad más importante del país, que concentra considerablemente el capital cultural, social y político de la Ciudad de Buenos Aires, forma profesores e investigadores que nutrirán también otras universidades. Esto no implica que no sea necesario impulsar políticas de retención de graduados de grado y postgrado, a través del aumento de presupuesto para nuestra Facultad y Universidad, siendo conscientes de la contribución que la UBA hace al campo científico de todo el país.

Relación con otras instituciones. Una de las carencias del sistema de investigación parecería ser la falta de mecanismos formales de interacción entre la academia y el ámbito de implementación de políticas públicas. Sin embargo, desde el IIGG constatamos que estas relaciones existen de hecho a través de canales informales, no medibles desde los formatos de evaluación actual, que se relacionan con la propia práctica del investigador que entra en contacto con distintos actores, estableciendo vínculos de intercambio y cooperación. En el IIGG ya hay áreas que muestran el potencial de este trabajo conjunto en Salud, Migraciones, Desarrollo y Política Social, Reforma del Estado y otros. Sin embargo, existe un déficit en la evaluación de estas actividades.

Desafíos

En esta etapa de consolidación de la capacidad productiva y del prestigio nacional e internacional del Instituto, la Facultad se encuentra frente a serios desafíos que tienen

que ver con la inversión en infraestructura: 1) la utilización del espacio disponible con el incremento sustantivo del plantel; 2) las condiciones generales de las instalaciones; 2) la capacitación y aumento del personal administrativo (que sigue siendo cuantitativamente idéntico al de 1991, cuando la comunidad del IIGG no superaba las 100 personas).

El IIGG como ámbito de la Facultad y de la Universidad pública, también enfrenta desafíos académicos importantes relacionados con la ampliación y masificación de la educación universitaria y de la investigación. Como desafío para los años venideros, el Instituto se plantea fundamentalmente mantener la política de apertura a la investigación sin bajar el nivel académico y mejorando las condiciones de trabajo, para lo cual es fundamental sostener la demanda de mayor presupuesto para la investigación. En definitiva, el desafío es profundizar la política de apertura a la investigación sin bajar la calidad de la producción académica.

Por último, estamos frente al desafío que presenta la tendencia a la internalización de la educación superior y de la investigación. La relevancia del Instituto en este campo es cada vez mayor y debemos crear las condiciones necesarias para que nuestros becarios e investigadores puedan hacer uso de esas circunstancias a través de intercambios más democráticos con otras instituciones del mundo. De lo contrario, no terminaremos de romper las condiciones desiguales de la producción internacional de conocimiento.

Los desafíos parecen posibles en el contexto actual. Por un lado, la posibilidad cada vez más cercana de un edificio único de la Facultad de Ciencias Sociales, en el cual se adjudicó y diseñó un espacio acorde a las necesidades actuales del IIGG, parece augurar posibilidades de cambio que seguramente se acompañarán de un aumento de la importancia asignada a la investigación que es considerada, cada vez más, como parte fundamental de la práctica docente de grado y postgrado.

Además también la situación nacional parece acompañar esta tendencia. En los últimos años la situación de las ciencias en Argentina ha mejorado considerablemente. Se creó el Ministerio de Ciencia, Tecnología e innovación productiva, ha aumentado la oferta de becas y subsidios a proyectos de investigación de las diferentes Agencias, se mantiene una política de apertura de la carrera de investigador del CONICET, y también en la UBA aumentaron los proyectos y las becas UBACyT. El IIGG se beneficia de estas políticas de promoción a la investigación de la Nación y de la Universidad, e impacta de forma directa en la vida de las 5 carreras de la Facultad, y de las Ciencias Sociales del país.

Las fortalezas que le permiten al instituto crecer junto a las políticas de promoción mayores, son posible gracias a los 25 años de continuidad democrática, a los 20 años de consolidación de la Facultad de Ciencias Sociales, y al esfuerzo de los investigadores del

Carolina Mera

Instituto que han, desde los inicios, trabajado por el fortalecimiento de esta comunidad académica.

Las Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani

Al momento de entregar esta reseña para *Argumentos*, el claustro de becarios del Instituto se dispone a organizar las V Jornadas de Jóvenes Investigadores a realizarse en 2009. Se trata de un evento cuya rápida y consistente institucionalización constituye uno de los mayores logros, en estos últimos años, de los becarios de la institución.

El objetivo originario de estas jornadas fue establecer un vínculo más fluido entre los becarios del Instituto, estimulando la puesta en común de sus temas de investigación, sus interrogantes teóricos, epistemológicos y metodológicos, posibles líneas de trabajo. De allí que la propuesta no era sólo la presentación de trabajos concluidos o en avanzado proceso sino también la comunicación de avances de investigación o de informes preliminares que pudieran discutirse en un ámbito afín a nuestras inquietudes y con compañeros que transitaban por experiencias similares. A ello se sumó el compromiso de los investigadores para comentar los diferentes trabajos presentados. Así, a fines de noviembre de 2001 se realizaron las "Primeras Jornadas de Jóvenes Investigadores", con la participación de 91 expositores del Instituto y 8 becarios/investigadores externos. Como se advertiría claramente en las Jornadas posteriores, en esta primera experiencia ya se habían sumado colegas de otros establecimientos. Y eso era un buen indicio.

Cumplido ese primer desafío, la apuesta fue comprometerse a la realización de las Segundas Jornadas, que se llevaron a cabo a comienzos de octubre de 2003 y sumaron a 156 las exposiciones, particularmente con la participación de becarios o investigadores de otros centros y facultades. Dados estos resultados, las Jornadas ya tenían su lugar entre las actividades organizadas por el Instituto.

No obstante, el salto cuantitativo y cualitativo ocurrió con las Terceras Jornadas, desarrolladas a fines de setiembre de 2005. Se recibieron 261 trabajos, procedentes de investigadores de distintos centros de investigación y facultades de Buenos Aires, Rosario,

Córdoba, La Plata, entre otros. Y este sorprendente impulso se prolongó en las Cuartas Jornadas, realizadas a fines de setiembre de 2007, con la contribución de expositores de las ciudades ya mencionadas, más colegas de Cuyo, Tucumán, Catamarca, Villa María y del exterior: Guadalajara, Roma y Barcelona.

Movidos por este impulso y por el reconocimiento que este evento suscitó, a partir de la realización de las Terceras Jornadas se graba un CD institucional con el conjunto de las ponencias presentadas. Este material, que se le entrega a cada expositor y a cada uno de los comentaristas invitados, constituye un reservorio de consulta permanente.

Este salto cuantitativo exigió, también, un cambio en la organización de las áreas temáticas y de las mesas distribuidas al interior de cada una. La heterogeneidad de propuestas recibidas planteó la oportunidad de innovar en la conformación las áreas temáticas, a fin de promover un cruce fructífero entre diferentes áreas y propuestas de investigación. Esta apuesta fue más arriesgada en algunos ejes, en los que confluyeron mayor cantidad de presentaciones dispares, como "Representaciones, discursos, significaciones", "Poder, dominación, fuerza y violencia" o "Políticas del cuerpo".

Sin olvidar los resultados sugerentes y provechosos que esta propuesta ha tenido para los expositores, fue asimismo una experiencia de sostenido debate teórico y epistemológico entre los becarios la conformación de cada uno de los ejes. En más de una oportunidad, la distribución de ponencias habilitó la digresión en favor de la creación de un eje que sucumbía rápidamente, sufría serias modificaciones u ofrecía al fin muy buenos resultados.

Acorde con este cambio, fue necesario convocar a una mayor cantidad de investigadores y profesores para comentar en las distintas mesas y hubo una gran predisposición, tanto de parte de los miembros del Instituto y la Facultad de Ciencias Sociales, como de otros centros de investigación que hicieron sus primeras tareas en el Germani.

Finalmente, en las Cuartas Jornadas se introdujo una novedad: a modo de cierre se realizó un foro de debate en torno de la investigación social, sus condiciones y alcance, sus perspectivas y

dificultades, con la participación de jóvenes investigadores del Instituto.

En cuanto a los trabajos de investigación que se presentaron en las distintas ediciones de las jornadas, resulta riesgoso generalizar pero podemos plantear algunas tendencias en la evolución de los temas centrales, las perspectivas y las metodologías de las ponencias. En las primeras jornadas hubo una fuerte presencia de la ciencia política tanto en las perspectivas teóricas como en la temática de las investigaciones. La ciudadanía en sus múltiples transformaciones contemporáneas, la reforma del Estado, las prácticas políticas (con un fuerte énfasis en la corrupción y el clientelismo) y la representación política como relación social y a través de sus mecanismos formales fueron algunos de los problemas que abordaron las ponencias presentadas. Por otra parte, empiezan a cobrar importancia los estudios de los movimientos sociales y la protesta, entre los cuales se vislumbra ya la emergencia de nuevos actores (los movimientos de desocupados) y de nuevas formas de protesta.

En la segunda edición de las jornadas, realizada casi dos años después de la crisis de 2001, tuvieron gran protagonismo los estudios sobre la protesta y los movimientos sociales: las organizaciones de piqueteros, las asambleas barriales, y los nuevos repertorios de la acción. Además, se tematizan las transformaciones del trabajo y fundamentalmente el problema de la desocupación: los planes de empleo, el trabajo informal, los cartoneros y las fábricas recuperadas fueron algunos de los objetos de las investigaciones. Algunos temas que venían siendo desarrollados adquieren mayor visibilidad en función de los acontecimientos, como ocurre con los estudios de las migraciones, que adquieren mayor relevancia con el fenómeno migratorio que acompañó a la crisis argentina. Finalmente, algunos objetos novedosos como el espacio virtual, Internet y las nuevas tecnologías plantean desafíos metodológicos.

El pronunciado incremento de ponencias presentadas en las terceras y cuartas jornadas, así como el giro en el criterio de agrupamiento por ejes transversales y no temáticos, ha redundado en una diversificación de los trabajos y sus enfoques. En este sentido, la

mayor heterogeneidad se ha presentado entre los estudios culturales, que atravesaron a todos los ejes y temáticas, enriquecidos por el incremento de la participación de egresados de la carrera de Comunicación de FSOC (especialmente alumnos preparando sus tesis de grado) y de investigadores y becarios de la Facultad de Filosofía y Letras. Asimismo, la preeminencia del uso de metodologías cualitativas (especialmente análisis de discurso) se ha extendido a una multiplicidad de temas y objetos, desde el discurso político a la literatura, estudios de las migraciones a las narrativas mediáticas, los consumos culturales y las temáticas vinculadas a la escuela y la educación, los estudios de género y las políticas públicas.

En suma, se trata de un emprendimiento muy estimulante que, ante cada nueva instancia de realización, plantea distintas inquietudes, nuevos desafíos y, lo más importante, la incorporación de nuevos becarios en su organización y de nuevos becarios e investigadores que exponen sus trabajos. Como tal, las Jornadas expresan su carácter dinámico perpetuando, en una suerte de carrera de postas, un espacio de intercambio científico organizado por y para becarios. Y eso nos enorgullece, puesto que también constituye la reafirmación de un espacio de pertenencia: el Instituto de Investigaciones Gino Germani.

**Interpretaciones enfrentadas
de la historia de la sociología en Argentina.
Las lecturas del pasado como disputas del presente**

Juan Pedro Blois

Las palabras que se emplean entonces no son
medios para un análisis científico sino
propaganda política dirigida a obligar a los otros a
tomar una posición. No son las rejas del arado para
ablandar el terreno del pensamiento contemplativo,
sino espadas contra el adversario,
instrumentos de lucha.
Weber, *La ciencia como vocación*, 1918.

Introducción

Desde su creación en la Universidad de Buenos Aires a mediados del siglo pasado, la Carrera de Sociología ha tenido una trayectoria accidentada. Las cambiantes coyunturas políticas nacionales sumadas a la aparición de profundas controversias internas -que superaron en intensidad a las propias de todo ámbito de producción científica-, conformaron una historia en la que resaltan las rupturas sobre las continuidades. Lejos de seguir un proceso de institucionalización progresiva, como ocurrió en otras disciplinas, la sociología argentina se caracterizó por una pluralidad de enfoques heterogéneos que se impugnaban y excluían unos a otros. Donde las referencias teóricas, las formas de trabajo e, inclusive, el propio sentido de la sociología se convirtieron en objeto de álgidas luchas y controversias.

Sin un acuerdo básico sobre lo que la sociología era y debía ser, las reflexiones sobre los antecedentes de la disciplina en nuestro país, sobre el lugar que debía corresponder a sus distintos promotores, sobre las figuras e ideas a rescatar o a relegar, se convirtieron en un pretexto para tratar de fijar, de manera indirecta, los cánones y los límites de la sociología. Como se podrá intuir, la etapa "fundacional" inaugurada en 1955 con la creación de la Carrera y el Departamento de Sociología bajo la dirección de Gino Germani, fue un momento de activación de esas

disputas y, en décadas posteriores, se convertirá en un objeto recurrente del debate.

La simple narración o evaluación de lo ocurrido en esos años ha suscitado importantes desacuerdos entre los sociólogos argentinos. Bajo la forma del testimonio personal o de la reflexión más crítica y sistemática, la toma de partido -a favor o en contra de la "sociología científica"- ha sido una dimensión fundamental de las disputas. Sobre la figura y el proyecto de Germani, se concentraron apologistas y detractores.

El carácter fuertemente polémico de estas interpretaciones es comprensible si se recuerda que la reflexión sobre la historia de la sociología es siempre un ejercicio que responde a disputas del presente. Lejos de tener un fin exclusivamente cognoscitivo, el estudio del pasado se inscribe en controversias donde lo que está en juego es la imposición de una determinada definición de lo que es y debe ser la sociología, definición que se orienta a consolidar la reputación intelectual e institucional de cierta forma de entender y practicar la disciplina en detrimento de otras formas posibles. Así, el análisis de aquello que se recupera o se relega del pasado debe ser inscripto en conflictos donde se buscan jerarquizar ciertos capitales y descalificar otros, en luchas por la diferenciación y distinción de quienes sostienen ideas enfrentadas sobre la sociología. Como señala Bourdieu, cada participante de un campo disciplinario "desarrolla una visión de dicha historia adecuada a los intereses vinculados a la posición que ocupa en ella, ya que los diferentes relatos históricos están orientados en función de la posición de su autor" (Bourdieu, 2003: 25). Toda mirada al pasado, es innegable, se realiza en función de las necesidades y conflictos del presente.

En los últimos años, tomando distancia de las interpretaciones corrientes sobre la historia de la sociología debido a lo que denuncian es su falta de distanciamiento y de objetividad, una nueva generación de investigadores ha producido una serie de trabajos que han aportado un conjunto de ideas novedosas tendientes a complejizar y enriquecer el registro que los sociólogos tienen de la trayectoria de su disciplina. En la sección final de este artículo, nos referiremos a estos trabajos y su tentativa de ofrecer una perspectiva ajena a los "sesgos" y

“simplificaciones” que habrían introducido quienes elaboraron historias de la sociología al calor de agudas controversias y conflictos.

Apoyándose en dos interpretaciones de la trayectoria de la sociología que han alcanzado considerable difusión –la de Gino Germani (1964 y 1968) y la de Eliseo Verón (1974)-, este artículo se propone mostrar que por detrás de la inmediata preocupación histórica de ambos relatos había una apuesta por definir qué era y qué debía ser la sociología, que respondía a las disputas y conflictos propios del momento en el que esas reflexiones se realizaban. En este sentido, más que medir sus interpretaciones con lo que efectivamente ocurrió en un intento por descubrir las mistificaciones que sus intereses particulares les habrían llevado a introducir, lo que se busca es dar cuenta de las tensiones y conflictos que llevaron a estos sociólogos a construir determinados relatos, teniendo en cuenta a quiénes y contra quiénes dirigían sus argumentaciones. En primer lugar, se presentará el relato construido por Gino Germani. Luego, la crítica de Eliseo Verón al mismo. En tercer lugar, a modo de cierre, a la luz de lo dicho en las secciones anteriores, intentaremos problematizar ciertos rasgos que caracterizan a las investigaciones más recientes.

El relato de Germani

Una de las interpretaciones sobre la trayectoria de la sociología local sostiene que antes de la renovación intelectual e institucional de mediados del siglo pasado, momento en que se crea la primera carrera en nuestro país, no había habido sociología en sentido estricto. El momento que se abrió entonces es presentado, no sin cierta nostalgia, como un “período dorado”, de una vitalidad no igualada desde entonces. Allí, merced a la incorporación de las técnicas de investigación modernas, una “ciencia nueva” fue capaz de romper con formas de dar cuenta de la sociedad que carecían de rigor científico, basadas en las “impresiones” y en la “subjetividad” del observador. En esta versión, la figura de Germani es reivindicada como el introductor de la ciencia social en un medio dominado por el “irracionalismo” y el “oscurantismo”.

Si bien esta versión mucho debe al relato elaborado por el propio Germani, no es su obra exclusiva. Por el contrario, es también el producto

de la reapropiación y difusión continuada en el tiempo que ciertos discípulos o colaboradores identificados con su obra hicieron de aquel relato. Sin tener presente esto último, difícilmente se comprendería cómo luego de haberse alejado de la Carrera de Sociología y posteriormente del país -en un clima de fuerte hostilidad e impugnación hacia la "sociología científica"-, pudo perdurar el "mito de los orígenes" germaniano. Sin esta defensa del sociólogo italiano emprendida una y otra vez por quienes compartieron y comparten su forma de concebir la sociología, tal permanencia no hubiera sido posible. ¿Cuál es la razón de esta irrenunciable defensa? ¿Fidelidad al maestro? Es posible. Sin embargo en las disputas en torno a la figura de Germani se dirime algo más.

Para sus discípulos lo que está en juego allí es el valor de su propia trayectoria y de sus credenciales académicas e intelectuales acumuladas en tanto "continuadores" de la obra del "fundador" de la "sociología moderna". Un ataque a la figura de Germani no puede pues dejar de ser un ataque a ellos. Descalificar la "sociología científica" implica siempre una desvalorización de la forma de entender la disciplina en que se formaron, que practicaron y defendieron a lo largo de su carrera tanto como de los temas que estudiaron, muchas veces en explícita continuidad con las preocupaciones germanianas.

La discusión sobre el pasado de la disciplina no es nunca un asunto neutral. Lejos de ello, está siempre sujeta a controversias, de vívida y conflictiva actualidad en las que al ponerse en juego qué es y qué debe ser la sociología, se discuten y dirimen prestigios y ascendencias, valores relativos de uno y de otro estilo de trabajo.

La interpretación que realiza Germani de la trayectoria de la sociología local no puede ser dissociada del conjunto de iniciativas que desplegó en vistas a legitimar su empresa. Buscando la aceptación de un variado grupo de actores a los que pretendía convencer de las bondades del estudio sociológico de la realidad tal como él lo entendía, su relato buscaba diferenciar la "sociología científica" de las otras formas de entender y practicar la disciplina que competían por el control del mismo espacio intelectual. En este sentido, como señala Pereyra, el modelo explicativo construido por Germani "sobre los avatares de la sociología y

la ausencia de una experiencia de investigación sociológica previa a 1955 fue esbozado en el marco de una operación intelectual destinada a consolidar su lugar como líder indiscutido del campo sociológico local" (Pereyra, 2005: 646).

Germani se refiere a la trayectoria de la sociología en nuestro país y en América latina en varios escritos. Si bien a lo largo de los años fue haciéndose de una visión general que es retomada cada vez que aborda la temática, en cada oportunidad es posible hallar matices y énfasis diferenciados que responden a la coyuntura particular en la que intervenía en pos de promover y legitimar su orientación sociológica.

La reflexión sobre el pasado de la disciplina fue asumida por Germani de manera más detenida y con un mayor alcance en los primeros balances que realiza de la experiencia fundacional que lideró en la Universidad de Buenos Aires. Procurando ubicar aquella iniciativa en el marco general de la historia de la sociología de nuestro país, el sociólogo italiano elaboró un relato donde su figura aparecía como la del fundador de la sociología en tanto ciencia y donde se criticaban duramente las orientaciones que habían dominado el escenario de la sociología precedente. En la valoración de los hechos del pasado, su relato apuntaba siempre a distinguir y defender su empresa de las ofensivas de los distintos adversarios con los que tuvo que lidiar en diferentes momentos.

Germani buscó persuadir de las bondades de la "sociología científica" a un variado público: las nuevas autoridades universitarias, las organizaciones internacionales que promovían el desarrollo de la investigación social y, en términos más generales, los medios intelectuales y políticos locales. Su historia de la sociología articuló entonces diversos argumentos capaces de interpelar a distintos actores cuyas definiciones de lo que era el buen trabajo intelectual no siempre eran similares. Por lo demás, Germani era consciente de que desarrollar una audiencia amplia posibilitaría una base de legitimación mayor, capaz de enfrentar con mejores recursos a quienes hasta entonces habían dominado el ámbito sociológico local.

En esta operación ciertos rasgos de su trayectoria eran resaltados con el fin de lograr un "ajuste" a las nuevas circunstancias sociales, culturales e institucionales originadas en los cambios políticos que

siguieron a 1955, ajuste al "clima de época" indispensable para el éxito de su empresa. Así por ejemplo, su exclusión de la universidad en los años del peronismo y su participación en medios intelectuales liberales -como el Colegio Libre de Estudios Superiores- fueron enfatizados puesto que habían devenido antecedentes adecuados para asegurarse un lugar en la universidad renovada, sobre todo si se tiene en cuenta que sus principales competidores -aquellos que despectivamente denominaba "sociólogos de cátedra"- habían permanecido dando clases en la universidad. Como señalan Pereyra *et al.*, "Germani presentó claramente la secuencia de eventos de su vida como un acto de promoción personal. Usualmente remarcó su aislamiento de otros sociólogos del medio local durante su etapa de formación [...] Esta estrategia de promocionarse como un autodidacta, sumada a su capacidad para ubicarse en posiciones alejadas al peronismo, dio a Germani un reconocimiento que fue útil en su carrera profesional. (Pereyra *et al.*, 2007:8).

Por un lado, su relato de la trayectoria de la disciplina destacaba el compromiso que su forma de concebir y practicar la sociología mantenía con la investigación y los ideales científicos, énfasis que había resultado afín con el perfil que las nuevas autoridades universitarias buscaron promover luego de 1955. Cabe recordar que desde sus primeras experiencias en el Instituto de Sociología a principios de los cuarenta, los esfuerzos de Germani habían estado centrados en distinguirse de quienes por entonces dominaban el escenario de la sociología local a partir de la afirmación de la sociología como una "ciencia" diferente de cualquier "filosofía". Haciendo énfasis en lo metodológico -para lo cual su formación de contador recibida en Italia fue fundamental- más que en lo teórico -donde sus rivales no eran débiles-, Germani había podido hacerse un lugar en tanto experto en investigación empírica "en un medio más habituado a las letras que a los números" (Neiburg, 1999:191). Ello, sumado a su oposición al régimen peronista, lo habían convertido en "el candidato natural a la jefatura del nuevo Departamento de Sociología de la UBA" (Sobre esta coyuntura, puede consultarse: Neiburg, 1998:215-252).

Por otro lado, su relato resaltaba la apertura de la "sociología científica" hacia los desarrollos que se habían producido en la sociología a

nivel mundial, progresos que varias instituciones internacionales dependientes de la Organización de Estados Americanos o de Naciones Unidas así como algunas fundaciones internacionales como la Ford y la Rockefeller después de la Segunda Guerra Mundial buscaron fomentar. Germani se presentaba como el líder de una empresa intelectual decididamente comprometida con recuperar el “tiempo perdido” en la década pasada, introduciendo en el medio local los nuevos estilos de trabajo y formas de entender la disciplina dominantes a nivel internacional, orientaciones que, según afirmaba, habían sido ignoradas por quienes habían enseñado durante el peronismo (Sobre las relaciones de Germani y estas instituciones, Cf. Pereyra, 2006).

Finalmente, el relato presentaba la “sociología científica” como una herramienta indispensable para las instancias públicas que debían lidiar con los conflictos que se producían en las sociedades contemporáneas. En la visión de Germani, estas sociedades experimentaban un proceso de modernización y cambio acelerado, fenómeno respecto del cual la sociología moderna ocupaba un estatus peculiar: a la vez que era una de sus consecuencias –la “sociología científica” era un producto de la transición de la sociedad tradicional a la moderna-, era también una empresa destinada a reflexionar y echar luz sobre aquel proceso. Así, dirigiéndose a los decisores de políticas -y distinguiendo su sociología de aquella que la había antecedido a la que descalificaba como incapaz de generar la información necesaria para el desarrollo-, Germani afirmaba que la necesidad de contar con sociólogos profesionales lejos de provenir de una simple lógica académica, era también la consecuencia de los cambios sociales que se daban en el país. Como vemos, la interpretación de la trayectoria de la sociología tendiente a distinguir su orientación de la de sus adversarios, se hacía dentro de cierta matriz de pensamiento. El esquema de una sociedad en transición y en modernización daba la clave interpretativa tanto del origen como de las funciones de la sociología en una sociedad con determinados problemas a resolver.

El relato de Germani describía la trayectoria de la sociología bcal como una sucesión de distintas etapas muy asociadas a la historia política y social de nuestro país. Dada aquella matriz de pensamiento, no era posible entender el recorrido de la disciplina si no era en relación con el

contexto más general de la sociedad en que se desarrollaba. De hecho, los momentos que demarcaban los pasajes de una etapa a otra eran los mismos que señalan los grandes episodios de la historia nacional.

La primera etapa referida por Germani comprende la obra de los pensadores contemporáneos a la revolución de mayo y de aquellos pertenecientes a la "generación del 37". Si bien existe una valoración general que se mantiene en las distintas obras en las que se refiere al período, es posible advertir ciertas variaciones que responden a los desafíos que su forma de concebir la sociología tuvo delante en su lucha por legitimarse. Así, el juego de distinciones que realizó al referirse al "pensamiento social" varió de acuerdo a la coyuntura.

Puede pensarse que, en un principio, cuando en 1956 en *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, nuestro autor decía que los trabajos que en el pasado "se desarrollaron fuera del ámbito de la sociología" debían ser aprovechados en las obras "estrictamente" sociológicas (Germani, 1962: 7), la diferenciación del "pensamiento social" era un movimiento tendiente a lograr el reconocimiento de la autonomía y especificidad de la sociología en el campo intelectual más general y a procurarle un lugar de privilegio en tanto discurso científico (Al respecto, Cf. Rubinich, 1994). Sin embargo, en 1968, cuando ya instalado en Harvard volvía a reflexionar sobre el pasado, el entramado de distinciones era otro, ciertamente más complejo pues incorporaba otros actores.

La preocupación por diferenciar la sociología del "pensamiento social" perduraba: "Hasta hoy, para los más influyentes intelectuales argentinos, la imagen y el contenido de la sociología son percibidos según el estilo y el enfoque definidos por la tradición del pensamiento social. Martínez Estrada, uno de los mejores escritores, y uno de los más eminentes "pensadores sociales" contemporáneos, considera que el enfoque literario de Sarmiento es el más indicado para comprender la sociedad y sus problemas, y que constituye un ejemplo de lo que deberían ser la sociología y sus métodos". Sin desconocer que la percepción de un autor como "contemporáneo" no depende de un simple criterio biológico y de que no es necesario que la persona en cuestión siga con vida, resulta llamativo que Germani cuestione al ensayista basándose en afirmaciones que aquel había hecho en una obra de 1946. Es más

curioso aún si se recuerda que al poco tiempo de su fallecimiento, el sociólogo italiano lo había descalificado sin miramientos en una revista de amplia tirada. En esa ocasión había afirmado que luego de leer “toda la obra de Martínez Estrada para ver que había en ella de rescatable [Se había encontrado con que] No hay casi nada” (Citado en Terán, 1993: 69). ¿Por qué la virulencia de este ataque? ¿Se trataba una vez más de una iniciativa en pos de legitimar un discurso científico sobre la sociedad en un medio signado por el idealismo y el espiritualismo, o había algo más? ¿Germani apuntaba contra un autor que al momento de su muerte era resistido en medios intelectuales de las más variadas tendencias, o, en realidad, esta crítica era un ataque a ciertos sociólogos que se identificaban con estilos de trabajo y concepciones de lo que era y debía ser la sociología que no compartía?

Si en el pasado la prédica contra el “pensamiento social” había contribuido a la legitimidad de la sociología en el medio intelectual en general, ahora devenía también un argumento contra dos adversarios intelectuales e institucionales de cierta fuerza en aquel momento: por un lado, la “sociología de cátedra” y, por el otro, la franja creciente de estudiantes y sociólogos que, cuestionando fronteras trabajosamente edificadas por Germani, habían comenzado un movimiento tendiente a reivindicar el “pensamiento social”.

Respecto de la primera, preciso es recordar que, aunque había sido desplazada de la Universidad de Buenos Aires en 1955, mantenía el control de varias de las cátedras de sociología del interior del país y de instituciones de gran relevancia como la Asociación Latinoamericana de Sociología (Blanco, 2006: 222). En aquel contexto, Germani, dirigiendo sus cañones contra estos adversarios, alertaba en 1968 sobre la “notable influencia” que el “pensamiento social” había ejercido –y ejercía– para crear una imagen de la sociología entre el público y los intelectuales que, en competencia con la imagen de la sociología “como ciencia especializada” –en crisis por lo sucedido a partir de 1966–, contribuía a legitimar el tipo de aproximación al estudio de la sociedad “impresionista” y “literario” propio de quienes, según denunciaba, consideraban que la sociología era una “ciencia del espíritu”.

Respecto de los segundos, la crítica a Martínez Estrada apuntaba a cuestionar la creciente influencia de ciertos pensadores vinculados al ensayismo nacional y al revisionismo histórico en las nuevas generaciones de sociólogos. Si bien se trataba de autores que no se identificaban con aquel ensayista –más bien, todo lo contrario-, para Germani, era claro que compartían el mismo estilo “literario” del que había intentado desvincular a la sociología. Buscaba de esta manera oponerse también a quienes sin reconocerse como parte de la disciplina, encontraban cierto eco en un estudiantado crecientemente politizado, recepción que les permitía influir sobre la definición legítima de la sociología.

Dos números antes de que apareciera el artículo de Germani al que estamos haciendo referencia, la *Revista Latinoamericana de Sociología* había presentado una polémica entre Francisco Delich y Roberto Carri desatada por una reseña donde el primero realizaba un fuerte cuestionamiento a la obra de Arturo Jauretche *El medio pelo en la sociedad argentina. (Apuntes para una sociología nacional)*. El texto, luego de retomar las críticas que Germani desde hacía tiempo había dirigido a los enfoques “despreocupados” por la verificación intersubjetiva de sus afirmaciones, terminaba afirmando que el éxito editorial del libro – por lo demás, “farragoso, desordenado, repetitivo”- debía más a su sensacionalismo que a la “riqueza de sus enseñanzas” (Delich, 1967: 308). Como respuesta, Carri hizo una encendida defensa de “los aportes al conocimiento de la realidad argentina” de la obra, cuestionando la ceguera propia del “sociólogo académico” quien siempre al procurar “una adecuación formal de la realidad al esquema lógico que acepta acríticamente”, “expresa en su obra el punto de vista de los intereses coloniales” (Carri, 1968: 127).

Según afirma Germani en 1968, el problema no era la pervivencia del ensayismo al cual le reconocía cierta riqueza e imaginación, sino su pretensión de sustituir a la sociología cuando, en realidad, su “falta de rigor” y “culto a la palabra” -aunque también su función “moral” y “política” “sumamente necesaria en nuestro tiempo”-, lo ubicaban en un registro ciertamente distinto al de la ciencia. Sociología y “parasociología” podían convivir aunque no entremezcladas en un plano de igualdad.

Como se indicó antes, 1955 no marcó la desaparición de aquellos que habían tenido a su cargo las cátedras de sociología durante el peronismo. En tanto reclamaban la identidad de sociólogos, pretendían representar nacional e internacionalmente la disciplina y disputaban el control de un mismo campo intelectual, el conflicto con la empresa liderada por Germani fue inevitable (Blanco,2006:219). El sociólogo italiano, al considerar las dos etapas siguientes en la trayectoria de la sociología local, momentos en que precisamente había dominado la denominada "sociología de cátedra", apuntaba una serie de argumentos tendientes a legitimar la "sociología científica" y a descalificar a su competidora. Argumentos que también justificaban la exclusión que Germani había operado de estos profesores a la hora de formar el plantel docente de la nueva carrera.

La primera de estas etapas, cuyos límites Germani ubica en 1870 y en 1930, corresponde al predominio del positivismo en la reflexión social, momento en que la sociología logró insertarse en la universidad a través de la fundación de distintas cátedras, dando lugar a una primera institucionalización. Sin embargo, este hecho promisorio se había malogrado. Según advertía el sociólogo italiano -apuntando la crítica a sus competidores-, los profesores que daban los cursos, no obstante su orientación positivista, no se preocuparon por el estudio de los hechos sociales concretos, sino que, asumiendo el "rol de comentaristas", se dedicaron a la "exposición crítica de la teoría social y la historia de las ideas sociales". Lejos de promover la investigación sociológica, estos profesores se entregaron al comentario de teorías y a la redacción de libros de texto carentes de cualquier originalidad (Germani,1968:393). Por si quedaban dudas de que no se trataba de una reflexión sobre figuras del pasado como Ernesto Quesada o Agustín García, unas páginas más abajo Germani mencionaba que la más obra importante de Alfredo Poviña, por entonces principal referente de este grupo, era un "extenso libro de texto muy usado en América Latina" (Germani,1968:399).

La siguiente etapa, que va de 1930 a 1955, era definida por el auge de la "reacción antipositivista" de efectos, según afirmaba, sumamente perniciosos para el desarrollo de la ciencia social. La afirmación de concepciones idealistas que postulaban la intuición como vía de acceso

legítima al conocimiento de lo social, se había traducido en un renovado estímulo a las tendencias "impresionistas" y "anti-empíricas" "innatas en la cultura latina y española" (Germani,1968:395). La sociología fue entendida, entonces, como una rama de la filosofía –no como una ciencia- consagrada a la discusión eterna sobre "qué es o qué debería ser la sociología" (Germani,1968:396).

En su relato, Germani esgrimiendo la actualización y el profesionalismo –basado en la dedicación exclusiva- que suponía la "sociología científica", descalificaba a sus adversarios por "anacrónicos" y "aficionados", rasgos que según advertía los había incapacitado en el pasado –tanto como en el presente- para incorporar los patrones de enseñanza y de investigación sociológica "modernos". En un artículo referido a la situación de la sociología en América latina explicaba las razones de esta realidad. En las primeras décadas del siglo, afirmaba Germani, quienes se dedicaban a la sociología de manera subsidiaria se encontraban en una situación favorable para mantener un nivel adecuado de información "sin retraso" acerca del estado contemporáneo de la disciplina. Ello era así debido al carácter de la sociología en esa época –su incipiente especialización, su vinculación todavía estrecha con la filosofía y las humanidades, "elementos que facilitaban su accesibilidad y su aceptación por personas formadas con preferencia en las facultades de filosofía o de derecho". Sin embargo, desde hacía unos años, los cambios de la sociología a nivel mundial la habían convertido en una disciplina inaccesible para quienes por su formación y por su situación institucional como profesores de dedicación parcial carecían de los medios para mantener un nivel adecuado de información (Germani,1964:87). Así, Germani, dirigiendo munición gruesa contra sus competidores la mayoría de los cuales eran abogados, afirmaba que las nuevas condiciones –signadas por la creación de una carrera de sociología y la "cristalización del rol profesional específico de los sociólogos"-, habían excluido a los profesionales de otras disciplinas del ejercicio de la sociología. Ya no era legítimo dedicarse a la sociología si no era de forma exclusiva (Sobre la expresión de estas disputas en el plano institucional, puede consultarse: Blanco,2006:226-230).

En el relato de Germani, las instituciones de la profesión que continuaban en manos de sus adversarios eran rechazadas por tratarse de realidades "sin contenido" sociológico verdadero. Así, en su opinión, la Asociación Latinoamericana de Sociología fundada en 1951 reflejaba las tendencias "precientíficas" de la disciplina en América latina, algo que derivaba de su "carácter prevalentemente no profesional y de la persistencia de tradiciones intelectuales que corresponden a una etapa que la sociología internacional ha superado" (Germani, 1964:85) (Sobre la formación de esta asociación pueden verse: Blanco, 2005 y Pereyra, 2007).

Pero Germani, como se indicó, no sólo reconstruía la historia en función de diferenciarse de los "sociólogos de cátedra". Con el paso de los años, la "sociología científica" debió hacer frente a críticas provenientes de nuevos adversarios. Algunos, inspirándose en la crítica a la sociología norteamericana que el sociólogo Charles Wright Mills hiciera en *La imaginación sociológica*, buscaban descalificar al fundador de la Carrera y a su grupo de seguidores como importadores e imitadores de una sociología conservadora, en crisis en su medio local. En 1961, Germani había prologado aquella obra en lo que era un intento por impedir que la difusión de las críticas al *establishment* académico norteamericano sirvieran a quienes tuviesen interés en deslegitimar su empresa. Era claro que si la sociología norteamericana más profesionalizada era cuestionada, el capital que fundaba su liderazgo en el medio local se desvalorizaría. Así, en un intento de morigerar los efectos de la obra de Mills, el sociólogo italiano había afirmado que la crítica contra la investigación en institutos burocratizados y el llamado a la "investigación artesanal" sólo tenían sentido en un contexto como el americano pero nunca en un medio como el local donde todavía primaba la improvisación en el estudio de lo social. (Sobre el prólogo de Germani, puede consultarse: Rubinich, 1999:36-39).

Esta lectura, sin embargo, no logró acallar las voces opositoras. Así, para dar un ejemplo, Milciades Peña buscó deslegitimar la definición germaniana de la sociología a partir de la revalorización de dos cualidades: su formación marxista y su no pertenencia a la academia. Para ello encontraba en la obra Mills tendiente a combinar sociología y marxismo así como en su crítica al *establishment* académico

norteamericano, elementos con los que legitimar una ofensiva contra la "sociología científica". Haciéndose eco de los cuestionamientos de las jerarquías intelectuales en Estados Unidos, Peña buscaba propiciar un movimiento análogo en el medio local (Al respecto, puede consultarse: Tarcus, 2007). En su artículo de 1968, Germani no fue indiferente a este tipo de ataques. De manera breve, pero segura afirmaba que la "creciente burocratización y el desarrollo institucional inspirados en el "modelo norteamericano", no habían implicado en la Universidad de Buenos Aires una amenaza para "el papel crítico de la sociología" (Germani,1968:411).

Tampoco fue indiferente a la oposición de "ultraizquierda" del estudiantado y de ciertos profesores con la que había tenido que convivir en la Carrera y que finalmente había precipitado su alejamiento. Contra estos sectores radicalizados –de los cuales nos ocuparemos en la siguiente sección-, la estrategia fue descalificarlos como "expresión de ignorancia, de prejuicio y de aquella mentalidad paranoica que parece tan difundida en los países periféricos -que percibe a la sociología como una cruda forma de penetración ideológica del poder imperialista" (Germani,1968:411). A quienes reivindicaban el compromiso de sus ideas con el cambio social revolucionario y denunciaban el rol conservador de la "sociología científica", Germani respondía de manera provocativa que lejos de expresar un movimiento tendiente hacia una sociedad nueva, las resistencias de estos agrupamientos, de la misma manera que la de los sectores más conservadores de la sociedad –como la Iglesia Católica y ciertos franjas de las Fuerzas Armadas-, eran "una expresión de "tradición" o de características culturales orientadas en sentido anti-moderno" (Germani,1968:411). De acuerdo a la matriz de pensamiento germaniana, estos "obstáculos", si bien no inexorables, eran previsibles en el proceso de constitución de una disciplina científica de lo social.

Como hemos podido constatar a lo largo del desarrollo anterior, la interpretación que realiza Germani de la historia de la sociología nacional, con las complejas distinciones que debió trazar en diferentes momentos, ubica su figura como la del "fundador" de la "sociología moderna" que pudo, aprovechando las condiciones propicias abiertas en 1955, iniciar un programa de investigaciones que hasta allí había estado demorado. De acuerdo a este relato, antes de aquel momento, no había habido

sociología propiamente dicha. Si hubo algunos atisbos, fueron bloqueados por el régimen peronista, verdadera "década pérdida" en momentos en que la disciplina había experimentado un notable desarrollo a nivel mundial. Antes que de un proceso continuo y progresivo, la nueva ciencia había nacido de una ruptura abrupta sin continuidades con lo anterior, que debió comenzar "de cero". El carácter disruptivo con el que era presentada la empresa germaniana había estado ciertamente ajustado al momento que a partir de 1955 se vivía en el ámbito universitario y, más en general, en los medios culturales y políticos de entonces caracterizados por la afirmación de un fuerte rechazo al régimen recientemente depuesto.

Antes de pasar a la siguiente sección de este estudio, es interesante destacar que Poviña, luego de ser desplazado por Germani de la Universidad de Buenos Aires, publicó en 1959 *Nueva historia de la sociología latinoamericana*. En su relato la idea de una ruptura fundamental en el desarrollo de la sociología argentina, con la que Germani buscaba legitimarse, estaba ausente. Por el contrario, lo que se destacaba era la continuidad que unía, desde el siglo XVIII hasta la actualidad, la reflexión de los pensadores del período colonial, de la revolución de mayo, de la "generación del 37", del positivismo, de la "sociología de cátedra" y, finalmente, del "momento actual". Todas estas etapas, "al complementarse, marcan la unidad armónica en su continuidad histórica" de los estudios sociológicos argentinos (Poviña, 1959: 27). Germani recibía en este relato la misma atención y era presentado en un plano de igualdad con aquellos a quienes había catalogado como "no-sociólogos". Esta historia, desconociendo cualquier ruptura fundamental, en lugar de mirar hacia el pasado para mostrar la falta de conexión con el presente afirmaba el presente como continuidad del pasado. Claro, en un clima político e intelectual que buscaba dejar atrás el pasado inmediato, una estrategia de legitimación como esta, tendiente a defender la posición de los profesores que habían enseñado sociología en los años previos, tuvo pocas posibilidades de ser bien recibida.

El relato de Verón

La interpretación de Poviña no es la única que se opuso a la versión que ubicaba a Germani como el fundador de la "sociología moderna" en nuestro país. Otra versión, sin desconocer el año 1955 como un parteaguas, ha presentado a Germani como un sociólogo "cientificista" – antes que científico- que basó su obra intelectual e institucional en una corriente teórica elaborada en un país adelantado, incapaz por lo mismo de dar cuenta de la realidad nacional de un país "dependiente". Tras su pretendida "neutralidad valorativa", de acuerdo a esta visión, el sociólogo italiano escondía una ideología justificadora de la "penetración cultural del imperialismo".

Es necesario recordar una vez más que la construcción de este relato, lejos de ser la obra de un individuo, es el producto de la elaboración y actualización de quienes estuvieron, a veces desde distintas posiciones, enfrentados a la forma de entender y practicar la sociología defendida por Germani y su grupo de seguidores. Si en este caso se toma la interpretación que elabora Eliseo Verón -porque tuvo una importante difusión-, preciso es tener en cuenta que la misma formó parte de un relato más general.

Si bien el relato de Verón retoma varios de los argumentos que había empleado en sus disputas con Germani en los años previos, lo que estaba en juego en 1974, momento en que aparece su libro sobre la historia de la sociología en Argentina, era ciertamente distinto. La disputa no era ya con Germani, quien había abandonado el país hacía varios años, tampoco con quienes habían dominado la enseñanza de la disciplina hasta 1955 (aunque, como veremos, Verón no dejó de hacer referencia a estos sociólogos). El escenario de la sociología local había cambiado profundamente desde que a comienzos de la década del sesenta este sociólogo iniciara su ofensiva contra la orientación promovida por Germani.

En aquel momento, Verón, finalizado su posgrado en el exterior e instalado en el Departamento de Sociología, comenzó a realizar una serie de críticas tendientes a poner en cuestión el liderazgo intelectual e institucional del fundador de la Carrera. En su paso por Francia, Verón había conseguido una formación y credenciales académicas que le

posibilitaban, en el clima de creciente politización estudiantil y paralelo rechazo de las orientaciones funcionalistas, tomar distancia de las forma de entender la sociología en que había sido formado inicialmente. Desde una “perspectiva marxista de la sociología” –con la que buscaba distinguirse de la visión “funcionalista” de su maestro-, en un artículo aparecido en 1961 había criticado dos pilares fundamentales de la empresa germaniana, uno intelectual y el otro institucional. De un lado, la orientación general del programa de investigaciones y el ideal de la neutralidad valorativa que lo recorría. Del otro, los nexos que Germani había anudado con las instituciones de financiamiento externo que suponían, en su visión, una desmedida injerencia de las mismas en la orientación de las investigaciones (Cf. Verón,1962).

A mediados de los setenta, sin embargo, las posiciones enfrentadas eran otras. En este contexto, con la historia como excusa, Verón apuntó fundamentalmente a distinguir su posición respecto de dos grupos que competían en las luchas por definir la sociología legítima. De un lado, quienes habiendo sido discípulos de Germani se identificaban con su obra y compartían su forma de entender la disciplina tanto como su reivindicación de la sociología como una profesión especializada. Estos sociólogos, excluidos de la Carrera de Sociología a partir de 1966, continuaban trabajando, aunque con menor visibilidad que en el pasado, en centros académicos privados como el Instituto Di Tella, el Instituto de Desarrollo Económico y Social o la Fundación Bariloche. Del otro, quienes aprovechando aquella exclusión –de la que el mismo Verón había sido víctima-, habían impulsado las “cátedras nacionales” y también quienes en el presente controlaban la Carrera. Estos sectores simpatizaban con el peronismo, rechazaban el “cientificismo” de Germani y promovían una forma de entender la sociología que, oponiéndose a la idea de profesión, la asociaba fuertemente con la práctica política.

Como es obvio, el relato de Verón no buscaba legitimarse ante la misma audiencia a la que Germani se había dirigido en el pasado. Signado por la creciente politización del campo intelectual y por la inestabilidad de las instituciones académicas que se habían visto envueltas en reiteradas intervenciones estatales, aquel ya no se dirigía a las autoridades universitarias o, claro está, a instituciones internacionales de apoyo a la

ciencia, sino a un público conformado por quienes se sentían, desde la sociología, comprometidos con el momento de fuerte implicación política que se vivía.

De la misma manera que Germani, la historia disciplinar es concebida como una sucesión de etapas estrechamente vinculadas a los cambios políticos y sociales de la sociedad argentina. Sin embargo, en su explicación, apelando a un universo discursivo marxista, Verón atribuye un lugar central al elemento económico. Para dar cuenta del desarrollo de la sociología local, el autor considera condición indispensable entender cuál es la dinámica de la "lucha de clases" y del "imperialismo". Batería conceptual que, distinguiéndolo claramente del instrumental teórico utilizado en el relato de Germani, era vital para la interpelación del público al que se dirigía.

Verón tanto como Germani elabora su relato en el marco de una matriz de pensamiento más amplia. Por supuesto, el modelo ya no es el de la modernización y el desarrollo. En su lugar, la clave que permite entender la trayectoria de la sociología es el imperialismo. Fenómeno que en aquel contexto, como señala Terán, "se fue perfilando como la categoría central capaz de explicar toda la trama de la historia nacional" (Terán, 1986: 240).

El período que abarca su reflexión es más limitado, aunque elaborado unos años después, se extiende más adelante en el tiempo. Desde comienzos de los cincuenta hasta mediados de los setenta, Verón define –compartiendo la periodización de Germani– tres etapas: la "sociología premoderna" durante el peronismo, la "sociología científica" de 1955 hasta 1966, y, por último, la etapa de la "sociología nacional", aun no cerrada en el momento en que escribe.

En el tratamiento de la primera etapa es posible constatar la menor presencia que los sectores que habían dominado la sociología hasta 1955 tenían en el momento en que Verón escribe su relato. Tan es así que en el apartado donde se procede a su análisis, la mayoría de las críticas son dirigidas a Germani. Sin peso cultural en las luchas en torno a la definición legítima de la sociología, estos sectores no constituían un adversario relevante al cual atacar o del cual defenderse. La reproducción de los argumentos de Germani bastó entonces al autor para descalificar a

la "sociología precientífica". Una vez más, el período demarcado por el gobierno peronista aparecía como una época de atraso, caracterizada por la obstaculización de la incorporación de una sociología "moderna": "En suma, entre 1946 y 1955, a nivel de las instituciones oficiales, no hubo prácticamente producción sociológica [...] El discurso que más específicamente expresaba la ideología oficial del peronismo careció de toda motivación que pudiera favorecer la investigación concreta de la realidad argentina, y en el plano universitario, se alió objetivamente a las formas más extremas del pensamiento de la derecha" (Verón,1974:30).

Distinta es la situación en el período dominado por la "sociología científica". Allí la crítica a Germani servía como argumento contra los "representantes del cientificismo", quienes, no obstante haber sido desplazados de la universidad, mantenían una presencia relevante en las disputas por la definición legítima de la sociología. Para dar cuenta del período 1955-1966, Verón elaboró una compleja explicación que pretendía demostrar que, más allá de lo que hubiera creído Germani o creyeran sus seguidores de la actualidad, esta sociología, lejos de ser una respuesta "neutra" o "técnica" a las necesidades que surgían de la transición de una sociedad tradicional a una moderna, había sido, en realidad, una vía de "penetración imperialista", una justificación, en el plano de las ideas del predominio estadounidense en una sociedad dependiente. Descalificación de peso en un momento en que las ideas asociadas a la "liberación nacional" concitaban el entusiasmo de amplias franjas de estudiantes e intelectuales vinculados a la sociología.

En aquel proceso, según Verón, había sido clave el rol del financiamiento que diversas instituciones norteamericanas habían dado a quien impulsaba la institucionalización de la "sociología moderna". El imperialismo, en tanto matriz de pensamiento, se ofrecía como clave interpretativa: "mientras el imperialismo norteamericano consolidaba la dependencia tecnológica de la economía argentina, las fundaciones norteamericanas invertían en la consolidación de la tecnología de las ciencias sociales en la universidad argentina" (Verón,1974:44,48). Este razonamiento no era de ninguna manera una simple reflexión retrospectiva. Estaba dirigido a quienes luego de 1966 se habían insertado en los centros de investigación privados donde "perduran los

lazos financieros y académicos con las Fundaciones norteamericanas, interrumpidos a nivel de la Universidad" (Verón, 1974: 102).

En pos de legitimar la propia posición y descalificar la de sus adversarios, varios de los argumentos que Germani había usado como armas contra quienes habían dominado el escenario sociológico hasta 1955, eran resignificados y vueltos contra sus seguidores por quien se identificaba como un sociólogo "al servicio del socialismo". Así, por un lado, la idea del fundador de la carrera sobre la tendencia hacia una "sociología mundial" con la que había buscado deslegitimar las posiciones de la "sociología de cátedra" asociadas a una defensa "anacrónica" de las "sociologías nacionales", era presentada por su crítico como el avance de una corriente particular -el estructural funcionalismo- con el mantenimiento del orden social. Por el otro, el énfasis en la investigación empírica que había diferenciado la orientación promovida por Germani en sus luchas con sus adversarios "tradicionales" era presentado como la afirmación de un empirismo vulgar que desconocía el rol de la teoría en la percepción de la realidad y sólo aspiraba a "recoger datos" para ser analizados "a la luz de teorías producidas en el exterior" (Verón, 1974: 51). Por último, la neutralidad valorativa, tendiente a distinguir conocimiento e ideología, era rechazada como una ilusión que, fundamentando una pretendida "marginación de todo compromiso político", hacía de esta sociología un discurso ideológico "en el que todo cuestionamiento de la dominación interna y externa está rigurosamente ausente" (Verón, 1974: 48).

Dado lo anterior, no es extraño constatar que Torcuato Di Tella y Jorge Graciarena, dos sociólogos identificados con la forma de entender la disciplina promovida por Germani y participantes protagónicos del período iniciado en 1955, coincidieran en ver, retrospectivamente hacia 1990, a Verón como "el anti-Germani" (citado en Noé, 2005: 199). Es que, como intentamos mostrar, sus discusiones en torno a la neutralidad valorativa y al rol del financiamiento externo así como su historia de la sociología argentina, lejos de remitir a una querrela entre dos sociólogos, implicaba una lucha entre visiones de la disciplina rivales, de cuyo triunfo o derrota dependía la jerarquización o devaluación de las credenciales de quienes se identificaran con una u otra forma de entender la sociología.

Cabe hacer una reflexión sobre las formas en que las historias de Germani y Verón se relacionaban con el pasado. Si el primero desechaba el pasado sin más y pretendía elaborar una nueva tradición "desde cero", el último a pesar de sus fuertes críticas a la "sociología científica", no dejaba de reconocer en el sociólogo italiano al introductor de una tradición comprometida con el desarrollo de la sociología como una ciencia. Si esa empresa se había extraviado debido al influjo intelectual e institucional del "imperialismo norteamericano", la pretensión de impulsar la investigación científica de la sociedad constituía una vocación que debía ser continuada y prolongada en el presente. La crítica era, claro está, demoledora pero a diferencia de Germani encontraba en el pasado de la disciplina algo que rescatar y promover.

En el análisis de la etapa de la "sociología nacional", Verón ajustaba cuentas con quienes se habían beneficiado con las exclusiones sucedidas a partir de 1966. Si contra los "cientificistas" reivindicaba una "ciencia al servicio del socialismo", contra estos sectores que, en su crítica al cientificismo habían producido "un rechazo de la práctica científica misma", realizaba una defensa de la distancia que debía mediar entre la ciencia y la política.

Ahora bien, ¿qué implicaba para Verón la defensa de la ciencia como una actividad distinta de la práctica política? ¿Se trataba de una discusión filosófica, de una controversia en torno a los fundamentos del conocimiento? Es probable. Sin embargo había algo más en juego: nada menos que el capital intelectual y académico acumulado desde que siendo un joven filósofo había decidido volcarse a la sociología. En efecto, tanto las credenciales conseguidas en su paso por Francia como las obtenidas en sus polémicas con Germani, podían perder todo su valor y prestigio, si la definición de la sociología promovida por los "anticientificistas" tendiente a descalificar las credenciales académicas en pos de la implicación política se imponía como la legítima.

En el pasado Verón no había quedado al margen de los ataques de los "sociólogos nacionales". En la nota ya citada, Carri no sólo discutía con Delich sino que se dirigía a "toda una corriente entre los sociólogos argentinos", al interior de la cual incluía a quien había realizado estudios con Lévi-Strauss en su paso por Francia. Criticando la tendencia a ver

“hacia afuera”, en lugar de tener “los pies sobre la tierra”, advertía: “Los “desarrollados” se reservan el derecho de modificar a su interés los grandes lineamientos académicos; a los pobres aldeanos les corresponde aceptar como “científicamente probadas” las nuevas conclusiones [...] Esto se ve muy claramente con las “modas” de sociología, a la sociología funcional le sigue el estructuralismo, y a éste le seguirá una nueva concepción científica, la última palabra en la materia. El problema se reduce a mantenerse en la cresta de la ola” (Carri, 1968: 128).

En su relato, Verón no ahorra críticas a Carri ni a otros representantes de esta corriente. Distinguiendo precisamente las dos realidades que los “anticientíficos” pretendían confundir, apeló a descalificaciones intelectuales y políticas. En lo que hace a las primeras, sostenía que los “sociólogos nacionales”, más allá de una “retórica oscura e indeterminada, que en el mejor de los casos podría clasificarse como filosofía social” no habían dado ninguna precisión metodológica o teórica que indicara cómo elaborar una sociología superadora de la “sociología neocolonial” producida por el cientificismo. Cuestionando sus pretensiones para definir lo que se entiende por sociología, Verón advierte que el “anticientifismo” no era una elaboración sobre las ciencias sociales sino que se trataba de un discurso político que “expresa los esfuerzos de ciertos grupos intelectuales por subirse al carro político del peronismo” (Verón, 1974: 80). Sin instrumentos conceptuales válidos, en sus disputas intelectuales con otros sociólogos, los anticientíficos sólo podrían apelar al “terrorismo intelectual”. Podrían “echar a ciertos científicos de sus cargos, evitar la publicación de ciertos libros”, pero nunca podrían contribuir a “comprender mejor la realidad social en que se ejercen la dominación de clase interna y la dominación imperialista externa” (Verón, 1974: 91).

En lo que hace a los argumentos de orden político, Verón no era menos duro. Contrariamente a la percepción que los “sociólogos nacionales” pudieran tener sobre sí mismos, Verón afirma que su conflicto con el “cientificismo”, lejos de responder a un enfrentamiento contra el imperialismo, expresaba en realidad una lucha “intra-clase” donde lo que se disputaba era asegurarse el control de la universidad. Consideraba, asimismo, como “puramente imaginario” la articulación con el “pueblo” o

la "clase obrera" que estos sociólogos afirmaban tener. En definitiva, antes que contribuir a la liberación de sus pueblos operaban en un sentido contrario: "Renunciar al conocimiento científico por combatir al cientificismo me parece una actitud objetivamente contra-revolucionaria" (Verón, 1974: 89).

Así, desde la "posición del científico de izquierda, de aquel que a la vez hace ciencia y asume una perspectiva revolucionaria", Verón intentaba distinguirse frente a quienes, disociando ciencia y política, pretendían hacer sociología desde la neutralidad valorativa, y ante quienes, confundiéndolas, privilegiaban las "credenciales políticas" en detrimento de las "credenciales académicas". Contra unos reivindica la implicación en la política, contra otros los antecedentes académicos en una lucha donde lo que se dirimía era precisamente la definición legítima de la sociología.

Consideraciones finales. Los sociólogos frente a su historia

A lo largo de este artículo hemos podido observar que en las disputas por el pasado que animaron el devenir de la sociología siempre estuvieron en juego intereses y apuestas del presente. Difícilmente podría haber sido de otra forma si se recuerda que del resultado de esas batallas dependía el prestigio relativo que se acordaría a los diferentes conocimientos y credenciales, desigualmente distribuidos, entre quienes se disputaban la identidad de sociólogos. ¿Qué valía más? ¿Conocer la obra de Freyer, la de Parsons o la de Marx? ¿Estar al tanto de las últimas discusiones filosóficas o saber operar con un coeficiente de asociación? ¿Haber realizado un posgrado en el exterior o haber militado en alguna agrupación política? Tales eran algunas de las cuestiones que, según pudimos ver, se dirimían cada vez que los sociólogos discutían sobre la historia de su disciplina.

Tanto la historia elaborada por Germani como aquella propuesta por Verón han sido, según la expresión de Blanco, "historias normativas", es decir, historias "organizadas y presididas por la asunción de una "norma" o ideal de lo que debe ser la disciplina [...] más preocupadas por juzgar los textos (o fijar una posición en el campo) que por comprenderlos, y, en tal sentido, [...] destinadas menos a comprender un

proceso que a legitimar una determinada concepción y práctica de la disciplina" (Blanco,2006:20).

En los últimos años, una nueva generación de investigadores se ha dado la tarea de realizar una historia de la sociología argentina desde una perspectiva que busca mantenerse al margen de las apuestas asumidas por las distintas "historias normativas". Este tipo de mirada tuvo como antecedente inaugural un artículo de 1993 en el que su autor propuso elaborar un análisis que, rompiendo con la "mirada espontánea de los sociólogos sobre su disciplina", presa de diversos "intereses" y "pasiones", tomara distancia de las distintas posiciones en juego (Cf. Sidicaro,1993).

En esta línea, estos investigadores han reivindicado su distanciamiento generacional y su prescindencia de controversias que ubican en el pasado como sendas cualidades que les permitirían escapar de los "sesgos" y "simplificaciones" que dominarían a las "historias normativas". Su labor, sin pretensiones de imponer o recuperar cierta tradición en detrimento de otras, apunta a recuperar elementos que complejicen y den una visión más precisa y fiel de lo efectivamente acontecido. Contra las mistificaciones heredadas del pasado proponen una mirada que "alejada de las revanchas y las zancadillas generacionales", estudie con "ojos más jóvenes el desarrollo de la disciplina" a partir de un esmerado y preciso trabajo documental (Pereyra,2005:647).

Ahora bien, si es cierto que la investigación detenida e informada puede contribuir a formarnos una mirada más "equilibrada" que recupere los matices y tonalidades propios de todo proceso histórico y que nos recuerde que las cosas no son nunca ni blancas ni negras, preciso es preguntarnos sobre las posibilidades de una visión *no* normativa de la historia de la sociología. De una visión que, siendo capaz de ponerse por afuera de las interpretaciones enfrentadas, nos permitiera eludir la toma de una posición determinada en nuestra consideración del pasado. Así, cabría plantearse, si no habría ya en el mismo hecho de hacer una investigación de una determinada manera –en los conceptos que se utilizan, en las estrategias metodológicas que se emplean, en el estilo de escritura que se escoge, etc.- una toma de posición sobre lo que es y debe ser la sociología. Ignorar esta realidad, asumiendo un punto de vista pretendidamente imparcial, ¿no sería caer en una contradicción entre lo

que se dice y lo que se hace? ¿La pertenencia a una nueva generación y el hecho de no haber participado de aquellas disputas evitaría la toma de una posición? Y si así fuera, ¿la historia de la disciplina debería ser siempre cosa de jóvenes porque las viejas generaciones tendrían miradas sesgadas por intereses particulares surgidos a lo largo de su trayectoria profesional? En definitiva, ¿en qué medida sería posible hacer una historia de la sociología sin asumir una norma sobre cómo hacer esa historia y, por lo tanto, sin adherir a una definición de la disciplina particular? Como nos recuerda Verón en las advertencias con que inicia su libro: "toda reconstrucción histórica se hace desde algún lugar" (Verón, 1974: 14).

Así pues la elaboración de una historia no normativa sobre la sociología aparece como una tentativa ciertamente problemática. De hecho, la intención misma de hacer una historia valorativamente neutral implica de por sí una peculiar forma de encarar el pasado, una forma de presentar la propia palabra, susceptible de poner en un plano secundario otras formas posibles. Cabría preguntarse entonces si no habría en esta búsqueda de neutralidad una apuesta sobre cómo y quién estaría legitimado para participar en las discusiones inevitablemente conflictivas y controversiales sobre la historia de la sociología.

Para terminar, quisiéramos hacer algunas observaciones que surgen cuando se consideran las nuevas historias a la luz de las interpretaciones realizadas en el pasado. Creemos que este ejercicio es sumamente instructivo y revelador porque la mirada a otro tiempo, en este caso como en cualquier otro, tiene la potencialidad de permitirnos desnaturalizar ciertas formas de ver el mundo asumidas como obvias en el presente. Así, las lecturas de la historia de la disciplina realizadas hace varios años, en contextos muy diferentes del actual, pueden proveer los medios para problematizar ciertas definiciones y estilos en la forma en que hoy se afronta la tarea de dar cuenta del pasado.

En este sentido, podríamos preguntarnos si, así como es lógico que explicaciones que apelan a denominaciones despectivas como "sociología tradicional" o que suponen claves interpretativas que -como la idea de dar cuenta de la fundación de una carrera de sociología como una "penetración imperialista"-, de acuerdo a los cánones actuales que definen la investigación, nos parezcan ciertamente problemáticas, ¿no

sería también lógico pensar que la práctica de la sociología como una actividad estrictamente académica –forma de practicar la sociología de la que el autor de este trabajo no escapa-, resultaría inaceptable para quienes veían en la sociología un insumo fundamental para intervenir de manera transformadora en la sociedad? ¿La búsqueda del conocimiento por el sólo conocimiento no supondría la misma indiferencia hacia las necesidades de la práctica que tanto Germani como Verón criticaban a los “sociólogos de cátedra”, aquellos eruditos profesores que se dedicaban al estudio de la historia de las ideas o a la permanente reflexión y discusión sobre las vinculaciones entre sociología y filosofía?

Cometeríamos, sin embargo, un error si atribuyéramos lo anterior a la naturaleza individual de quienes nos preocupamos por la trayectoria de la sociología local. Si Germani y Verón explicaban las orientaciones y los estilos de trabajo de los sociólogos por las condiciones sociales e institucionales en que realizaban sus tareas, parecería interesante entonces preguntarnos por las condiciones de producción en que se realizan las historias de la sociología más recientes. Con el retorno de la democracia hace ya veinticinco años, se abrió un período de reconstitución y desarrollo de las instituciones de enseñanza y de investigación en sociología que, no obstante fuertes restricciones y carencias, estuvo caracterizado por una notable expansión de las posiciones académicas. La sociología pudo así devenir para muchos sociólogos una profesión académica que, como cualquier profesión, premiaba ciertas capacidades, ciertos capitales y ciertas preocupaciones, en detrimento de otras. En este contexto, cabría preguntarse si aquellas inserciones y los estilos de trabajo “profesionalizados” que supusieron no habrían entrado en tensión con la vocación por intervenir en la sociedad que había motivado el trabajo de los sociólogos en el pasado, favoreciendo una situación –impensable desde aquellas perspectivas- en la que el conocimiento es tenido como un fin en sí mismo.

A la luz de la comparación con las miradas previas, surge otra peculiaridad propia de los nuevos relatos. En las reconstrucciones del pasado, según pudimos ver, para dar cuenta de la sociología los autores apelaban a insertarla en el marco de los procesos globales de la sociedad. Germani la entendía como el producto de un proceso de transición de un

tipo de sociedad a otro, Verón, por su parte, como el fruto de la dinámica de la lucha de clases y del imperialismo. Las nuevas interpretaciones, en contraste, tienden a aislar la sociología, sus instituciones e ideas como objetos que podrían ser abstraídos del conjunto de relaciones más generales del que forman parte y, otorgándoles cierta identidad que se mantendría a lo largo del tiempo, estudiados en la continuidad de su evolución y desarrollo. Tal enfoque, sin embargo, no resultaría evidente para visiones que postulaban que: "No se trata [...] de poner en relación una "disciplina científica" (en este caso la sociología) con "su contexto", como si de alguna manera este último término aludiera a una serie de factores externos, "agregados" al fenómeno central de la ciencia, y orientados a obstaculizar o favorecer el desarrollo del conocimiento (Verón,1974:16). Una vez más, parecería relevante preguntarse por los efectos que nuestras condiciones de producción actuales, con los estilos de trabajo que premian y los objetos de estudio "razonables" que inducen, tienen en la adopción de perspectivas y supuestos en otros tiempos rechazados.

Las observaciones realizadas más arriba no han estado orientadas a desconocer la importancia de las investigaciones recientes sobre la historia de la sociología. Lejos de eso, creemos que la abundante utilización que se hizo de ellas en la primera sección de este trabajo da muestra suficiente del valor y relevancia que se les acuerda. Estuvieron dirigidas, sin embargo, a problematizar ciertos aspectos de la forma en que tales miradas abordan la investigación del pasado. Pero, sobre todo, apuntaron a llamar la atención sobre el hecho de que en la reflexión sobre el pasado de la disciplina, tanto ayer como hoy, entran en juego apuestas tendientes a definir lo que debe ser la sociología en el presente, donde lo que se dirime en perspectivas nunca neutrales, es la definición legítima de la disciplina, la imposición de una determinada forma de concebirla y de practicarla que, como correlato inevitable, supone la jerarquización de ciertos estilos y credenciales y la desvalorización de otros.

Bibliografía

Blanco, Alejandro (2005). "La Asociación Latinoamericana de Sociología: una historia de sus primeros congresos". Sociologías. 14.

Blanco, Alejandro (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina*. Buenos Aires: SigloXXI.

Bourdieu, Pierre (2003). *El oficio de científico*. España: Anagrama.

Carri, Roberto (1968). "Un sociólogo de medio pelo". *Revista Latinoamericana de Sociología*. Vol. 4, 1.

Germani, Gino (1962). *La sociología científica*. Apuntes para su fundamentación. México: Universidad Nacional de México.

Germani, Gino (1964). *La sociología en América Latina: problemas y perspectiva*. Buenos Aires: Eudeba.

Germani, Gino (1968). "La sociología en Argentina". *Revista Latinoamericana de Sociología*. Vol. 4, 3.

Neiburg, Federico (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza.

Pereyra, Diego (2005): "Gino Germani y un relato biográfico esencial". *Desarrollo Económico*, 44, 176.

Pereyra, Diego (2006). "Los científicos sociales como empresarios académicos. *Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencia Política y Sociología*. UNLM.

Pereyra, Diego (2007). "The Asociación Latinoamericana de Sociología. History of regional sociological organization in Latin America (1950s-1960s)". *Sociology: History, Theory and practices*, Russian Society of Sociologists, Glasgow, 8.

Pereyra, D., Denot, M. y Casco, J. (2007). "Traditions, institutions and profession in Argentine sociology. A hard to solve puzzle", Inédito, mimeo.

Poviña, Alfredo (1959). *Nueva historia de la sociología latinoamericana*. Córdoba: Assandri.

Rubinich, Lucas (1994). "Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones". *Entrepasados*. IV, 6.

Rubinich, Lucas (1999). "Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los años sesenta". *Apuntes de Investigación del CECYP*, III, 4.

Sidicaro, Ricardo (1993). "Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 517-9.

Tarcus, Horacio (2007): "El marxismo contra la sociología académica: Introducción a la crítica Milcíades Peña a Gino Germani", *Sociología en debate*, 1.

Terán, Oscar (1986). "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950", en *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos.

Terán, Oscar (1993): *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires: Cielo por Asalto.

Verón, Eliseo (1974). *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento*, Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.

Verón, Eliseo (1962). "Sociología, ideología y subdesarrollo". *Cuestiones de Filosofía*, 2/3.

La democracia en América Latina: ¿un proceso inacabado?

Ezequiel Ipar y Martín Cortés

La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los "revolucionarios", los "elementos subversivos", prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos.

Engels, 1895.

Introducción

Quien pretenda hacer hoy un balance de la "teoría de la transición democrática" desarrollada por las ciencias sociales en Argentina (1) no podrá evitar resultados paradójicos. Por un lado, nada parece más actual y más necesario que revisar el legado de la teoría de la democracia en una época donde vuelven a desplegarse abiertamente amenazas de golpes de Estado y movilizaciones de actores económico-políticos que buscan imponer sus demandas por fuera de la esfera jurídica. Del otro lado, resulta muy difícil no constatar los *déficits* que fue acumulando a lo largo de su historia el proyecto de "modernización política en América Latina". Las persistentes desigualdades económicas, los viejos obstáculos al desarrollo autónomo y las enormes dificultades que existen en el subcontinente para poner en práctica formas de convivencia inter-cultural que acaben con siglos de una (apenas velada) cultura racista, clasista y xenófoba, son sólo algunos de los problemas irresueltos por la "exitosa" transición institucional de la dictadura a la democracia. Como suele suceder en los procesos históricos, la realidad social de los últimos treinta años no se ajustó a las ilusiones de los primeros años, abriendo esta distancia un auténtico dilema teórico y político.

Los escritos y autores que durante la década del ochenta reflexionaron sobre la "cuestión democrática" fueron especialmente abundantes y heterogéneos, tanto en Argentina como en el resto de América Latina. Sin embargo, esta heterogeneidad no debe conducirnos a perder de vista que esos textos se transformaron en uno de los paradigmas más sólidos dentro del campo de las ciencias

sociales latinoamericanas. En el presente artículo quisiéramos problematizar, sin pretender alcanzar un análisis histórico exhaustivo de esta rica tradición teórica (2), la(s) idea(s) de democracia que llegaron a formar parte de una de las líneas más auténticas de nuestras ciencias sociales. Partiendo de los valiosos estudios que existen referidos a la historia intelectual de estas ideas, intentaremos problematizar esta cuestión desde un ángulo relativamente diferente, el cual pretendemos que ofrezca como resultado una perspectiva complementaria a la investigación histórica especializada. Nos interesa en esta ocasión examinar y analizar críticamente el debate histórico-intelectual suscitado por la cuestión de la "transición a la democracia" bajo la luz que ofrece la actualidad de este problema en las sociedades latinoamericanas contemporáneas.

Nuestra hipótesis parte del siguiente supuesto: cuando se observa con cuidado el tipo de violencia política que despliegan los hijos de la burguesía del oriente boliviano contra las comunidades indígenas, no se puede reducir ese comportamiento al cinismo tradicional de las clases dominantes latinoamericanas, sino que se lo debe poder entender, al mismo tiempo, como una expresión de las limitaciones del propio concepto de "proceso democrático" que se hizo efectivo (teórica e institucionalmente) en las últimas décadas en toda América Latina. Ahora bien, constatar esta insuficiencia no implica, como pretendemos hacer notar, la posibilidad de ofrecer un conjunto de soluciones ético-políticas sencillas; esa constatación y esa posibilidad de entender pone de relieve, por el contrario, una auténtica paradoja del momento político actual.

En efecto, para contrarrestar los excesos de la violencia anti-popular se vuelve muy pertinente retomar (en una situación desplazada y tal vez inesperada por sus autores) la enseñanza del proyecto democratizador, con el objetivo de establecer límites institucionales muy claros, que operen como una garantía de la convivencia civil y una barrera contra la intolerancia política. Sin embargo, existen diversos indicios que muestran que la mayoría de las ideas de democracia heredadas de la etapa de la transición no están a la altura de las circunstancias actuales. El presente nos enfrenta con el

siguiente dilema: tenemos que poder examinar de qué modo la teoría había interpretado acertadamente un problema recurrente de las sociedades latinoamericanas que volvemos a enfrentar hoy en día en toda su contundencia y peligro, sin que por ello podamos confiar plenamente en su capacidad para descubrir el alcance y las causas de este problema; para decirlo de otra manera, nos vemos confrontados con la necesidad de analizar los núcleos de verdad de la teoría de la transición a la democracia sin poder confiar por completo en sus resultados prácticos.

Dos sentidos para una misma historia intelectual

El enorme desafío que implica el intento de comprender el derrotero reciente del concepto de democracia en América Latina puede ser reconocido con sólo recordar la obra de los más relevantes científicos sociales de las últimas décadas, desde J.C. Portantiero a M. Garretón y N. Lechner, pasando por N. Coutinho y J. Nun, hasta llegar a la peculiar figura de J. Aricó. Las reflexiones de todos ellos, aunque diferentes en variados puntos, tienen, sin embargo, algo en común: un pasado vivido en clave de derrota histórica y un presente promisorio en cuanto a las potencialidades de reconstrucción de una teoría y una práctica socialista "renovada" (3). Es en este contexto que las ciencias sociales en Argentina comenzaron a colocar, en el centro de la discusión política y del debate sobre los fundamentos de la construcción de lo social, la cuestión de la democracia, bajo el prisma que ofrecían ideas tales como "orden democrático", "pacto democrático", "cultura democrática", "ética democrática" y "subjetividad democrática". Para muchos investigadores, el comienzo de este giro en las ciencias sociales puede ser datado en el año 1978, en ocasión de la conferencia sobre "las condiciones sociales de la democracia" que organizó el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales en Costa Rica (Lechner, 2006a: 348).

Ahora bien, ¿qué se esperaba en Argentina de la democracia durante los primeros años de la transición? Sin dudas, Raúl Alfonsín – que estuvo entre los participantes destacados de la conferencia de 1978- fue el político (y el intelectual) que logró expresar de un modo

más acabado el contenido de estas expectativas (racionales e ilusorias) con su célebre frase: "con la democracia se come, se cura, se educa". En ese mismo momento, mientras destacaba las capacidades reparadoras y pedagógicas de la democracia, defendía un diagnóstico sobre el pasado que se transformó, luego, en una extendida argumentación sobre el carácter imperioso -que eximía de una reflexión situada y profunda- de la aceptación de las reglas institucionales básicas de la democracia liberal:

La historia argentina ha sido, en gran medida, y particularmente desde 1930, la de una nación desintegrada, cuyos distintos sectores sociales –con sus respectivas expresiones políticas y corporativas- vivían virtualmente incomunicados entre sí y reclusos en sistemas cerrados, cuyos valores, objetivos e intereses eran específicos de cada grupo. En una sociedad así configurada, los intereses de las partes tienden a prevalecer sobre los del todo y no alcanzan a cobrar vigencia normas y valores que sean universalmente reconocidos. Resulta inevitable entonces que, a falta de una normatividad común que regule las relaciones intersectoriales, éstas tiendan a desarrollarse en términos de fuerza. (Alfonsín, 1987: 136)

Lo paradójico de este diagnóstico sobre la historia consistía en que sus efectos en la reflexión política resultaban ser profundamente des-historizadores. A partir de este tipo de construcciones argumentativas, se abrió el camino para la creciente hegemonía de una interpretación dicotómica del orden social y los regímenes políticos, que sólo podía comprenderlos en términos de una oposición rígida y abstracta entre dictadura y democracia. En términos conceptuales esta oposición dependía, a su vez, de una reconstrucción teórica que escogía elementos de análisis de una universalidad sorprendentemente trans-histórica, ya que las relaciones sociales típicas que destacaba esta reconstrucción eran perfectamente hallables tanto en las transiciones de las dictaduras a las democracias en América Latina, y de los totalitarismos europeos (fascismo y nazismo) a las democracias de pos-guerra, como (para mencionar un ejemplo lejano, entre tantos otros que se podían incluir) del feudalismo absolutista al capitalismo republicano. Si se relee el pasaje sobre la historia argentina de Alfonsín que acabamos de citar, se puede observar de qué modo la descripción abstracta que plantean los

términos de su relato puede desplazarse fácilmente de su contexto original y ajustarse estratégicamente con mucha solvencia discursiva a los requisitos de una cosmovisión "anti-autoritaria" universalista, que tiene una de sus piedras de toque fundamentales en la descripción jurídico-política de la transición del feudalismo al capitalismo. La desintegración espacial, la incomunicación social, la primacía de sistemas cerrados de relaciones corporativas que carecen de marcos normativos comunes son elementos que comparten tanto la situación de la Argentina previa a 1983, como la Europa del siglo XVII.

Este grado de abstracción en la descripción de la realidad tenía un correlato intenso en el plano propositivo de este discurso teórico, el cual se limitaba casi exclusivamente a la pretensión de fundar un contrapunto ético-político con el pasado autoritario a partir de la utopía de vigorizar una esfera pública deliberativa (basada en una ética comunicativa y un privilegio de las estrategias de consenso entre los actores políticos) y refundar las instituciones del Estado (dotándolas de la legitimidad democrática de la que carecían). En un sentido semejante al planteado por Alfonsín, pero ofreciendo una interpretación histórica más sutil, Aricó planteó, en una entrevista de marzo de 1984, algunas de las cuestiones que luego habrían de ser nodales en la construcción del debate sobre la democracia:

La idea de democracia es a la vez una noción fuerte y amplia. Hace referencia a una construcción nunca concluida y a un sistema institucional basado en el estado de derecho. Creo que en nuestro país la reiteración en torno a esta cuestión (vinculada como está con la búsqueda de un modo "civilizado" de resolución de las grandes cuestiones políticas, sociales y económicas) es más el resultado directo de la derrota sufrida por el movimiento social argentino que la maduración de una profunda reflexión cultural y política sobre los males de la nación. (Aricó, 1999: 245)

Nótese la doble significación del concepto, pues en la relación entre ambas acepciones se encuentra el nudo del pensamiento de la transición acerca de la democracia: por un lado, la democracia como una construcción *nunca concluida*, como un proceso *siempre inacabado*; por el otro, un sistema institucional *determinado*, basado en el estado de derecho y las relaciones "civilizadas" de reciprocidad y

resolución de los disensos. En el primer sentido, se instala la idea de la democracia como condición *sine qua non* de cualquier política que se pretenda emancipadora. Bajo esta perspectiva, que constituye la *definición fuerte* de la idea de democracia, el proceso democrático se revela como el auténtico fundamento y la condición de apertura absoluta inherente al proyecto de emancipación social. En el segundo sentido, la democracia implica la creación de un conjunto de reglas mínimas que sean capaces de neutralizar y canalizar institucionalmente la violencia política. A través de estas reglas básicas compartidas, que proponen la prudencia de una *definición débil* de democracia, se garantizaría el libre juego de las fuerzas políticas sin poner en riesgo la reproducción pacífica de la sociedad.

En un artículo de 1984, J. Nun planteó una versión del sentido fuerte o absoluto de democracia al reconocer que “la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo” son dos niveles de un mismo proceso, aclarando en más de una oportunidad –quizás con el fin de espantar fantasmas propios de la tradición socialista latinoamericana– que esta definición no implicaba una concepción “etapista” del proceso democrático. La lucha por la democracia y la lucha por el socialismo tenían que darse de modo simultáneo porque, finalmente, se había demostrado que no eran sino dos niveles del mismo proceso de emancipación. En este sentido, la democracia ya no podía ser interpretada como un mero elemento táctico o como algo meramente instrumental en la prosecución del objetivo socialista de una sociedad justa y libre. La ampliación de la participación política democrática deviene así, para la teoría de la transición democrática, un fin en sí mismo (Nun, 1984).

Aricó defendió en su momento esta concepción de la siguiente manera: “la aceptación del terreno democrático no es algo estratégico o virtual o circunstancial o táctico, sino que es el elemento fundante de la posibilidad de operar en la política en el sentido de la transformación” (Aricó, 1999: 254). La democracia es interpretada ahora como un ejercicio imprescindible y en continuo desarrollo en la interacción social, un proyecto de *creación de derechos* e instituciones siempre inconcluso, que se define precisamente por su apertura y la

originalidad de su potencia instituyente. Portantiero también defendía esta posición, contra algunos de sus propios consejos más instrumentales y “etapistas” (4), con una fuerte apuesta al conflicto de las diferencias genuinamente políticas:

La democracia es la tensión permanente y nunca resuelta entre movimiento social y movimiento político. No anula los conflictos, por el contrario, es una constante redefinición de los mismos. Es el camino en que se van resolviendo estas tensiones y no la meta constituida de un orden congelado. (Molina, 1984: 17)

En el desplazamiento teórico que iba de Gramsci a Lefort y Arendt, esta lectura de la política pretendía conservar en la idea de la democracia la capacidad de afirmar una potencia creadora “infinita”, esa que para los autores europeos era capaz de devolverle la vitalidad y el sentido a las sociedades de una modernidad tardía altamente burocratizadas. Con algo de ingenuidad, se pretendió inocular en el dañado cuerpo social latinoamericano post-dictatorial la misma medicina con la cual la filosofía política europea pretendía enfrentar el desgaste cultural de sociedades altamente industrializadas. En cualquier caso, esta definición fuerte de la democracia se transformó en una de las acepciones utilizadas por la “teoría de la transición” de las ciencias sociales argentinas.

Del otro lado, la definición débil o procedimental de democracia también estuvo presente con fuerza en la teoría de la transición. Involucraba, esencialmente, una valoración completamente nueva de las *reglas de juego* democráticas, poniendo en un lugar destacado al otrora innombrable –por su carácter “ideológico”- estado de derecho. Antes despreciados, en los ochenta los procedimientos democráticos enunciados en términos jurídico-administrativos son pensados como un horizonte imprescindible e intraspasable. Como lo muestra la entrevista antes citada, en el caso particular de Aricó parece haber mucha claridad al momento de resaltar la estrecha conexión que existe entre la trágica derrota del movimiento popular que supuso la dictadura y las pasiones que desata la nueva democracia entendida como una especie de comienzo mínimo para el juego político, que lo resguarda de la experiencia de la década anterior.

El mejor balance de este modo de releer el pasado y el presente lo hace también, tal vez no sin un dejo de ironía, el propio J.C. Portantiero al afirmar:

A la teoría política del socialismo le ha sobrado Rousseau y le ha faltado Locke. Por ese exceso y por ese defecto le ha nacido la tentación por Hobbes (Portantiero, 1988a:104).

Rousseau aparece ahora a los ojos del filósofo que se preocupa por las instituciones como una política del exceso, demasiado plebeya para los criterios normativos básicos que se pretendían universalizar en pos de una resolución "civilizada" de los conflictos. Sobre este fondo, Locke representa la inscripción en el cuerpo social de aquellas reglas jurídicas que definen el juego político de la democracia como algo anterior a cualquier posición, interés o relación de fuerzas. La esperanza consistía en evitar el deslizamiento autoritario encarnado en la figura de Hobbes. Con el objetivo de evitar los extremos del horizonte filosófico político, se gesta un peculiar neo-clasicismo que parece encontrar en el "justo medio" entre Rousseau y Hobbes, la presencia salvadora de Locke.

Lo curioso del desarrollo de estas dos acepciones de la democracia en el marco de la teoría de la transición es que, en la mayoría de los casos, ambas fueron defendidas con vehemencia por los mismos autores. Quien defendía, en un determinado contexto, el carácter imperioso de la puesta en práctica de la democracia procedimental, no dejaba por eso de promover las virtudes sustantivas del fundamento democrático de la sociedad. Lo mismo sucedía en el sentido inverso entre quienes, partiendo del carácter original y absoluto de la democracia, terminaban fundamentando el juicio que la consideraba como algo plenamente realizado en las reglas de juego institucionales. Esto se puede explicar de muchas maneras.

Se puede pensar que la oscilación entre ambos sentidos muestra, en pleno funcionamiento, el engranaje central de un mecanismo ideológico poderoso de la época. Así, se habría hecho relucir en la vida pública la idea fuerte de democracia tan sólo para encubrir su pobre realización jurídico-administrativa. La máscara

clasicista que recurría a Lefort y a Arendt servía para velar el cuerpo neo-liberal al que se entregaban los nuevos admiradores latinoamericanos de John Locke. Puede pensarse, por el contrario, que esa oscilación entre la definición fuerte y la definición débil de democracia es algo intrínseco a la propia cuestión democrática en la modernidad, ya que en todos los casos se trata de intentar hacer efectivos, en la esfera pública de sociedades marcadas por las desigualdades de las relaciones de producción capitalista, los principios ético-políticos de libertad e igualdad.

Cualquiera sea la interpretación que se haya escogido a lo largo de los últimos años, lo interesante de esta discusión sobre el carácter ilusorio o intrínsecamente contradictorio de la democracia es que la misma ha comenzado a ser dirimida y a complejizarse en un terreno diferente al de la disputa académica de la filosofía política o la investigación empírica politológica. Inesperadamente, la cuestión democrática irrumpió con fuerza desde lo social hacia lo político, cuando actores no-tradicionales del sistema político pretendieron representar demandas políticas, culturales y económicas que estaban relativamente desplazadas de la "agenda" institucional de la transición. Luego de una etapa en la cual las recurrentes crisis económicas pusieron en jaque el carácter reparador y emancipador de las instituciones democráticas, la cuestión de la democracia en América Latina se desplazó y complejizó con el advenimiento de "nuevos actores".

Los dilemas actuales de una Idea

Sugerimos que la cuestión quedó –en parte- dirimida porque las ilusiones sobre el poder de los procedimientos formales para neutralizar la violencia e institucionalizar la lucha por el poder político fueron desmentidas por una serie de acontecimientos recientes que van –para mencionar sólo los más relevantes- desde el golpe de Estado del 11 de abril de 2002 en Venezuela, hasta los levantamientos violentos y la masacre de Pando en Bolivia el 11 de Setiembre de 2008. En ambos casos, se trata de la reaparición de estrategias que recurren al uso de la violencia contra las instituciones constitucionales,

ejecutadas por actores que forman parte del sistema político "reconocido por todos". Luego de perder frente al presidente Chavez el 30 de Julio de 2000 (donde el candidato oficialista obtuvo cerca del 60% de los votos válidos), y luego de que el presidente Morales fuera ratificado en su cargo por cerca del 70% del electorado, los actores políticos que fueron derrotados en ambas contiendas electorales lanzaron ataques coordinados contra las autoridades legítimas, recurriendo a una curiosa reedición de la vieja estrategia de "combinar todas las formas de lucha" contra el enemigo político. Sin embargo, este caso posee la particularidad de que la anulación completa de la diferencia entre "la lógica de la política" y "la lógica de la guerra" (Lechner, 2006a: 354-355) se da *al interior* del normal funcionamiento de los procedimientos y las garantías democráticas, y no fuera de él, en algún tipo de "estado de excepción". Lo que sucede es que las normas fracasan allí donde se las aplica correctamente, tornándose incapaces de neutralizar la violencia y canalizar la vida política. A nuestro entender, este tipo de fracasos muestra uno de los síntomas principales de la definición jurídico-procedimental de la democracia en América Latina.

Bajo esta perspectiva de análisis, sería conveniente no considerar a los recientes episodios de la masacre de Pando como fenómenos aislados o marginales dentro de la vida política sudamericana. Es frente a este tipo de acontecimientos que la democracia procedimental revela sus problemas teóricos y su trama política profunda. Su formalismo se ve de alguna manera desenmascarado en su pretensión de neutralidad axiológica cuando, paradójicamente, cualquier contenido puede llenar esa forma, aún el más enconado racismo (como sucede decisivamente en Bolivia y con mayores complejidades en Venezuela). Cuando se llega al punto en el que son las propias autoridades (regionales) electas democráticamente las que destruyen las formas de convivencia pacífica, las que atentan contra la libertad de las personas y no reconocen la condición de igualdad que debería primar, la democracia desnuda finalmente que el problema sí era de contenido: de clase, pero también racial. Vale decir, en la medida en que el contenido no sea conflictivo con los intereses

dominantes, la apariencia es la de la formalidad debidamente cumplimentada. Pero si, como propusiera en un célebre pasaje Marx, “el contenido desborda la frase”, aún sin anularla o suprimirla, la situación es absolutamente diferente.

Para entender esto hay que comprender una particularidad de la transición latinoamericana (que puede llegar a ser, sin embargo, bastante más general de lo que se suele pensar). Las “normas universalmente reconocidas” que deben resguardar los derechos civiles y políticos son en realidad, como lo dice sabiamente su fundamentación pragmática, un “acuerdo mínimo” de la vida intersubjetiva. Ahora bien, en América Latina ese acuerdo mínimo fue, en realidad, un acuerdo reducido a su mínima expresión pragmático-instrumental, que incluía una serie de tópicos que, en hipótesis, “todos se comprometían a respetar”: la renuncia a la violencia civil, la amnistía para los crímenes de las dictaduras, el respeto irrestricto de la propiedad privada, el alineamiento con las políticas económicas neoliberales y, en último orden, el derecho a la vida y a participar en elecciones. De este modo, el “acuerdo mínimo” no implicó nunca la génesis de un grado mínimo de comunidad política, sino que estableció los límites precisos que garantizaban la reproducción del capitalismo periférico y condicionaban todas las formas de participación popular.

Lo que habría que pensar, para poder ponderar el alcance de este fracaso –parcial- de la definición procedimental, es si nos sigue resultando satisfactoria la concepción que reducía estos acontecimientos desviados a la idea de “promesas incumplidas” de la democracia. Entre los teóricos de la democracia en América Latina pueden ser destacados dos autores, N. Lechner y J. Aricó, que sospecharon profundamente de esta idea, y llegaron a comprender los límites de la transición democrática como un proceso contradictorio, plagado de paradojas. Tanto Lechner como Aricó supieron anticiparse de alguna manera a la situación actual, al insistir en una triple restricción que la institucionalización de la democracia en América Latina no podía superar: la limitación del mercado, la limitación de las tradiciones culturales y la limitación de la creciente privatización de la esfera pública (Lechner, 2006a, 2006b, 2006e; Aricó, 1986, 1988). En

el primer caso, el mercado operaba para estos autores como un agente de "modernización" que se resistía con éxito (por la transnacionalización de los flujos de capital y, en consecuencia, de las principales decisiones económicas) a cualquier posibilidad de "democratizar" la discusión sobre un programa de desarrollo. En relación a la segunda limitación, la obra de Lechner se ha destacado por la atención que le ha prestado a la componente socio-cultural del régimen político democrático, constatando que subsisten en América Latina formas de "anulación de la reciprocidad" de las relaciones sociales (racismo, sexismo, clasismo, xenofobia) que vuelven imposible una auténtica cultura democrática. Finalmente, la anulación de la esfera pública se daba para ellos tanto por la vía estrictamente económica (la creación de monopolios del entretenimiento y la información) como por la vía política (el vaciamiento de los horizontes utópicos de sentido).

Lo interesante de ambos autores es que sus sospechas no alcanzan exclusivamente a la definición débil o procedimental de la democracia, sino que se dirigen también contra cierta ingenuidad teórica (y política) que puede encontrarse entre los defensores de la definición fuerte de democracia. Esta sospecha, también ha encontrado un correlato preciso en la actualidad, ya que no es sólo la definición *débil* o *procedimental* la que se ha vuelto problemática, puesto que también la acepción *fuerte* o *absoluta* está envuelta en tensiones que dificultan pensar que ella sola puede resolver el "problema" de la democracia.

Actualizada en América Latina por la aparición de formas de organización de *nuevo tipo* que cuestionan la representación sobre la base de una fuerte crítica a la tradición leninista y que hacen énfasis en modos alternativos a la forma partido y sus diferentes dimensiones (centralismo, toma del poder, etc.), la "democracia absoluta" volvió a estar a la orden del día. En estos casos, ella es a la vez una forma de organización interna y un proyecto de *irradiación* hacia la sociedad en su conjunto: a la lógica alienante de las instituciones estatales se le oponen prácticas autónomas que se pretenden universalizables, a punto tal de poder substituir al Estado en términos de gestión de los

asuntos comunes de la sociedad. De algún modo, los noventa podrían caracterizarse -en términos de formas de resistencia- como tendencialmente anti-estatales, con su epicentro, tal vez, en el zapatismo y su repercusión en el resto de América Latina. El concepto de autonomía, como *capacidad de hacer* autónoma (la producción de un tiempo y un lenguaje propios y antagónicos a los tiempos y lenguajes del Estado), fue una de las claves de lectura del ciclo de luchas de la década, que recuperaba a su modo la definición fuerte de democracia heredada de la teoría de la transición.

Según D. Bensaïd (2006), el auge y la novedad de los movimientos sociales en los últimos años tuvo su "momento utópico" o de "ilusión social", consistente en una idea de autosuficiencia de la práctica específica de los movimientos y, en tal sentido, un rechazo a la idea de articulación política a gran escala. El rechazo de cualquier sesgo instrumental en la valoración de la democracia, supuso su implementación *radical y absoluta*, sustentada en una práctica interna en los movimientos que se presentaba como antagónica a toda expresión institucional.

Sin embargo, la aparición de alternativas gubernamentales que retoman -aunque más no sea parcialmente- las demandas planteadas por los sectores movilizadas supone un desafío a estas posiciones, pues abre un abanico de matices más amplio en términos de la relación con las instancias institucionales. Parece abrirse una tensión entre las formas de autoorganización que proliferaron en los últimos años y las alternativas institucionales críticas del neoliberalismo.

Esta tensión muestra fundamentalmente el problema de la *articulación política*. Sobre todo allí donde el "momento utópico" de los movimientos sociales deviene un principio inamovible. La noción absoluta de democracia, entonces, se construye sobre una mirada constitutivamente sesgada. Nacida al calor de las políticas neoliberales, cuando los gobiernos no expresaban sino los intereses más ajenos y antagónicos a los sectores populares, considera negativamente toda dimensión institucional. El problema coyuntural se trastoca en una opción estratégica y, de ese modo, nada de lo que suceda en el orden de la democracia estatal puede ser siquiera pensado tácticamente. Así,

en nuestros días, la mirada de la democracia absoluta también se ve cuanto menos sorprendida por los procesos políticos latinoamericanos, ya que una porción considerable de los antagonismos más crudos se juegan en buena medida en el orden de los gobiernos y las instituciones. La activación y movilización de los movimientos sociales es un elemento imprescindible para las expectativas populares en los conflictos de la época, pero, a la luz de las intenciones golpistas de las derechas de la región, aparece un interrogante sobre la relación entre esta movilización y el orden legal que debiera defenderse. A más de dos décadas del "período de transición", la relación entre la democracia absoluta y la democracia formal vuelve a ser el problema acuciante de la política latinoamericana.

Pero, decíamos más arriba, la coyuntura actual no sólo comenzó a dirimir la cuestión democrática sino que también la complejizó. Se dio un extraño desplazamiento entre personajes y argumentos, entre roles institucionales e ideologías, que todavía no ha sido suficientemente atendido por las ciencias sociales. Quienes hoy plantean la necesidad de establecer "reglas mínimas" de convivencia democrática son nuevos partidos políticos (el PSUV en Venezuela, el MAS en Bolivia, entre otros) que no respetan los "acuerdos mínimos" a través de los cuales se institucionalizó la transición democrática. Respetando todas las reglas de la deliberación pública, se despliegan argumentaciones que no temen volver a plantear la cuestión del socialismo y la revolución en América Latina, aún con los dilemas y anacronismos que esto implica. Al mismo tiempo, temas que antes parecían reservados a un modesto proyecto social-demócrata, hoy reaparecen fuera de sus ejes tradicionales, revitalizados en figuras tan inesperadas como la de un dirigente sindical aymara y un militar populista bolivariano.

Sin dudas, si pretendiéramos repensar el legado de las ciencias sociales de los ochenta en términos de una teoría de la democracia, sería difícil imaginar una línea de continuidad que fuera desde un autor como J.C. Portantiero a los argumentos actuales con los cuales el presidente Chavez defiende la legalidad del proceso democrático venezolano frente a los intentos desestabilizadores de la oposición.

Pero podríamos retener la imagen que los reúne en su discrepancia. Lo que se vuelve evidente aquí, en este choque entre preocupaciones comunes sobre las instituciones de la democracia y diferentes modos de plantearlas, es un límite de aquella tradición teórica, que hoy nos permitimos resaltar. Formaba parte de la propia idea de "transición democrática" asignarle una cierta condición de infinitud al concepto de democracia. En un autor como Portantiero, la democracia se transformó en una *idea infinita* que parecía ser capaz de iluminar con su vigoroso fundamento intersubjetivo todos los dilemas de la economía, la cultura y la política que Latinoamérica heredaba de su pasado autoritario. Esta idea de la democracia como proceso infinito cuajaba perfectamente con la imagen de un *proceso inacabado*, satisfaciendo tanto la idea de una progresiva institucionalización de la democracia procedimental liberal, como la definición cuasi-ontológica de la democracia como instancia utópica de plenitud comunitaria. De esta manera, quedaba relativamente velada ideológicamente la existencia de problemas exteriores a dicho proceso. Para citar sólo un ejemplo: la cuestión económica no era pensada como un problema relativamente diferente e insubsumible al proceso democrático, sino como una estación que el propio movimiento de consolidación democrática recorrería en algún momento. Pero eso sólo sirvió para diferir las apuestas más radicales para un futuro (incierto), en virtud de la consideración de una temporalidad homogénea y ascendente que la democracia recorrería. En este sentido, la democracia entendida como un "proceso siempre inacabado" se transformó en la ideología de una "democratización siempre postergada", a pesar de todas sus buenas intenciones éticas y políticas.

Hoy en día, retomar la tradición de la teoría de la democracia sospechando de sus "Ideas" puede resultar muy provechoso. La primera tarea que tendríamos que proponernos es buscar diversas estrategias teóricas que nos permitan asumir cierta finitud en el concepto de democracia, sin que esto tenga un sentido traumático o implique "pasar a otra concepción de la política". Es precisamente en su relación con su lado de afuera, con eso que ella no puede plantear ni resolver, donde se abre la auténtica tensión entre la definición

fuerte y la definición débil de democracia. Hoy los procesos políticos latinoamericanos, que no reniegan ni de la democracia procedimental ni de la democracia absoluta, muestran un claro ejemplo de esto. Cuando la cuestión de la desigualdad económica y la violencia cultural interfieren en la dinámica de las democracias regionales, cuando aparecen movimientos políticos que ponen en cuestión estos "elementos externos", se revela productivamente la democracia en su finitud (lo que no quiere decir, evidentemente, que aparezca allí un momento final para la democracia, sino, por el contrario, una determinación externa que le da vida a sus problemas, que define el sentido de la "política democrática").

Si el primer entusiasmo con las instituciones de la democracia de Portantiero y otros intelectuales difícilmente pueda emparentarse con las experiencias políticas actuales, quizás sí exista un vínculo secreto que reúne a la obra de Aricó o Lechner con la idea de democracia que impulsa Evo Morales cuando intenta construir un socialismo pluri-cultural, pasando de la tarea de construir una *cultura democrática* en América Latino al desafío de descifrar qué podría significar aquí y ahora una auténtica *democracia cultural*. Acaso el escepticismo de Aricó sobre las posibilidades reales que tenía la transición de renovar la relación entre socialismo y democracia nos hable de una pregunta bien formulada, que no encontró respuesta en su tiempo y que, tal vez, pueda buscarse, con toda su opacidad y espesura, en la originalidad de la actualidad latinoamericana.

Lo interesante –y singular en el contexto de los ochenta- de la obra de Aricó es que la preocupación por una democracia social avanzada no se disocia nunca de la necesidad de una "profunda democratización del poder y una mayor socialización de la vida económica" (Aricó, 1986: 36). La colocación del horizonte material como un elemento insoslayable es central para que el viejo problema de la relación entre socialismo y democracia no se vea devaluado en esta tensión a favor de una versión opaca del segundo de sus términos. Pero la cosa no acaba allí. La verdadera fuente de desconfianza de Aricó descansa en su creencia de que nunca existieron condiciones reales, en términos de relaciones de fuerzas, que pudieran

sustentar un proceso de democratización profunda de la vida social contra lo que se llamaba en la época “la presión de las cosas” (refiriéndose con ello, particularmente, a los poderes económico y militar que condicionaban fuertemente los márgenes de acción del gobierno): “no creo que exista en la sociedad, en sus instituciones representativas, en sus estamentos políticos e institucionales, en sus dimensiones ideológicas y culturales, el suficiente consenso, la necesaria voluntad, el perdurable compromiso político que torne viable las necesarias reformas institucionales y estructurales que el país requiere” (Aricó, 1986: 36). De esta manera, Aricó parece asomarse a una definición aporética de la transición: los ochenta se arrojan el (re)descubrimiento de la democracia como valor universal pero carecen de la capacidad material de realizarlo.

Si decíamos que hay en la teoría de la transición una consideración homogénea de la temporalidad en la cual la democracia se realizaría (un proceso creciente e inacabado), podemos encontrar en estas reflexiones de Aricó un llamado de atención sobre esta cuestión. El límite último del modo en que se configuró el concepto de democracia de los ochenta se ve expresado en las reservas de Aricó frente a un argumento que él mismo ayudó a producir, pero que parecía mostrar con relativa celeridad su capacidad para decepcionarlo: “Cuando se afirma que los cambios son necesarios pero que es preciso esperar momentos de mayor tranquilidad para hacerlos, se supone que se puede alcanzar la tranquilidad sin el cambio. En mi opinión esta es una de las formas de soñar con los ojos abiertos porque se afirma en una creencia que rechaza las lecciones de los hechos y desplaza a un futuro imprevisible una necesidad del presente” (Aricó, 1986:37). De modo que ni la democracia como entramado institucional ni su envoltura filosófica en tanto proceso inacabado parecen convencer a Aricó de la capacidad que tenía, por sí misma, la transición democrática para devolverle sentido a la cuestión del socialismo. El borde en que se sitúa Aricó es el de la sospecha y ese borde es el que lo aproxima a nuestra actualidad.

Bibliografía

Alfonsín, R. (1987), "El poder de la democracia", Fundación Plural, Buenos Aires.

Aricó, J. (1999), "Entrevistas 1974-1991", CEA-UNC, Córdoba.

Aricó, José (1986): "Una oportunidad de ponernos al día", en *La Ciudad Futura*, nro. 2, octubre, Buenos Aires.

Aricó, José (1988): "La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina", ed. Punto Sur, Buenos Aires.

Aricó, José (1999): "La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina", ed. Sudamericana, Buenos Aires.

Aricó, José (1985): "La producción de un marxismo americano", en *Punto de Vista*, nro. 25, diciembre, Buenos Aires.

Bensaïd, D. (2006), "Sur la Question politico-stratégique", en *Revista Critique Communiste*, N°179, París.

Lechner, N. (1984), "La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado", ed. Ainavillo, Santiago.

Lechner, N. (2002), "Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política", ed. Lom, Santiago.

Lechner, N. (2006a), "Los patios interiores de la democracia", en *Obras Escogidas*, Vol. I, ed. Lom, Santiago.

Lechner, N. (2006b), "Cultura política y democratización", en *Obras Escogidas*, Vol. II, ed. Lom, Santiago.

Lechner, N. (2006c), "Condiciones socio-culturales de la transición democrática: a la búsqueda de la comunidad perdida", en *Obras Escogidas*, Vol. II, ed. Lom, Santiago.

Lechner, N. (2006d), "El desafío de la democracia latinoamericana", en *Obras Escogidas*, Vol. II, ed. Lom, Santiago.

Lechner, N. (2006e), "El estado en el contexto de la modernidad", en *Obras Escogidas*, Vol. II, ed. Lom, Santiago.

Coutinho, C.N. (1984), "A democracia como valor universal e outros ensaios", Salamandra, Rio de Janeiro.

Molina, D. (1984), "Repensar la democracia", entrevista a J.C. Portantiero y J. Aricó, en *El Porteño III*, 27, Buenos Aires, pp. 16-20.

Nún, J. (1984), "Democracia y socialismo: ¿Etapas o niveles?", en *Punto de Vista*, N° 22, Buenos Aires.

Portantiero, J.C. (1988a), "La transición, entre la confrontación y el acuerdo", en Portantiero y Nun (comp.) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Puntosur, Buenos Aires.

Portantiero, J.C. (1988b), *La Producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el Estado y la sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires.

NOTAS

1 En el presente artículo preferimos privilegiar, por motivos de espacio, el análisis de una perspectiva particular (la perspectiva argentina) sobre un complejo problema para las ciencias sociales de la región: la cuestión de la democracia en América Latina. No ofrecemos, por lo tanto, nada que pretenda poder dar cuenta del modo como esta cuestión fue efectivamente abordada en América Latina, sino un análisis del modo a través del cual las ciencias sociales argentinas afrontaron un problema de América Latina.

2 Para un análisis histórico de las causas y los derroteros intelectuales de la teoría de la transición a la democracia en América Latina ver: Lechner, N., "De la Revolución a la Democracia", en *Obras Escogidas*, Vol. I, ed. Lom, Santiago. Para una revisión amplia de los problemas teóricos y prácticos que la cuestión de la democracia suscitó en toda América Latina ver: Ansaldi, W. (Comp.), "La democracia en América Latina, un barco a la deriva", Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

3 En términos generales, el compromiso de Portantiero y Aricó en relación a las instituciones que pusieron en práctica la "teoría de la transición a la democracia" fue bastante divergente. Si bien en los primeros años del gobierno de Alfonsín ambos compartieron el entusiasmo, Aricó no participó del llamado grupo "Esmeralda" y mantuvo una distancia crítica con varias de las medidas de gobierno que Portantiero defendió abiertamente. Las divergencias son fácilmente detectables en la Revista *Punto de Vista* de aquellos años. Aún así, en lo referido al problema teórico de la necesidad de revisión de la noción de democracia en la tradición socialista, las coincidencias prevalecen.

4 En algunos de sus textos más célebres Portantiero colocó en el centro de la discusión la distinción entre *transición por ruptura* y *transición pactada*. Siempre que quiso darle un sentido concreto a su teoría de la democracia, denominó transición a un proceso que se despliega en tres fases: a.- Crisis del autoritarismo; b.- Instalación democrática; c.- Consolidación democrática. Ver Portantiero, 1988b.

Construyendo al barrio: la postulación del barrio como territorio político durante la transición democrática.

Luján Menazzi

Introducción

El presente trabajo pretende dar cuenta de algunas de las formas en los que las ciencias sociales participaron de la transición y consolidación institucional de la democracia. En un contexto político en que la preocupación cardinal pasó a ser la estabilidad del sistema democrático, emergieron y se resignificaron ciertos conceptos y problemas como nuevos ejes analíticos en diálogo con las necesidades políticas y sociales. Así, durante la década del ochenta resurgen con fuerza nociones como ciudadanía, espacio público, participación, barrio y comunidad. En este sentido, resulta interesante indagar, la forma en que se recicla la categoría de barrio, conjugándola particularmente con la noción de comunidad en el retorno democrático, no sólo ya a la luz de las clásicas preguntas sociológicas en torno a la supervivencia de los vínculos comunitarios en las sociedades contemporáneas, sino también a partir de la necesidad más local y apremiante de asegurar la sustentabilidad y legitimidad del régimen democrático.

Con esta intención, en primer lugar, se recorren brevemente los avatares teóricos de las categorías de barrio y comunidad, ambas de larga y compleja tradición en las ciencias sociales. Luego, se pretende indagar el modo en que, en diversos ámbitos disciplinares de las ciencias sociales, el barrio como tópico se presentó como una forma de comunidad o como un territorio para el ejercicio político y de qué manera estas categorías fueron reactivadas en términos académicos y políticos, vinculándolas a la naciente democracia. Así, se analizarán específicamente algunas articulaciones puntuales que desde la historia, la sociología, la arquitectura, la política y el gobierno municipal emergieron con el barrio como eje, concibiéndolo como una forma de comunidad, como un ámbito para el ejercicio democrático y como un espacio para la movilización ciudadana.

Tanto desde los medios de comunicación masiva como desde revistas académicas y desde ámbitos del gobierno municipal, el barrio se vuelve en este período un tópico recurrente, sobre todo en virtud de sus potencialidades y funcionalidades políticas. Analizar las formas en que se lo vincula con la democracia vía la comunidad parece una buena oportunidad para repensar las formas en que históricamente, se resignifican y rearticulan estas categorías en el nuevo contexto democrático. A su vez, se pretende reflexionar acerca de la fuerte sintonía temática y valorativa en torno al barrio, entre políticas municipales y nacionales y enfoques de las ciencias sociales. Esta fuerte sintonía se vincula también con un contexto político sumamente demandante para las ciencias sociales.

Sobre muertes y retornos.

Siguiendo los avatares teóricos del barrio y de la comunidad

Tanto la idea de barrio como la de comunidad cargan con profundas ambigüedades. Ambas son nociones que funcionan alternativa o simultáneamente como tipos ideales (sea en la teoría social o como delimitación política), como descripciones referenciadas temporalmente y como espacios definidos físicamente. A esta difusa pertenencia se agrega una innumerable serie de expectativas, generalmente de tinte nostálgico e idealizado que van asociadas a las mismas. En este sentido, se habla de ambos como de ámbitos idílicos y conflictivos, sin una clara ubicación temporal ni espacial.

Lo primero que se observa en las relaciones entre ambas categorías es una sorprendente similitud de avatares y destinos. Ambas categorías nacieron y adquirieron su mayor popularidad en el mismo momento en que se las creía perdidas. Así, la comunidad es pensada junto con su pareja, la sociedad como una "construcción", un recorte problemático y programático de ciertos teóricos de la sociología para dar cuenta, diagnosticar y domeñar las importantes transformaciones históricas ocurridas a fines del siglo XIX (de Ipola, 1998; De Marinis, 2005; Donzelot, 2007; Portantiero, 1997). La noción de comunidad alcanza entonces su mayor popularidad, cuando es delimitada y definida por Tönnies (1947), en el mismo momento de su supuesta desaparición.

Algo muy similar ocurre con la noción de barrio. Entendido en su sentido actual, como una parte integrante de la ciudad con ciertas cualidades distintivas, el barrio es hijo de la modernidad, en tanto su existencia es sólo posible en las urbes modernas. Sin embargo, la noción contiene siempre, en las conceptualizaciones que de él se hacen, un sustrato premoderno. En esta línea, si para la comunidad, la modernidad implica su certificado de defunción, el barrio solo es concebible a partir de la modernización, si bien no deja de tener una relación conflictiva con ella: "es producto de la modernización a la vez que está condenado a negarla" (Gorelik, 2004: 277).

Esto se observa con claridad siguiendo los análisis que Gorelik hace de la versión porteña de la construcción del barrio. En la década de los veinte y los treinta, tanto en el tango como en la literatura se construye en un registro sumamente nostálgico la noción de barrio. Pero al mismo tiempo que se comienzan a delimitar los *barrios porteños* estos dejan de ser lo que habían sido, y comienzan a verse contaminados por el centro, la figura opuesta por antonomasia. Así, "el *barrio* puede nacer como tópico cultural cuando deja de ser una realidad geográfica y social" (Gorelik, 2004: 358). En este sentido, tanto el barrio como la comunidad son, en el mismo momento de su nacimiento conceptual, objeto de una nostalgia por lo irrevocablemente perdido.

Para quienes trabajan el barrio, como recorte territorial o como categoría teórica, la referencia a la comunidad y todo lo que ésta supone es inevitable. Así, Gravano (2005) identifica dos elementos que conforman un *contexto de necesidad* para formular específicamente la problemática barrial en el momento de surgimiento de lo urbano como tema-problema: la necesidad de "denotar la situación de diferenciación y desigualdad dentro de la ciudad (...) y la necesidad de connotar determinados valores e ideales, que hacen a la convivencia y a la calidad de vida urbana en comunidad." (Gravano, 2003: 13). Así, toda vez que se desea trabajar sobre el barrio, surge el tópico comunitario, sobre todo en su vertiente nostálgica, en la medida en que "lo que llamamos comunidad perdida dentro del imaginario urbano

contemporáneo se referencia en los barrios de la ciudad" (Gravano, 2005: 74).

También para quienes trabajan la comunidad en la actualidad resulta ineludible la referencia al barrio. Con objetivos y contextos argumentativos diversos, muchos autores asumen casi de manera obvia la posibilidad de comunidades en la sociedad, aludiendo a las comunidades como formas *territorializadas* de convivencia. Así, aún los autores que más subrayan los aspectos virtuales y el *espacio abstracto* de las sociedades actuales también enfatizan muy puntualmente la idea de proxemia, de mundanización, las *prácticas rutinarias de base* como las bases de la comunidad. En esta línea, el barrio como actual forma de comunidad, aparece mencionado en reiteradas oportunidades. Así, Maffesoli (1990) habla de *tribus*: pequeños grupos que comparten un *ethos*, una ética que mana del grupo, que es proxémica y emocional, como una forma de vínculos comunitarios en la actualidad. Por su parte, Lash (1997), refiere las comunidades sobre todo a la idea de significados compartidos, no deja de destacar que "la comunidad en un sentido muy fundamental, debe ser un *mundo*, o estar *mundanizada*" (Lash, 1997: 194). En esta misma línea, Gallino (1995) afirma que "los rasgos de la comunidad se observan entre la población de los barrios de las grandes ciudades, en grupos de técnicos de laboratorio, (...) en una gran cantidad de otros contextos modernos" (Gallino, 1995: 197). Del mismo modo, Fistetti (2004), siguiendo a Weber destaca que todos los "fenómenos típicos del *racionalismo occidental*, no comportan la cancelación de la comunidad del seno de la sociedad moderna, sino su refuncionalización histórica, que puede asumir modalidades diversas" (Fistetti, 2004: 140). El barrio parece ser entonces *naturalmente* el ámbito para la comunidad en las ciudades contemporáneas. Sin embargo, se trata de una postulación que esconde aristas y complejidades.

¿Con qué motivo se popularizan estas categorías en distintas épocas? Tomando a de Marinis, podríamos pensar tres objetivos con los cuales se construye la polaridad sociedad / comunidad: dar cuenta de importantes transformaciones sociales, "construir tipos ideales de relaciones sociales" (de Marinis, 2005: 3) y exorcizar los peligros y

temores que esa transformación social implicaba. En el caso del barrio también podemos visualizar estos tres objetivos. La noción de barrio surge fuertemente en las décadas del veinte y del treinta, asociada a la construcción de una serie de atributos identitarios distintivos y de una clase de sociabilidad vinculada a las relaciones primarias y cara a cara, en fuerte oposición al surgimiento y afirmación de la ciudad moderna. Tanto en la literatura como en el tango, el barrio es idealizado como *lugar* ligado a lo tradicional y lo autóctono. El contrapunto es la ciudad y su centro, el ámbito de pérdida por excelencia, espacio del anonimato. El ejemplo perfecto de esto es “La costurerita que dio aquél mal paso” que debe abandonar el barrio una vez perdida su inocencia. Así, la noción de barrio pretende también, como parte del imaginario cultural dar cuenta de las aceleradas transformaciones sociales que se producen en Buenos Aires, tipificar formas de vinculación y sobre todo exorcizar los temores que estas transformaciones generaban.

La tentación de identificar los polos barrio – centro con los clásicos comunidad – sociedad es fuerte. Sin embargo, a pesar de análogos recorridos y peripecias, estas categorías poseen un vínculo tenso: tomando a la comunidad como forma de agrupación históricamente situada o como categoría típica ideal, esta se sitúa en el polo opuesto de la moderna sociedad capitalista. El barrio, en cambio, en tanto parte integrante de la ciudad “se sitúa teóricamente entre el ideal genérico de la vida social comunitaria y el caos de la ciudad moderna.” (Gravano, 2006: 13). Esta diferencia, no se limita a ser una sutileza teórica, sino que tiene efectos concretos en la forma en que el barrio es pensado, planificado y conceptualizado. La equiparación barrio - comunidad resulta riesgosa, en tanto niega al barrio como parte integrante de la ciudad moderna y sus dinámicas, que claramente contrastan con la idea de comunidad.

Si bien el vínculo entre barrio y comunidad aparece de forma reiterada, corresponde relativizar esta equiparación. En tanto parte integrante de la ciudad moderna, resulta complejo pensar al barrio como un territorio sin conflictividad, poseedor de una cierta esencia distinta e identificable (Lacarrieu, 1999). El barrio como “comunidad

local" pasa de ser una "hipótesis que precisaba ser contrastada y reelaborada conceptualmente en base a las nuevas evidencias empíricas, para transformarse en un objeto incuestionable del sentido común académico" (Escolar, 1996: 160).

Los vínculos entre comunidad, barrio y política también tienen una larga historia: desde las tempranas formulaciones de la Escuela de Chicago en la década del veinte: "la comunidad barrial –dice Park– estaría en la base del modelo de vida democrática norteamericana" (citado en Gravano, 2005: 36), pasando por las formulaciones de la Escuela de "New Haven" en los sesenta, que "desarrollaría una teoría del poder comunitario (...) que enfatizaría la importancia de la articulación entre comunidad y grupo territorial diferenciado" (Escolar, 1996: 159) hasta las formulaciones más recientes de los anglofoucaultianos, comunidad, barrio y política son articulados una y otra vez, siempre en formas novedosas.

Si bien la versión de esta vinculación que se hizo en la década de los ochenta a nivel local se alimenta de esta larga herencia de vínculos y cruces, carga con renovados matices a estas nociones, particularmente en cuanto a las características de sus potencialidades políticas.

Comunidad y barrio en los ochenta. El contexto local.

En el contexto local, el resurgimiento de la democracia a comienzos de la década de los ochenta tuvo enormes implicancias para la sociedad toda, y para el mundo académico de las ciencias sociales en particular. Los vocabularios y las prácticas políticas, académicas y sociales sufrieron fuertes transformaciones con respecto a las dominantes en la década precedente, en consonancia con transformaciones globales. En términos de Portantiero (1988), para los intelectuales, la democracia pasó de ser considerada una táctica o instrumento, a ser incorporada como un *valor universal*. La intelectualidad argentina, correlativamente, asumió nuevos roles e impulsó nuevos tópicos. Así, Sigal explica como "En los debates que fueron tomando forma a partir de 1982 o 1983, (...) la intelectualidad podía asumir y asumió, una intervención en primera persona, sea a partir de su saber, sea en nombre de su calidad de ciudadanos" (Sigal, 1991: 13). Si el tema

central pasó a ser la democracia “entendida como la producción de un orden político” (Portantiero, 1988: 7), los intelectuales se vieron “frente a un nuevo espacio, el de la política democrática, que les ofrecía una relativamente inédita legitimidad de intervención.” (Sigal, 1991: 13). En este sentido, Merklen reflexiona cómo, los intelectuales “fueron los impulsores de las más importantes ideas sobre la mejor manera de institucionalizar la democracia en Argentina. A tal punto que hicieron, de la *transición democrática* primero y de la *consolidación democrática* después, el eje sobre el cual evolucionaron las ciencias sociales por más de diez años” (Merklen, 2005: 22).

Así, en este contexto, vemos surgir o resurgir en diversos ámbitos categorías cargadas de expectativas y ambigüedad como ciudadanía, espacio público, barrio, comunidad, etc. Se trata de nociones sumamente difusas que, se vinculaban con la restauración de los ideales democráticos y republicanos centrales en esa época.

En este sentido, resulta interesante indagar, la forma en que se conjugaron barrio y comunidad en este contexto de retorno democrático, a partir de la necesidad más local y apremiante de asegurar la sustentabilidad del régimen. Así, la relación entre ambas categorías es reciclada y reformulada, y el barrio como tópico se presenta como una actual forma de comunidad, heredando todas las virtudes de la comunidad *auténtica*, la histórica. Pero a su vez, en este período, se impregna también de expectativas políticas respecto a la naciente democracia, en un contexto en el que, los intelectuales “se sienten vitalmente comprometidos con su objeto de estudio como miembros de una comunidad” (Nun y Portantiero, 1987: 9). En este sentido el barrio es postulado como unidad política posible, como nueva territorialización política y como objeto de estudio válido, en tanto se lo presenta como comunidad.

A continuación, se analizarán diversas articulaciones que desde ámbitos muy distintos se realizan en torno a la noción de barrio a lo largo de la década de los ochenta. Más allá de las distancias que existen entre los sentidos que se le otorgan al barrio en ámbitos diversos, llama la atención en primer lugar la fuerte emergencia de esta noción en espacios tan disímiles y en segundo término la

reiterada enunciación del barrio como ámbito político, en tanto espacio donde sobreviven los vínculos comunitarios.

Algunos ensayos para articular barrio, comunidad y democracia

El barrio como *nido de democracia*

En esta búsqueda por lograr comprender el funcionamiento del sistema democrático y la forma en que éste podía ser estabilizado, el aporte de la historia enfatiza particularmente las virtudes del barrio y sus ámbitos de sociabilidad cara a cara.

Un grupo de prestigiosos historiadores e intelectuales de otras disciplinas (Luís Alberto Romero, Leandro Gutiérrez, Hilda Sabato, Luciano de Privitellio, Juan Carlos Korol, Ricardo González, Beatriz Sarlo, etc.), se congregaron bajo el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA) en 1978, y para 1982 se plantearon como objetivo primordial responder a la pregunta "¿Dónde anida la democracia?" (PEHESA, 1982) En esta pregunta se cifraban un importante número de dudas y expectativas acerca de la politicidad de los sectores populares, las condiciones para la perdurabilidad del sistema democrático, la rejerarquización de la experiencia primaria como ámbito de formación de subjetividad entre otras cuestiones.

A partir de este programa de trabajo surgen una serie de estudios que transforman el debate historiográfico, en tanto enfocan nuevos sujetos (sectores populares, ya no clase obrera) diversos temas de interés (la sociabilidad popular), nuevos ámbitos de investigación (el barrio, en lugar de la fábrica, el partido o sindicato), nuevos períodos de estudio (entreguerras, en lugar de la *década infame*) y abrevan nuevas metodologías (historia cultural, microhistoria, historia oral, historia *desde abajo*, etc., sin desprenderse enteramente de la *historia social*) (Gorelik, 1995). Esta serie de estudios históricos se planteaba de forma manifiesta, además, el objetivo de servir al presente (es decir, la época de retorno democrático).

Estas investigaciones pretenden en primer lugar postular otros ámbitos de investigación para lo histórico, en este sentido, se perfila al barrio como objeto de estudio válido. Esto resulta muy novedoso,

considerando que el *barrio* como tópico era antes territorio de los historiadores barriales, es decir, temática ajena a la historia académica. Este cambio de enfoque da cuenta, entre otras cuestiones, de la revalorización de la cultura popular como un elemento válido y no como ideología. Se toma al barrio como una realidad material y como un espacio social. La mirada sobre los “mundos sociales barriales” (Gutierrez y Romero, 1995: 75) permitiría comprender procesos más amplios.

Otra característica interesante de esta aproximación al barrio es que se lo considera un espacio donde los vínculos sociales difieren sustancialmente de las formas de vinculación en otros ámbitos. Es decir, los vínculos del barrio tendrían características distintivas, que se relacionan con la sociabilidad inmediata, producto de la proximidad y de condiciones materiales similares. Esta clase de vinculación respondería a las características de los vínculos comunitarios. En el caso porteño, estas formas de vinculación –cara a cara, igualitarias- se habrían canalizado, en las asociaciones barriales de diversa índole que surgen con fuerza durante las décadas del veinte y el treinta con el propósito de lidiar con las necesidades básicas en los barrios todavía en formación.

Estos trabajos veían en el barrio y en las sociedades barriales auténticos *nidos de democracia*, espacios de participación directa donde los sectores populares experimentaban la democracia en momentos de clausura política. Lo que estos trabajos postulan es que estos clubes y sociedades, en su búsqueda de mejorar material y espiritualmente al barrio no sólo avanzaban en la constitución de una ciudadanía social, sino en la construcción de la ciudadanía política. Es justamente por la clase de vínculos que existirían en estos barrios –vínculos comunitarios- que éstos funcionarían como *nidos de democracia*.

Estos ámbitos de democracia serían luego socavados por la llegada del peronismo, que impulsaría una nueva forma de acción política y otros ámbitos donde desarrollar la sociabilidad y las prácticas asociativas, otorgándole nuevamente la centralidad al trabajo.

Sin embargo, el papel que le otorgan estos trabajos a los *nidos de democracia* es el de condición *sine qua non* para el correcto funcionamiento del sistema democrático, en tanto estos ámbitos celulares constituirían la experiencia de participación indispensable para la vida política. Esta apreciación no se limitaba al papel que históricamente tuvieron estos ámbitos según la mirada de los historiadores, sino al papel que estructuralmente tendrían estos espacios de sociabilidad.

En estudios posteriores y a la luz del paso del tiempo quienes participaron de esta experiencia relativizan sus conclusiones. En la introducción al libro "Sectores populares, cultura y política" de Luís Alberto Romero y Leandro Gutiérrez, el primero realiza una fuerte crítica a los artículos allí presentados. La introducción es de 1995 y el libro reúne artículos publicados a lo largo de la década de los ochenta en diversas revistas y libros. Las críticas realizadas por Romero se centran en la sobrevaloración del ámbito barrial y sus interacciones cara a cara como forma de entender procesos políticos y culturales más amplios y complejos y la restricción de los estudios a una clase de asociaciones en perjuicio de otras (las sociedades barriales de fomento y las bibliotecas populares en detrimento de las asociaciones barriales religiosas de todo tipo). Por otra parte, critica por ingenua la hipótesis central que guiaba estos estudios: que la experiencia democrática anida en los sectores populares y sus instituciones, particularmente en momentos de clausura política (Romero, 1995). En esta misma línea se sitúan las críticas ajenas a este grupo. Así, Gorelik subraya aún más el grado en que la coyuntura política pesó en estos estudios señalando que el acercamiento a los sectores populares era más *afectivo* que histórico, sin ver la conexión de estos *nidos de democracia* con otros ámbitos políticos más amplios y las relaciones conflictivas entre estos espacios barriales y la política (Gorelik, 1995). Gorelik (2004) analiza unos años después las mismas instituciones de ayuda mutua que el grupo de PEHESA. En el análisis realizado por este autor respecto a los vínculos de estas asociaciones vecinales con la política municipal, se destaca el triunfo final de "la tradición localista, la visión negativa de la política en que se conformaron las instituciones barriales – y el propio

barrio como institución-" (Gorelik, 2004: 438). Así, en lugar de equipararse, se opone la política a lo comunitario, en este caso, el barrio: "la restricción material-territorial de las asociaciones está reproduciendo sin duda una noción de lo local (en este caso lo más local, el barrio) como el universo de los intereses *naturales* que deben gestionarse por los propios interesados sin ingerencia de *la política*: esa es la definición del *vecino* frente a la del *ciudadano*" (Gorelik, 2004: 447). En este sentido, Gorelik (1995) resalta respecto a estas instituciones "la reproducción institucional de las viejas modalidades de la política criolla como relaciones territoriales tradicionales (...), su estructural convicción antipolítica, por la cual reprodujeron la clásica concepción administrativista del gobierno urbano con un esquema ideal corporativo, sin mediaciones de la política, a la que siempre vieron como obstáculo para el *progreso...*" (Gorelik, 1995: 172).

El barrio movilizad

Contemporáneamente desde la sociología y la antropología, el barrio también se perfila como un tópico de análisis revalorizado. Así González Bombal (1988) analiza las protestas barriales en el Gran Buenos Aires durante la etapa de transición democrática. La autora destaca lo local como un ámbito novedoso para la mirada académica, un ámbito descuidado por estudios con una mirada que, en sintonía con la tradición política nacional, privilegia lo macro: "La centralización de la política es un dato indudable de nuestra historia cercana, pero los paradigmas de interpretación en las ciencias sociales han sido excesivamente consecuentes con esta caracterización. La sociedad local no alcanzaba a constituirse en un tema relevante para los parámetros desde los que se pensaba la política." (González Bombal, 1988: 10).

En sintonía con la mirada de PEHESA, se propone darle relevancia política al ámbito de lo barrial, a la trama de sociedades de fomento que históricamente atravesó la sociedad argentina. A su vez, esta reivindicación de lo local se asocia a la afirmación de la fuerte politicidad que estos ámbitos pueden sostener, sobre todo en momentos de clausura política. Así, en la última dictadura, en

momentos en que se había cerrado la posibilidad de participación política la autora observa “la aparición de fragmentadas escenas locales donde resonaba la política en la dimensión más cotidiana de la vida de los sectores populares.” (González Bombal, 1988: 43).

Por su parte, Sirvent (1999) se propone investigar, también durante los ochenta “los factores centrales asociados a la falta de participación social y apatía general en el barrio de Mataderos, uno de los distritos más combativos de Buenos Aires (...) un análisis del impacto de los factores sociales, económicos y políticos en la cultura popular en relación con la vida local y la participación social en las asociaciones voluntarias” (Sirvent, 1999: 13). La autora realiza un análisis histórico del barrio y de sus asociaciones, marcando un momento de gran participación y movilización popular que contrasta con falta de participación en el momento de la investigación (1985 – 1990). La falta de participación es percibida como un dato negativo, y la intención es analizar que factores obstaculizan la participación popular, o qué tipos de participación presentes en el barrio no serían una participación democrática.

Si bien desde perspectivas distintas, y con conclusiones diversas, ambas autoras destacan al ámbito de lo barrial como un ámbito de estudio válido y necesario, por su anclaje cotidiano y su relevancia política, a través de la participación vecinal. Así, si bien una de las autoras intenta comprender la falta de participación, y la otra autora, la participación y movilización, ambas buscan en la experiencia cotidiana, en el barrio y sus instituciones tradicionales, la participación política, alejándose de las vías de participación tradicionales, como el partido y el sindicato. El viraje teórico y temático resulta similar al de los historiadores de PEHESA, y también está en sintonía con el pensamiento político de los ochenta.

Ambas autoras también vinculan sus análisis ubicados en los ochenta con las miradas más históricas que se focalizaban en el barrio y en las asociaciones vecinales.

Por su parte, Gravano y Guber (1991) realizan, entre 1982 y 1986 investigaciones de corte antropológico, donde pretenden desentrañar por un lado la *identidad barrial* y por otro cómo se construye el sujeto

social villero. La intención es analizar la frontera social y simbólica que se referencia en lo territorial. De esta forma se vinculan nuevamente los límites territoriales con una cierta forma de agrupación social con pautas específicas de vinculación.

Todas estas miradas poseen una común preocupación por dar cuenta de la densidad de los actores políticos y las diferencias territoriales, sociales y políticas que el barrio condensaría. De esta forma, se modifica la escala de análisis y emergen nuevos sujetos y territorios con potencialidades políticas. Todas estas aproximaciones destacan a su vez, a la escala barrial como una instancia de estudio válida.

El barrio como *demos*, unidad política y territorial

La tríada conformada por las nociones de barrio, comunidad y democracia contó en esta coyuntura particular, con numerosos promotores. Así, desde la arquitectura, se revalorizaba al barrio como espacio con identidad definida y ámbito ideal para la política. Tanto en el diario Clarín como en revistas de arquitectura e historia ("Ambiente", "Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzo", "Crítica", "Summa", "Contextos") el Arq. Mario Sabugo comenzó a publicar una serie de artículos donde reivindicaba al barrio como territorio comunitario, como una realidad material dada, que implica una cierta identidad social definida en concordancia con la identidad espacial: "la ubicación define la identidad" y existen "dialectos locales y nativos" (Sabugo, 1985: 166). El barrio es así presentado con las características de las antiguas comunidades, poseedoras de una fuerte identidad distintiva, con lógicas y lenguajes internos, con fronteras claras que los separan de los otros: "El barrio –como la ciudad, o la familia- es una institución cuyos integrantes reunidos históricamente por el oficio, la sangre o el lugar mismo, se reconocen en determinadas creencias y cumplen determinados rituales" (Sabugo, 1985: 166).

La propuesta sería entonces, aprovechar esta unidad social espontánea con fines políticos, impulsando nuevamente, las células de sociabilidad como eje del sistema democrático. El barrio se convierte entonces en un espacio político, así, afirma Sabugo que "el barrio es la mejor

estructura que ofrece la propia comunidad para refundar las instituciones en tanto permite la democracia *cara a cara* como sustancia de la comunidad" (Sabugo, 1990: 125-126).

La justificación para esta propuesta también tiene para Sabugo un antecedente histórico, aunque en este caso se liga más a lo normativo que a lo histórico en sentido estricto. La institución barrial como territorio próximo óptimo para el ejercicio directo de la democracia tendría una antigua raíz: los *demos* atenienses, que funcionaban como unidad territorial y política. En su opinión los barrios heredan este doble carácter de estructura institucional política y territorial comunitaria, característico de la polis griega. Las vinculaciones entre el barrio y la democracia serían bastante obvias, entonces, y la clave vinculante estaría en las cualidades comunitarias que el barrio posee.

Si bien como habíamos dicho antes, el barrio porteño es producto de la modernización, al ser construido como un ámbito con una esencia comunitaria, debe oponerse a la modernización, desafiarla, sobrevivir a ella como si hubiera tenido una existencia previa, con una clase de vínculos distintos a los que la modernización propugna. Así, Sabugo afirma "los barrios respiran bajo la avalancha *moderna*" (Sabugo, 1985: 167). De esta forma, la identificación entre barrio y comunidad es completa, poniendo entre paréntesis las diferencias teórico – conceptuales e históricas. El barrio no sería sólo el legítimo heredero, sino el guardián del aura comunitaria.

El barrio en el recuerdo: Los talleres de historia oral

En esta recuperación del barrio, y aplicando las nuevas metodologías en boga en la historia, el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires impulsa los Talleres de Historia Oral. En éstos, se propone a vecinos de los barrios de la Capital Federal acercarse a los Centros Culturales Barriales, para dialogar acerca de la historia del barrio junto con otros vecinos. Tanto la temática como la metodología eran novedosas, y lo que se intentaba era no sólo recuperar una historia difusa, sino revalorizar y comprometer a los vecinos con el propio espacio. A su vez, esta metodología de trabajo era coherente con la

visión de un ciudadanía activa políticamente, construyendo democráticamente la historia común.

Liliana Barela, la historiadora que organizó estos talleres destaca algunas conclusiones respecto a la experiencia: “el concepto de barrio que se construyó a partir del recuerdo lo situaba en un tiempo que podríamos llamar mítico y se asociaba al tiempo de los orígenes (...) los ejes del recuerdo serán casi siempre la solidaridad (ubicada en el tiempo mítico del barrio) y las fiestas asociadas a ese tiempo.” (Barela 2004: 19-20). Al leer algunos testimonios de los talleristas, se destaca la noción de comunidad para explicar el concepto de barrio. En este sentido el barrio, además de su referencia espacial, remite a un tiempo mítico y a una clase de vínculos sociales, los solidarios, al igual que el concepto de comunidad.

A la hora de seleccionar los fragmentos a ser publicados (selección que también realizan los talleristas) lo idílico se acentúa, en la medida en que “la transformación de un producto oral y espontáneo en una obra escrita, impresa y firmada selecciona subjetivamente los recuerdos dejando sólo los felices” (Barela, 1987: 8).

La realización de estos talleres evidencia un creciente interés por el tópico del barrio, incluso a nivel municipal. Da cuenta, también, de un compromiso por parte de un sector del Gobierno de la Ciudad con una recuperación mitológica del barrio, una rememoración que implique esencializar al espacio barrial, plasmando una mirada idílica y nostálgica sobre el mismo, pero a su vez, materializando un anhelo propio de la transición de democrática: ciudadanos activos construyendo su historia. La aparición reiterada entre los talleristas de la noción de comunidad y los vínculos solidarios que esta supone dan cuenta de la persistencia y extensión del vínculo comunidad – barrio.

Resulta importante señalar, que Liliana Barela publica varios años después (2004) junto con el Arq. Sabugo “El libro del barrio”. A su vez Sabugo, quien publicaba en Clarín durante los ochenta con Rafael Iglesias (arquitecto que se desempeña en FADU y tiene una amplia producción de artículos de reflexión teórica) trabajará posteriormente en el Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Este tipo de lazos evidencian cierta permeabilidad entre las discusiones

académicas, ciertos espacios en los medios de comunicación y sectores de la política municipal.

El barrio como unidad política en el proceso de descentralización

A nivel político – institucional, en consonancia con informes y programas de organismos internacionales, emergen con fuerza en este período, los postulados de descentralización y participación. Si bien ambos objetivos ya habían tenido presencia en la década precedente (por ejemplo, a nivel local: las Juntas Vecinales del 69-73 y del 76-83, los Consejos Vecinales del 73-76, las primeras descentralizaciones de servicios en el 78', etc.); el retorno democrático implica una resignificación de estos postulados. Tanto la descentralización como la participación eran pensadas como mecanismos que aumentarían la eficiencia estatal y la legitimidad del sistema democrático. A su vez, estos dos postulados se pensaban en vinculación al contexto político, en respuesta a la "resurrección de la sociedad civil" (Del Brutto, 1986: 13). Esta participación y descentralización se vinculó obviamente en la ciudad de Buenos Aires, con la actuación de los vecinos / ciudadanos, agrupados por barrios. Además de los Talleres de Historia Oral, en agosto de 1984 se crea el Programa Cultural en Barrios bajo la dirección de la Secretaría de Cultura de la MCBA y los Consejos Vecinales se vuelven a reglamentar en 1985, esta vez bajo una Dirección de Consejos Vecinales. Todas estas instancias suponen la participación vecinal, al tiempo que pretenden estimularla. Todas, también, se vinculan con un deseo de mayor democratización. Nuevamente, el sustrato comunitario vuelve a aparecer, y se presenta como clave para el funcionamiento de estas experiencias: "La palabra *comunidad* aparece en forma recurrente en el discurso de las instituciones barriales y en el de muchos pobladores..." (Winocur, 1996: 32); "Históricamente el uso de la participación se origina en la *comunidad*, en la interacción cara a cara con la fuente de autoridad" (Del Brutto, 1986: 30).

Todas estas iniciativas gubernamentales, se vinculan a su vez, con el ámbito académico de las ciencias sociales de las formas más diversas:

evaluación de programas estatales (Winocur, 1996), análisis crítico y comparativo de las políticas (Del Brutto, 1986), revisiones históricas de estos procesos políticos (Pírez, 1986), etc. La preocupación y el consenso en torno a cómo desarrollar de la mejor manera a nivel local la descentralización y la participación no son exclusivas del ámbito político institucional, si no que permean de igual manera el mundo académico. La intensificación de esta permeabilidad también es propia del contexto de retorno democrático, donde “las ciencias sociales estuvieron entonces en sintonía con los interrogantes planteados en la esfera pública (o al menos en sus elites, sus clases medias y sus medios de comunicación)” (Sigal, 2005: 7).

Tratando de unir las piezas: barrio, comunidad y democracia

La primera constatación que hacemos, siguiendo estos distintos acercamientos, es que en la década de los ochenta el barrio tuvo una fuerte presencia como tópico en distintos ámbitos. En segundo término, observamos que el barrio no se presenta aislado, sino siempre en la compañía de una cierta forma de vinculación comunitaria y, atado a ella, una cierta forma de politicidad democrática. Podríamos pensar que se trata de acercamientos similares a una misma problemática (el barrio, la comunidad, la democracia) sin embargo nos enfrentamos a reflexiones y propuestas muy distintas. Por un lado, hay quienes reivindican al barrio como nido de democracia para destacar la importancia de la experiencia cotidiana en la conformación de la politicidad. Distinto es, cuando se concibe al barrio como *demos*, cuando se lo considera una suerte de célula comunitaria con capacidad de funcionamiento político formal. Esto a su vez se distingue del barrio mítico, como ámbito de una solidaridad primaria pura, contraria a las modernas formas de vinculación y también del barrio movilizad o en reclamo político.

Las tres piezas –barrio, comunidad, democracia- se repiten una y otra vez, sin embargo, las formas en que se conjugan son muy diversas. Como tres piezas de rompecabezas que no terminan de ensamblarse prolijamente, vemos articulaciones novedosas en cada una de estas miradas.

La conflictividad implicada en articular al barrio, la comunidad y la política en los ochenta se evidencia también con posterioridad, en el marco de la descentralización en la Ciudad de Buenos Aires en 1996. La descentralización implicaba necesariamente la definición física e institucional de las comunas. En este contexto, algunos intelectuales y funcionarios (entre otros, Graham y Morroni, 1998 y Sabugo, 1999) abogaron por la idea de descentralizar tomando al barrio como jurisdicción válida, alegando razones históricas identitarias, con la intención de darle a las futuras comunas algún tipo de sustancia comunitaria que, hipotéticamente, el barrio conservaría. Ante esto se alzaron voces que cuestionaban esta postulación del barrio como matriz para la descentralización, poniendo en duda los *atributos premodernos de comunidad local* que el barrio mantendría, alegando que se trataba más bien de una fabricación de identidades (Escolar 1996). Se cuestiona de esta forma, el peligro de neo-corporativismo territorial que implicaba la constitución de sujetos colectivos políticos a partir de un "mito territorial: la esencialización del territorio constituye la estrategia más eficaz para argumentar el carácter preconstituido de identidades políticas." (Escolar, 1996: 173).

Algunas reflexiones para concluir

La conflictividad del vínculo entre política, barrio y comunidad tendría una base conceptual. Lo político en sentido moderno supone igualdad, individualidad, raciocinio, esferas pública y privada diferenciadas y libertad entre otras características propias del espíritu modernista. La comunidad implica justamente al hombre tomado como totalidad (no discernible en esferas), un acuerdo espontáneo entre los espíritus, algún tipo de jerarquía, la preponderancia de lo colectivo por sobre lo individual, etc.

En este sentido las comunidades dejan de ser una forma más de agrupación o de vínculo social (como veíamos en los autores mencionados anteriormente) y pasan a resultar una idea que adquiere características amenazantes en la actualidad. Así, Bauman (2005) critica a la comunidad como promesa de simplificación y seguridad, alegando que esta clase de promesas comunitarias son las que

generan mayores divisiones e inseguridad. La comunidad funciona entonces, como una estrategia defensiva ante las incertidumbres ontológicas. Por su parte, Sennett, ve en la idea de comunidad también la idea de una búsqueda. Esta búsqueda, sin embargo, resulta enormemente peligrosa por sus efectos políticos: “la lógica emocional de la comunidad, comenzando como una forma de resistencia frente a los males del capitalismo moderno, termina en una especie extravagante de retirada despolitizada; el sistema permanece intacto, pero tal vez consigamos que deje intacto nuestro trozo de césped.” (Sennett, 2002: 643). Así, surgen nociones como gueto, frontera, comunidad cerrada, comunidad territorial, etc. al trabajar las posibles materializaciones de la comunidad (generalmente las peores versiones) en las sociedades actuales.

En el caso del barrio, en la medida en que es reiteradamente identificado con la comunidad a pesar de lo problemático de esta equiparación, sucede algo análogo. Si bien muchas veces destacado como *base* de la democracia, se desprende de numerosos análisis ciertas características que lo alejan de la política en su sentido moderno: como mencionáramos anteriormente, la mirada localista y alejada de la política que observara Gorelik en las instituciones barriales, o ciertos ejemplos de activación política del barrio, con fines paradójicamente *anti-políticos*. Así, durante el gobierno de Onganía es cuando, por primera vez se divide a la ciudad en barrios (a nivel político formal), por medio de la ordenanza 23.698. La intención de esta división era habilitar una administración a través de organizaciones civiles, transfiriendo las funciones del Gobierno de la Ciudad. El mayor beneficio de este proyecto sería la posibilidad de administrar la ciudad al margen de los partidos políticos. En este sentido, la división por barrios apelaba a la administración comunitaria, buscando con ello evitar la división política del gobierno de la ciudad. Se reactivaba por lo tanto, el sentido más apolítico del barrio y de la comunidad. En este punto, no es menor señalar que las dos formalizaciones de barrios que tuvo la ciudad (1968, 1972), e incluso, un tercer intento de delimitación de barrios fallido en 1982 fueron

todas durante gobiernos dictatoriales (sin contar la reciente incorporación de Puerto Madero a las delimitaciones barriales).

Hemos recorrido brevemente distintas versiones, diversas formas de articular comunidad, barrio y democracia. Parte de estas formulaciones son retomadas posteriormente, a la hora de discutir la descentralización de la Ciudad de Buenos Aires. Pero allí, al momento de llevar a la práctica esta articulación, surgen en la discusión los peligros que se alojan en la esencialización de las supuestas "comunidades territoriales", la visión localista en detrimento de la visión general, la revalorización de una supuesta homogeneidad y de una identidad esencial (de destinos e intereses) en detrimento de la heterogeneidad, entre otras cuestiones.

Sin embargo, toda la conflictividad que supone la articulación de estos tres elementos, conflictividad que se evidenció con posterioridad (y también con anterioridad) a la década del ochenta, se diluye en el contexto de la transición democrática.

Existe, en este contexto, un acuerdo generalizado respecto a la potencialidad política del barrio como comunidad y la participación a través de éste en la política y en la historia. Este consenso se evidencia no sólo en los diversos acercamientos desde las ciencias sociales al tema, si no también en una serie de programas y proyectos implementados por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires que postularon al barrio como objeto privilegiado de intervención política. Así, se evidencia también la fuerte demanda que implicó la estabilización y legitimación del sistema político democrático tanto en las instituciones políticas como en las miradas académicas. En este sentido, resulta útil en ocasiones para las ciencias sociales pensar en términos generacionales, para comprender "la medida en que un pasado y experiencias compartidas fijan la sensibilidad a ciertos fenómenos, la relevancia de determinados temas o el predominio de estilos de trabajo" (Sigal, 2005: 9).

Bibliografía

Barela, L. y Sabugo, M. (2004). *El Libro del Barrio*. Buenos Aires: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.

- Barela, L. (1988). "Los talleres de historia barrial. Recuperación de la memoria colectiva". En *DANA*. N. 25. Buenos Aires.
- (1987). "Un perfil social en Mataderos. Criollos e inmigrantes". En *Historias de Buenos Aires*. N. 6. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Bauman, Z. (2006). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2005). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina Editores.
- de Ipola, E. (1998). "Identidad y lazo social (Una lectura de Robert Castel)". En Emilio de Ipola (ed.), *La crisis del lazo social. Durkheim, cien años después*, Buenos Aires: Eudeba.
- de Marinis, P. (2005). "16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)". En: *Papeles del CEIC*, N° 15, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), España: Universidad del País Vasco. <http://www.ehu.es/CEIC/Papeles/15.pdf>
- Del Brutto, B. (1986). *Política municipal y participación*. Buenos Aires: Biblioteca Política Argentina. Centro Editor de América Latina.
- Donzelot, J. (2007). *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Escolar, M. (1996). "Fabricación de identidades y neo-corporativismo territorial." En Hilda Herzer (comp), *Ciudad de Buenos Aires. Gobierno y descentralización*. Buenos Aires: Colección CEA-CBC, Universidad de Buenos Aires.
- Fistetti, F. (2004). *Comunidad. Léxico de Política*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gallino, L. (1995). *Diccionario de sociología*. México: Siglo XXI Editores. (voz: "comunidad": pp. 193-197).
- González Bombal, I. (1988). *Los vecinazos. Las protestas barriales en el Gran Buenos Aires, 1982-83*. Buenos Aires: Colección Hombre y Sociedad. Ediciones del Ides.
- Gorelik, A. (2004). *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

- (1995). "Reseña: Leandro H. Gutierrez y Luis Alberto Romero, Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra", en *Boletín N.12 del Instituto Histórico Argentino y Americano*"Dr. R. Ravignani" 3° serie, 2° semestre. Buenos Aires.
- Gravano, A. (2005). *El barrio en la teoría social*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- (2003). *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Gravano, A. y Guber, R. (1991). *Barrio sí, villa también*. Buenos Aires: Biblioteca Política Argentina. Centro Editor de América Latina.
- Gutierrez, L. y Romero L.A. (2007). *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Honneth, A. (1999). "Comunidad: esbozo de una historia conceptual". En: *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*. N° 20. (5-15).
- Lacarrieu, M. (1999) *Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Proyecto de creación de comunas, informa final*. Buenos Aires: Mimeo.
- Lash, S. (1997). "La reflexividad y sus dobles: estructura, estética, comunidad". En: Beck, Ulrich; Giddens, Anthony; Lash, Scott: *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza Editorial.
- Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Nisbet, R. (1996). *La formación del pensamiento sociológico 1*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Nun, J. y Portantiero, J. C. (1987). "Prefacio" en *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* de José Nun y Juan Carlos Portantiero (comp.) Buenos Aires: Puntosur.
- PEHESA (Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana) (1982). "¿Dónde anida la democracia?". En *Punto de Vista* N. 15. Buenos Aires.

Pírez, P. (1986). *Coparticipación federal y descentralización del Estado*. Buenos Aires: Biblioteca Política Argentina. Centro Editor de América Latina.

Portantiero, J. C. (1988). *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Portantiero, J. C. (1997). "Gramsci y la crisis cultural del 900: en busca de la comunidad". En: *Sociedad* N° 11, agosto de 1997 (3-20). Buenos Aires.

Romero, L.A. (1995). "Introducción". En Gutierrez, L. y Romero L.A. (2007). *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

Rose, N. (2000). "Community, citizenship, and the Third Way". En: *American Behavioral Scientist*. Vol. 43, N° 9. (1395-1411)

----- (1996). "The death of the social? Re-figuring the territory of government". En: *Economy and Society* 25 (3). (327-356).

Sabugo M. (2004). "La villa y el parque". En *Summa*. N. 65. Buenos Aires

----- (1992). "Placeres y fatigas de los barrios". En *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario Buschiazzo"*. N. 27-28. Buenos Aires

----- (1985). "Intimidad de los barrios". En Iglesia, R. y Sabugo M. *La ciudad y sus sitios*. Buenos Aires: Clarín.

Sennett, R. (2002). *El Declive del Hombre Público*. Barcelona: Editorial Península.

----- (2001). *Vida urbana e identidad personal. Los usos del orden*. Barcelona: Península.

Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del setenta*. Buenos Aires: Puntosur.

Sigal, S. (2005). "Prefacio" en *Pobres ciudadanos* de Denis Merklen. Buenos Aires: Editorial Gorla.

Sirvent, M.T. (1999) *Cultura Popular y participación social. Una investigación en el barrio de Mataderos (Buenos Aires)*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Tönnies, F. (1947). *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Losada.

Winocur, R. (1996). *De las políticas a los barrios. Programas culturales y participación popular*. Buenos Aires: Serie FLACSO. Miño y Dávila Editores.

Notas a la conversación

Sandra Carli

En este número de Argumentos convocamos a realizar una mirada histórico retrospectiva y una especie de balance sobre las ciencias sociales, identificando algunas de las problemáticas, situaciones y dilemas que atraviesa este campo. Los participantes de la conversación han enriquecido con sus intervenciones nuestra mirada, aportando una serie de diagnósticos y argumentos para pensar el pasado, el presente y el futuro de las ciencias sociales.

Una primera lectura de los elementos centrales de esa conversación la ha planteado D. Pereyra durante el transcurso de la misma. Mi intervención es posterior y tiene por objeto recuperar algunos elementos de esa conversación, que propiciaron cierto intercambio de ideas entre los participantes, y que pueden ser consideradas como **hipótesis** sobre los avatares particulares de las ciencias sociales en la Argentina y sobre los **desafíos** en curso en este campo, en una historia universitaria en la que se ha producido el pasaje de un ciclo de discontinuidad institucional durante buena parte del siglo XX a un escenario fin de siglo y principios del siglo XXI, con la particular combinación entre procesos de globalización académica, tradiciones revisitadas y rémoras institucionales del sistema universitario. Aun desde localizaciones institucionales, disciplinas y generaciones diferentes, la inquietud por el horizonte de las ciencias sociales en la Argentina presenta algunos elementos comunes.

- 1) ***Nuestro conocimiento se construye con una enorme cantidad de factores, uno de ellos es la continuidad maestro-discípulo-maestro-discípulo, que supone entre otras cosas, "matar al padre"*** (F. Schuster)

La cuestión de la transmisión intergeneracional de la cultura ha sido un tópico central del debate de las ciencias sociales en los últimos 20 años, en particular a partir de los insumos del psicoanálisis, la filosofía y la pedagogía. La transmisión universitaria, en particular, resulta

paradigmática de los procesos de construcción del conocimiento, en esa particular escena de la relación entre profesores, graduados y estudiantes, tensionada entre la estructura medieval de la cátedra y la sociabilidad académica de pares. La metáfora de "matar al padre", con la que Freud leyó la tensión entre la ley como prohibición (interdicción) y las exigencias pulsionales, en el terreno del conocimiento universitario, supone explorar tanto el lugar del profesor/intelectual como actor que interviene en una selección/interpretación de la cultura e inicia su transmisión (que se opera tanto en la confección del programa de una materia como en las lecturas que circulan en el espacio de la formación), como el papel de los jóvenes (ayudantes, becarios) en la renovación de esa selección y hasta en el cuestionamiento/resistencia a esa transmisión.

¿Qué significa esa metáfora, que trae Schuster a la conversación, en el terreno de las ciencias sociales en la Argentina? Me parece que esa metáfora, con su elemento de ley y filiación, de transmisión y de pulsión renovadora, sugiere leer varios fenómenos de las ciencias sociales en la Argentina: el primero, vinculado con el proceso histórico de la segunda mitad del siglo XX, en el cual la transmisión intergeneracional del conocimiento en el espacio universitario se vio atravesada por la historia política argentina, con sus muertes, exilios, exclusiones y silencios, o sea con la imposibilidad de la transmisión intergeneracional; el segundo, vinculado con el impacto de la historia social de las últimas décadas, que genera una nueva tensión entre conocimiento académico, situación social y sentido del conocimiento, ante una población estudiantil que ha crecido en una sociedad que ha modificado salvajemente su estructura social y que se ha formado en instituciones universitarias atravesadas por la crisis social; el tercero, ligado con las formas en que las instituciones mismas, tensadas entre el atraso acumulado, las dificultades presupuestarias, la débil renovación y las demandas de estandarización, propician asesinatos injustos, que se expresan en exclusiones por malas razones en palabras de O'Donnell, y en la falta de reconocimiento de figuras.

II) ***Las líneas de pensamiento continuaron a pesar de la historia puramente institucional*** (G. O'Donnell)

Una mirada centrada exclusivamente en la historia institucional de la Argentina reciente indicaría que la transmisión fue imposible, sin embargo O'Donnell (desde una mirada externa, luego de una larga trayectoria en el exterior) afirma que ha habido continuidad en las líneas de pensamiento en el campo de las ciencias sociales. ¿Cómo interpretar esa continuidad cuando las tradiciones de conocimiento se configuraron en una historia marcada por la precariedad y la inestabilidad?; la fuerza de esas tradiciones ¿deviene del impulso del pasado, de un pasado mítico (los años 60), o de la persistente voluntad de ciertos grupos intelectuales?, ¿de la fuerza de la cultura argentina o del oficio cotidiano e invisible del trabajador académico?; ¿esa continuidad es producto del anacronismo de las universidades que menciona Kaufman, que conserva ciertas corrientes de pensamiento como piezas de museo, o de cierta desconexión de un país demasiado al sur del mundo y alejado de los centros de conocimiento de los países centrales?.

Sin pretender aquí dar una respuesta certera, interesa recuperar esta hipótesis para identificar las líneas de pensamiento que han tenido continuidad, reconociendo tanto sus elementos conservadores como su capacidad instituyente para generar nuevas indagaciones, lecturas e interpretaciones de la realidad social, siempre cambiante. Pero también para leer de qué maneras esas líneas de pensamiento han intervenido en la configuración de identidades en el campo de las ciencias sociales, como construcciones históricas ligadas con activos procesos de identificación. Identificación con profesores, pero también con referentes desaparecidos, cercanos y lejanos, que detonan el inaprensible mundo también imaginario que conforma la experiencia intelectual e investigativa y que indica que los fenómenos de transmisión exceden muchas veces los espacios institucionalizados y sus carencias constitutivas, dando lugar a una continuidad, a pesar de todo.

III) ***La cuestión del conocimiento es ajena a la configuración institucional del poder en la Argentina*** (A. Kauffman)

Esta hipótesis se reitera en los estudios comparados y en aquellos centrados en historia del conocimiento o historia de la ciencia en la Argentina. La presunción es que, por ejemplo, mientras en el caso de Brasil ha habido una estrecha relación entre el desarrollo del sistema universitario y la investigación científica y la configuración del poder político y económico, en la Argentina se ha producido una desconexión entre el mundo universitario y la institucionalización del poder y de los proyectos de desarrollo. Volviendo a la hipótesis de Kaufman, podemos pensar que cierta situación de “extranjería” de las ciencias sociales respecto de los lugares de poder puede resultar productiva desde el punto de vista intelectual, si se la piensa desde la tesis clásica de la autonomía del conocimiento y de la libertad científica; sin embargo también es posible plantear que esa ajenidad es más bien producto de la historia política argentina y propicia una falta de apropiación del capital cultural e intelectual acumulado en los horizontes futuros del país.

La pregunta por los usos del conocimiento, aun considerando el carácter heterogéneo del conocimiento producido en el campo de las ciencias sociales, es pertinente en este caso para problematizar la dificultosa relación en el terreno del conocimiento entre distintas esferas (estado, sociedad, universidad) y para indagar las mediaciones conceptuales y pragmáticas necesarias para favorecer interlocuciones entre actores posicionados en distintos espacios.

IV) *La asimilación de politicidad con politización (...) hace imposible la construcción de un campo relativamente sustentado o capaz de definir su propio objeto* (E. Grassi)

La relación entre ciencias sociales y política es un clásico; como ha señalado Pereyra el desarrollo de las ciencias sociales como campo está estrechamente vinculado con la historia política de América Latina. Sin embargo, la necesidad de distinción entre politicidad y politización que sugiere Grassi, puede leerse como una especie de diagnóstico crítico de las últimas décadas. Esa distinción solo puede comprenderse despejando, por un lado, los sentidos políticos que todo conocimiento sobre lo social supone intrínsecamente, en tanto la

comprensión/explicación va ligada a cierta hipótesis de cambio y de transformación; pero, por otro, los sentidos que la politización partidaria imprime en la dinámica institucional de las universidades, invisibilizando en muchos casos el registro propio de lo político-académico como espacio de generación de innovaciones institucionales, de interpretaciones de la realidad social y de intervenciones públicas.

Hablar de *politicidad* supone explorar la especificidad propia del conocimiento social generado en el espacio universitario y en buena medida desplazar la mirada crítica tanto al terreno del lenguaje académico como al horizonte de las intervenciones públicas de los sujetos universitarios.

- V) ***Nosotros en la universidad nos debemos un debate fundamental para acordar cuales son las bases históricas, antropológicas, teóricas, que requiere un científico social para después tomar su especialización*** (A. Argumedo).

El debate sobre la formación necesaria y deseable en el campo de las sociales requiere una perspectiva histórica. Si entre los años 50 y los años 70 del siglo XX, se despliegan y configuran las principales disciplinas de las ciencias sociales, en los 80 su reactivación en el escenario posdictatorial se produce en un contexto mundial en el que el debate sobre la interdisciplinariedad, los insumos teóricos de la crítica posmoderna y la interrogación de las principales tradiciones de pensamiento europeas, invitan a una discusión acerca de las fronteras de las disciplinas y la delimitación de sus objetos de estudio. Sin embargo, la historia institucional (universitaria) a partir de la cual se cristalizan a nivel curricular dichas disciplinas (en facultades, carreras, programas) en los años 80 y 90, tiende a consolidar las trayectorias disciplinarias específicas o darles continuidad luego de la interrupción provocada por la dictadura militar.

Por eso la pregunta por las bases necesarias para la formación de un científico social es una pregunta muy potente para abrir un debate necesario, aunque difícil y arduo, sobre la relación entre formación general y formación especializada, revisando tanto aquel momento de

emergencia de las disciplinas como los fenómenos propios de la formación universitaria en el ciclo democrático, considerando a su vez el debate internacional sobre el estatuto del conocimiento.

a historia universitaria muestra que la revisión de estos temas resulta siempre altamente conflictiva, reactivándose posiciones conservadoras y autodefensivas de identidades académicas y situaciones de poder dentro de las instituciones, resultante en buena medida de la fragilidad de los sujetos universitarios que destaca Argumedo. Sin embargo, en aquellos espacios no ligados a la formación de grado en su configuración institucional (como el posgrado y la investigación) se producen debates más abiertos de carácter interdisciplinario, con capacidad para hacer convivir tradiciones, oficios y lenguajes diferentes y reconociendo la mutua pregnancia que las mismas tienen en el conjunto de las ciencias sociales. Los dispositivos para semejante debate seguramente excedan los marcos de las carreras y en todo caso deberían favorecer la puesta en común de trayectorias disciplinarias disímiles, el reconocimiento de las referencias más importantes desde el punto de vista teórico y el análisis del despliegue en el tiempo de recorridos intelectuales y formativos, pero sobre todo el horizonte de la formación universitaria de jóvenes que necesitan una base de formación común en ciencias sociales, que recupere la dimensión de historicidad del conocimiento social.

VI) *Esta facultad resulta de una construcción más oportunística que epistemológica* (P. Krotsch)

El origen de la Facultad de Ciencias Sociales fue espurio, no tuvo la pureza epistemológica de las Facultades renovadas en los años 50 del siglo XX (como Ciencias Exactas o Filosofía y Letras) ni se reunieron entonces tradiciones disciplinares similares, estuvieron ausentes las disciplinas de más larga tradición y la oportunidad o lo posible determinó su creación. Más que explorar la génesis del origen, sería interesante indagar esa mezcla de azar, coyuntura y decisión que nos encuentra juntos desde entonces, a propios y a extranjeros. La facultad este año cumplió 20 años y es necesario señalar que esa trayectoria institucional

se produce en un ciclo histórico crítico desde el punto de vista económico y social, pero también crítico desde el punto de vista de la historia de la universidad. Desfinanciamiento, masificación y modernización inconclusa seguramente fueron condiciones poco propicias para el debate epistemológico y para convertir aquel origen oportunístico, que señala Krotsch, en oportunidad histórica. Sin embargo y dando vuelta el anterior argumento, en este mismo período de 20 años se produjo una ampliación del campo de las ciencias sociales y creció la producción de profesores y jóvenes graduados, según detallan algunas de las notas que acompañan este número e informes sobre el área de Ciencia y Técnica en la Argentina.

En tanto esa producción intelectual e investigativa, traducida en publicaciones, tesis y revistas, no sea objeto de una autoreflexividad que dé lugar, en otro movimiento, a la identificación de los núcleos centrales del debate teórico-epistemológico, al reconocimiento de la renovación metodológica y al registro del nuevo conocimiento producido en este campo, la productividad de la crítica encuentra su límite tanto desde el punto de vista intelectual como institucional. Ese "nosotros" deberá construirse también desde la recuperación del debate, la polémica y la "crítica de libros" y desbordando los efectos negativos de la evaluación y control de la "productividad académica", como han sugerido los participantes de esta conversación. Pero también dándole contenido político a emprendimientos postergados como es contar con una biblioteca centralizada de ciencias sociales y humanas en la Universidad de Buenos Aires, que es una evidencia de la ausencia de una política de estado de recuperación de las ciencias sociales señalada por Schuster. Una biblioteca que permita que el acceso a la historia de las ciencias sociales no dependa solamente del particular y rico proceso de la transmisión universitaria, sino también de un acceso material de los jóvenes estudiantes a las mejores tradiciones del conocimiento de la Argentina, de América Latina y del mundo.

In memoriam

A la profunda crisis de ideales y debacles históricas que fue aglomerando el siglo XXI, se sumó el particular hecho de que en su último medio siglo, de distintas maneras quedó proscrito un tiempo de argumentaciones que desde lo filosófico, lo literario, lo poético, lo sociopolítico no se integró cabalmente al horizonte deliberativo contemporáneo, ni en sus errores, ni como piensa Adorno en sus aciertos. Como si el propio pensar crítico hubiese encontrado una frontera mítica "de riesgo", la indeseable conformidad con un índice, y preferido entonces disminuirse, idiotizarse ideológicamente, o a lo sumo alcanzar la hipocresía de valorar "literariamente" a ciertos autores "impresentables en sus ideas". Esto debería llevar a una reflexión profunda sobre este hiato crucial de la modernidad, amedrentado intelectualmente de sus propios cuerpos bibliográficos. Instaurándose por largo tiempo desde una epistémico del "mal literario", de la misma manera que antiguos regímenes represivos lo hacían sobre la filosofía ilustrada. Un fondo de racionalidad policíaca en la crítica supuestamente de "avanzada", que si bien puede seguir entendiéndose como parte de batallas políticas "en el campo de las ideas", adquiere un significado mucho mayor de endeblez en tanto "conciencia histórica", en tanto misión de inteligibilizar razones de una cultura.

El importante déficit de esta conciencia con respecto a su herencia pensante, resulta hoy referencia fundamental para medir el empobrecimiento manifiesto que guía los cursos interpretativos sobre nuestro presente desde un punto de vista intelectual. Bajo pretexto racionalizador progresista, bajo objeción a "ideas oscurantistas" por parte de un mirar científico escuálido frente a la problematicidad de lo moderno y la espesura de sus naufragios, o ahora bajo "posmoderno" cinismo des-alfabetizador de legados reflexivos, lo cierto es que el lugar

de una conciencia cuestionante se ve aligerado de aquella responsabilidad prioritaria de revisar la herencia como planteaba Adorno. Carencia no menor, sino todo lo contrario, para la discusión político cultural sobre ausencias y presencias hoy de un "compromiso intelectual", y en este mismo sentido, para superar una condescendiente y justificatoria lectura que sólo percibe debilidad o raquitismo de interpretaciones y preocupaciones por "falta de utopías políticas orgánicas" o por la dificultad de "plantear una alternativa concreta al modelo económico imperante".

Reconociendo sin duda la incidencia que estas dos últimas variables tuvieron para una figura del intelectual desde la segunda posguerra, y en nuestra propia crónica no tan lejana, sin embargo lo que la situación del mundo replantea hoy claramente (en lo que hace a reflexionar de manera crítica el presente cultural) es que cuando nos interrogamos sobre la situación histórica del hombre lo decisivo radica en una memoria del pensar. Esa "escaramuza de retaguardia" como pensaba Thomas Mann, esa que persiste entre antiguas orillas de la razón pensante, contra el horizonte vacío de la "razón civilizatoria". Sitio donde lo único que resta y sustenta, para Mann, es una "rebelión sensitivamente moral contra la vida tal cual es" cuando dicha actitud no es cultura intelectual generalizada de una época, sino obligada "eremítica de la vida y el conocimiento". Herencia del resistente, de otro tipo intelectual, que se indispona contra todo neolegalizado distanciamiento entre horizontes filosóficos, éticos, estéticos, teórico reflexivos "pasados" y presentes, postulado con éxito por una actualidad, esa herencia es la que teje en definitiva la única posición indagante incisiva con respecto a las "situaciones" de la modernidad capitalista. Es decir, es la que interviene de una manera más definitoria y radical que el recurso a una programática, a un proyecto antigubernamental, a una "lógica de época", desde su propia vinculación con un pretérito de pensamiento que en tantas otras circunstancias se encontró sin "programa, proyecto y

alternativa" frente a la oscuridad del futuro y supo hacer de esta "amenaza del mal", según Mann, también tiempos trascendentes de preguntas y respuestas que retuvieron la memoria del espíritu del hombre.

Casullo, N. (1998). *Modernidad y cultura crítica*. Buenos Aires: Paidós.